PR
5214
.P4S7

# MARGARITA DE LA Ó

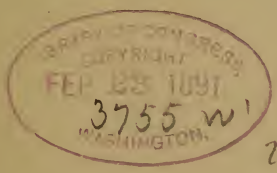
*NOVELA ESCRITA EN INGLÉS*

POR

CARLOS READE

TRADUCIDA AL ESPAÑOL POR

F. RAMÍREZ




NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
1, 3, Y 5 BOND STREET
1891

PR5214
.P4S7

COPYRIGHT, 1891,
BY D. APPLETON AND COMPANY.

*La propiedad de esta obra está protegida por la ley en varios países, donde se perseguirá á los que la reproduzcan fraudulentamente.*

# MARGARITA DE LA Ó.

## CAPÍTULO I.

Hacia mediados del pasado siglo, á las ocho de la noche, en una extensa, pero pobre habitación, un hombre dormitaba recostado sobre un tosco canapé. Su viejo y raído traje estaba en armonía con el suelo del cuarto sin alfombra, y con una humilde mesa de pino, sobre la que ardía una delgada vela de sebo sin despabilar.

El hombre era don Trinidad Termópilas, pintor escenógrafo, actor, y escritor de dramas sangrientos que si carecían de verdad, plan, situación y diálogo, abundaban en charla, tipos insignificantes, rufianes, y fantasmas.

Estas tres mediocridades de don Trinidad Termópilas estaban muy lejos de formar un solo talento.

Dormitaba, como hemos dicho, aunque no con tranquilidad, cuando entró en la habitación su esposa la señora Termópilas.

Esta era, en cierto modo, inferior á su mari-

do, pues carecía de la variedad de aquél en hacer cosas malas, y en cambio hacía una sola peor que él cualquiera de las tres. Era lo que se llama irónicamente una actriz, y venía, en aquel momento, de contribuir á desacreditar la dignidad real, haciendo el papel de reina en un pequeño teatro, regresando á casa con su regio cuerpo completamente desfallecido. Se dejó caer en una silla, se arrancó de las sienes una corona que contempló con desprecio, sacó de su faltriquera una longaniza á que dirigió una mirada de respeto y afecto, la puso al fuego en una sartén, y se encaminó á su dormitorio para cambiar su traje por otro más cómodo.

Pero la pobre mujer se vió acometida por Morfeo, y tuvo que ceder á sus exigencias; porque las representaciones dramáticas, divertidas y excitantes para la juventud que ocupa las lunetas, no producen el mismo efecto en los seres que brillan en la escena, luchando por el pan cotidiano.

La longaniza empezó á chisporrotear, y el desventurado Termópilas, al oir entre sueños aquel ruido, se retorció en el sofá como la lombriz en el anzuelo. Soñaba, y sus al principio inarticulados murmullos, se convirtieron en palabras. "Eso es injusto"—decía—"hay quien

encuentra razonable condenar un drama de un pobre poeta, antes de haberlo visto siquiera." Después cambió de tono y prosiguió: "el público está empezando á perder el miedo á los espectros, y, de continuar así, el hambre acabará por convertirme en un verdadero espectro."

Se despertó sobresaltado, y al verse que no estaba ni embadurnando telones, ni declamando disparates, ni inundando la tierra con sus "actos," se acusó á sí mismo de indolencia, y se sentó á la mesa, con intención de escribir alguna fábula despeluznante y bombástica; pero, no bien se había sentado, cuando se oyó un fuerte golpe en la puerta de la habitación. Un criado de librea le traía una carta del señor Wilson, fechada en el Teatro Real, *Covent Garden.* Los ojos de Termópilas relampaguearon de emoción, y, en menos de un minuto, se abrigó con un gabán menos raído que el que tenía puesto, y salió precipitadamente á la calle, tomando la dirección de *Covent Garden.*

En aquellos tiempos, los escritores y los artistas corrían en busca de protectores, en vez de aspirar á hacerse indispensables al público, único protector digno de ser complacido.

El señor Wilson había hablado anteriormente con Termópilas en un café, ó mejor dicho, Ter-

mópilas le había hablado, y este, el más confiado y desventurado de los mortales, al recibo de la carta, se llenó de las más halagüeñas esperanzas acerca de la entrevista á que era llamado. Dejémosle en su camino de Lambeth á *Covent Garden*, pues necesitamos presentar á nuestros lectores otros personajes más importantes.

El señor Wilson era un caballero rico, de Shropshire, cuyos negocios lo habían llamado á Londres cuatro meses hacía, y actualmente se hallaba detenido allí por los placeres. Era un hombre ilustrado y de buen gusto, para aquellos tiempos, y su amor á las artes lo habían encaminado hacia los teatros, algún tiempo antes del principio de nuestra historia, recreo de todos aquellos que pretendían tener gusto; y de este modo fué como vino á verse completamente fascinado por los encantos de Margarita de la Ó., dama de gran belleza, y actriz que gozaba de extraordinario favor con el público.

La primera noche que la vió formó época en la historia de la imaginación de aquel caballero, que, dotado de instrucción y refinamiento, pero sin gran experiencia práctica, pertenecía á la clase de hombres más predispuestos á las impresiones de la escena. Vió en ella un ser, todo gracia y brillo natural, moviéndose como una

diosa entre sus inferiores compañeras, dotada de una encantadora alegría y arte de mover las pasiones con sus palabras, y poseyendo por lo tanto, la llave que abre las puertas de todos los corazones. Su fisonomía, además, estaba llena de bondad é inteligencia, y por todas estas circunstancias, atraía, cual ninguna otra, á cuantos la miraban.

Nuestro caballero se abonó á un palco, y allí estaba todas las noches desde antes que se levantara el telón, habiendo llegado á cobrar aversión al domingo, dulce día de descanso reparador, porque en él no había Margarita de la Ó. Al principio la miró como un ser sobrenatural, encarnación de la poesía y del arte; pero, por grados, sus secretas aspiraciones fueron haciéndose más atrevidas. Allí había muchos hombres que la conocían, de cuyos labios oyó Wilson ciertas conversaciones acerca del carácter de aquélla, pero él veía en su fisonomía angelical la refutación de semejantes calumnias, conociendo además cuán dado es el mundo á calumniar.

Un día, por fin, le envió una carta, aunque sin firmar. En ella le expresaba en vehementes, pero respetuosas frases, la más profunda admiración á su talento, y le hacía saber cómo había llegado á ser una necesidad para su corazón en-

contrar el medio de demostrarla su agradecimiento por el paraíso de encantos á que le había conducido. Poco tiempo después, ramos de delicadas flores hacían el viaje todas las noches hacia el cuarto que aquella ocupaba en el teatro, y, de vez en cuando, poesías y joyas se mezclaban con las rosas y los heliotropos. No hay para qué decir cómo acechaba á la gran actriz constantemente, y cómo observaba si sus miradas se dirigían con más frecuencia á su palco que al correspondiente en el otro lado del teatro.

¿Lo notaba ella? ¡Cuánto hubiera dado él por saber que se había fijado en su constante asistencia! Comprendería ella entonces que tenía en él un amigo y no un simple espectador. Estaba celeso del público de las lunetas, á donde Margarita dirigía sus miradas casi constantemente.

Por último le envió un día un ramillete con una carta en que le suplicaba que, si no le era indiferente, sacase aquella noche las flores á la escena. Hecho ésto, se puso á temblar, pues comprendió que había extremado una decisión, cuando tal vez su triunfo dependía de la paciencia y del tiempo. Cuando ella hizo su aparición en la escena, se puso frío; la miró de pies á cabeza y no vió ni siquiera una de las flores.

—¡Estúpido!—pensó—figurarme que fuese á adornar su gloriosa cabeza con semejantes frivolidades, solo por mí!

No podía ocultar, sin embargo, que lo había esperado, y, en su desencanto, hubiera de buena gana abandonado su asiento y el teatro, si una fuerza invencible no le mantuviera allí sujeto.

Al levantarse el telón para el quinto acto, apenas pudo creer lo que sus ojos vieron. Margarita se presentó en la escena con su linda cabeza adornada con las flores. Casi perdió la respiración. Al terminar el acto y descender el telón, vió además, ó creyó ver, que ella levantó los ojos y lo miró, haciendo una ligerísima cortesía. Sintió que el corazón se le subía á la garganta, y corrió á su casa completamente trastornado.

Margarita de la Ó., como actriz, justificaba el entusiasmo de Wilson. Era una de las verdaderas artistas de su época, representando con la misma perfección los papeles de dama que los de vieja y hasta los de hombre.

Muy rara vez sucede que una mujer de su edad posea talento artístico y conocimientos suficientes para representar con perfección aquellos diferentes caracteres. Entre los actores, por lo general, la variedad perjudica al arte. La

actriz joven que no es una Margarita de la Ó., aspira á exhibirse á sí misma á costa de su papel, lo cual es vanidad, en vez de elevar su papel á costa de sí misma, lo cual es arte. Vemos muchas veces actrices representando papeles de hombre, que parece no saben ofrecernos aquel tipo sino como la parte vil de la humanidad, limitándose á hacer de él una mujer revestida de ferocidad, y nada más.

Margarita de la Ó. estaba vaciada en otro molde; hacía los papeles de dama en la comedia elevada, con gracia, distinción y delicadeza; el de hombre, en "Sir Harry Wildair," de una manera espiritual y perfecta; y como la señora Day (característica) se pintaba arrugas en su precioso rostro, con tal verdad, que aparecía como una sesentona, acompañando la voz y los movimientos hasta parecer una verdadera vieja vulgar. Desfiguraba su propia belleza para mostrar la belleza del arte, siendo lo que se llama una verdadera artista. No quiere decir esto que fuera la más notable que las generaciones han producido, lo cual sólo el señor Wilson sostenía, por pasión é ignorancia.

En la noche siguiente á la de que hemos hecho mención, se hallaba aquél sentado en su palco, oyendo pacientemente uno de tantos in-

terminables y pesados diálogos á que nuestros abuelos llamaban obras trágicas, y cuyo epílogo había de recitar Margarita.

Esperando aquel epílogo, que había de venir después de una obra en cinco actos, sus ojos rodaban al acaso por sobre las lunetas, cuando se fijaron en una fisonomía que no le era desconocida, y que le miraba atentamente.

El caballero á quien aquella pertenecía, al verse reconocido, dejó su asiento, y un minuto después entraba en el palco de Ernesto Wilson.

Era el tal caballero Sir Carlos Pomander, cultivador de todo género de vicios, á que él llamaba placeres, y á quien Wilson había conocido dos años antes en Villarreal, durante una temporada en que fué á aquel tranquilo pueblo para tratar de conseguir que un mes de vida morigerada le habilitase para la continuación de sus favoritas costumbres.

Desde algunas noches antes, y sin ser visto por Wilson, había observado los movimientos de éste en el teatro, y como buen diplomático, en vez de ir á saludarlo desde luego, se propuso descubrir el objeto que le conducía allí con tanta asiduidad, suponiendo que debía estar enamorado de alguna de las actrices. Quiso saber quién era ella, lo cual no le fué difícil comprender pronto,

y una vez á esta altura, restábale saber si Margarita de la Ó. correspondía á aquella pasión. Esto no fué tan fácil para él, y sus descubrimientos sufrieron alguna demora, pero no por eso se desanimó, sino que, por el contrario, los llevó adelante con más empeño.

El señor Wilson recibió á su amigo, muy ajeno de sospechar que por algún tiempo había sido inspeccionado por sus miradas. Después de los cumplimientos naturales entre dos personas que habían pasado un mes muy unidas, aunque después se habían olvidado mutuamente durante dos años, Sir Carlos, sin perder de vista su intento, exclamó:

—¿Quiere Vd. que pasemos al escenario? Acaba de terminarse el cuarto acto.

—¿Al escenario?—dijo Wilson.—¡Cómo! ¿Entre los actores?

—Sí; al salón de descanso. Allí veremos algunas personas notables á quienes tendré el gusto de presentar á Vd., si en ello no tiene inconveniente.

¡Ir al escenario! Si le hubieran propuesto ir al cielo, no hubiera experimentado una alegría mayor. Al principio fué demasiado grande su asombro para permitirle realizar toda la felicidad que para él encerraba aquella proposición, en

virtud de la cual iba á hallarse á una vara de distancia de Margarita de la Ó., iba á sentir el crujido de su traje, al pasar por su lado, é iba á poder beber la voz fresca de sus labios, antes de que se mezclase con el impuro aire de la sala. Aunque con un mundo de pensamientos en su cabeza, no profirió una palabra, y Pomander, tomando aquel silencio por asentimiento, se levantó, y abandonaron juntos el palco. Pomander echó á andar delante en dirección á la puerta del escenario, que le fué abierta inmediatamente, y cruzando ambos un oscuro corredor, se encontraron de pronto en el lugar de los encantos, el escenario . . ., una sucia plataforma rodeada por todas partes de pilas de decoraciones y muebles. Atravesaron por entre raídos comparsas y ruidosos carpinteros, y entraron en el salón de descanso de los actores. Al llegar á la puerta de esta cámara mágica Wilson tembló, y casi hubiera deseado poder retirarse. Penetraron, y su recelo se convirtió en desencanto; Margarita no estaba allí!

Pomander lo presentó á un vejete, vivo y acicalado, que no carecía de distinción. Era el caballero Ciber, poeta laureado, y autor dramático exento de servicio, que merece le dediquemos unos renglones aparte.

Ciber fué el único actor, desde los tiempos de Shakespeare, que escribió y representó bien. Un resentimiento personal de Pope, ha hecho que Ciber no esté colocado en el lugar que le corresponde entre los ingenios de su época. Retirado entonces á la vida privada, era una apacible edición de su propio "Lord Foppington." Era hombre de buen gusto, é iba siempre empolvado, perfumado, y cubierto de diamantes, dispensando graciosos saludos á unos, alabanzas á los que habían abandonado este mundo, y sátiras para todos los vivientes.

El señor Wilson, que profesaba verdadero culto al drama, miraba con respeto á aquel veterano que tantas Margaritas de la Ó. había visto. Pronto hizo recaer la conversación sobre el asunto que más interesaba á su corazón, preguntando al señor Ciber qué opinaba acerca del mérito de aquella actriz. El viejo actor reconocía el mérito de la joven dama, especialmente en la comedia. La pregunta inmediata no fué tan afortunada.

—¿Ha visto Vd. otra actriz tan notable en general?

El señor Ciber abrió desmersuradamente los ojos, coloreándose ligeramente su apergaminado rostro, y contestó:

—No sólo he visto muchas iguales, sino que he visto como media docena tan superiores á ella, que no puede caber punto de comparación.

Pomander intervino para suavizar la aspereza y hasta la cólera del veterano, tratando de explicar las palabras de Wilson; pero el crítico le interrumpió rogándole que no prosiguiera en sus explicaciones.

Wilson permaneció silencioso por unos momentos; pero pronto volvió al ataque, insistiendo en ponderar la gracia, frescura, inteligencia, facilidad, y sin igual belleza de Margarita de la Ó. Ciber se sonreía con aire de bondadosa superioridad, lo cual irritó al joven paladín, que se fué exaltando, animándose su hermosa fisonomía, y convirtiéndose en un Demóstenes, al tratar de la que era objeto de su amor. Poseía una ventaja sobre Ciber y Pomander, que era la de contar con un respetable caudal de instrucción clásica, á la que apeló.

—Otros actores y actrices—dijo—son monótonos en el decir y en la acción; mientras que la expresión de la señorita de la Ó. tiene el compás y la variedad de la naturaleza, y sus movimientos se hallan libres de la pesada uniformidad que distingue el artificio del arte.

Iba á decir mucho más; pero se contuvo al

ver que todos sus oyentes empezaron á hacer especiales visajes. Se volvió rápidamente para averiguar la causa, y vió, precisamente detrás de él, una señora, que su corazón reconoció en seguida, aunque estaba vuelta de espaldas. Se hallaba vestida con un rico traje de seda blanco-perla, bordado de flores, llevando descubiertos sus preciosos brazos y garganta. Paseaba á lo largo del salón con el libreto del epílogo en la mano, aprendiéndolo de memoria, y al llegar al extremo de la habitación, se volvió de frente, mostrándose por completo.

Era, ciertamente, una deslumbradora criatura. Su cabeza, de la más bella forma, se erguía como la de un pájaro, sobre una sólida garganta, bien proporcionada, y suave como una columna de alabastro; sus ojos negros estaban llenos de fuego y ternura al mismo tiempo; su boca era deliciosa, con cien expresiones variadas, y dotada, por lo tanto, de esa maravillosa facultad de embellecer lo mismo el amor que el desdén, la burla, ó la sonrisa. Pero la facción notable sobre todas las demás era sus cejas, el detalle más importante de la fisonomía de un actor; eran negras como el azabache, fuertemente marcadas, y cuando permanecían en reposo tenían la delineación de un arco iris, estando dotadas de tan

extraordinaria flexibilidad, que hacían parecer dormidas todas las demás fisonomías en la escena á su lado. Su estatura era considerablemente mayor que la que se llama mediana, y toda su figura estaba tan delicadamente formada, que no era posible determinar su exacto carácter. Unas veces respiraba grandeza y magestad, otras la elegancia personificada, y otras la voluptuosidad.

Es preciso reconocer que una aureola de personal grandeza rodea á toda gran actriz. Cuando se presenta en la escena acompañada de otros actores inferiores, todos quedan anulados ante ella. Su talento y su magestad llenan la atmósfera, y su individualidad se pierde ante su grandeza personal. No hay que extrañar, por lo tanto, que el señor Wilson, como tantos otros, se viera fascinado por aquella antorcha refulgente. La mirada de Sir Carlos Pomander se había fijado en ella desde el momento en que entró en el salón, y observaba atentamente el efecto que le producía el elocuente elogio del señor Wilson; pero, en la apariencia al menos, la actriz atendía sólo al libreto del epílogo que tenía en sus manos. Lo recitaba en voz baja, y no hacía otra cosa. El astuto Ciber, que había adivinado al instante lo que pasaba por Wilson, lo llamó á un extremo, y le felicitó por su oportuno elogio.

—Lo ha hecho Vd. á las mil maravillas—le dijo.—Juro á Vd. que creí que hablaba con formalidad, hasta que la ví entre nosotros.

—¿Qué quiere Vd. decir con eso, caballero? —se apresuró á decir el señor Wilson.—¿Cree Vd. por ventura, que mi admiración por esa señorita es fingida?

—No es necesario levantar la voz, señor mío —replicó el viejo actor;—estas pícaras tienen oídos de lince.

Guiñó un ojo, é hizo una grave reverencia, y se separó del señor Wilson, cruzando el salón contoneándose, y silvando una antigua canción, con señaladas muestras de menosprecio hacia todos los presentes.

No puede decirse que tenga gran importancia ofensiva el silvido de un viejo; pero hay varios modos de hacerlo, y como lo hizo en esta ocasión Ciber, parecía envolver un reto general. Los que se hallaban en el salón, cuyo número acababa de aumentarse considerablemente por la entrada en él de todas las señoras y caballeros que habían sido muertos en el cuarto acto de la tragedia, lo consideraron así, y no fué poca, por lo tanto, la satisfacción de todos, cuando vieron á Margarita de la Ó. levantar su vista del libreto, fijarla en el viejo Ciber, y esperando á que se

hallase en la misma línea que ella, echar á andar paralela á él, aunque algo separada, imitando grotescamente, pero con la mayor exactitud, su porte y modo de caminar. Para hacer más marcada la caricatura, sacó de su bolsillo, después de un burlesco registro, un sortijón con una gran piedra falsa, lo miró con afectación cómica, y se lo colocó, como Ciber, en el dedo pequeño, y frunciendo los labios, empezó á silvar un aire ligero, imitando el pausado movimiento de Ciber, de una manera perfecta.

Todos reían, menos Wilson, que pensó que Margarita se profanaba á sí misma silvando; y el viejo Ciber estaba confundido. Miró á su alrededor, se llevó ambas manos á las orejas, y silvó con más fuerza, haciendo exactamente lo mismo su imitadora, lo que produjo mayores risas. Margarita se reía tan alegremente como los demás, enseñando dos hileras de dientes encantadores.

De pronto se detuvo, y su cara tomó un aspecto de la más profunda tristeza. Bajó las cejas y echó una mirada de amargo reproche á todos los presentes, reasumiendo su interrumpido estudio, como diciendo: "¿No se avergüenzan Vds. de distraer de su epílogo á una pobre muchacha?"

Esto produjo nuevas y más estrepitosas risas.

Restablecida la calma al cabo de un rato, Jaime Quin, el rival entonces de Garrick en los caracteres trágicos, se dirigió á Ciber diciéndole:

—¿Y no podremos esperar algo de la pluma del señor Ciber, después de tan largo silencio?

—No—contestó aquél.—¿Dónde están los actores que lo han de representar?

—Hay muchos—replicó Quin;—aquí está este humilde servidor de Vd. . .

—La modestia sobre todo—interrumpió Margarita, suspendiendo su estudio.

—Tenemos á Garrick, á Barry, á Macklin, á la Clive, á la señorita Ciber, que es la mejor trájica que yo he conocido, á Margarita de la Ó. . .

—¡Ah! ¿la muchacha naranjera irlandesa? —preguntó Ciber, que era satírico ó insolente, según lo creía oportuno.

—Sí, señor; aquella muchacha, cuyo canasto valía más que el sueldo del señor Ciber durante los primeros veinte años de su carrera dramática —fué la respuesta de Margarita á la delicada pregunta de Ciber.

Éste vaciló un momento, y al fin replicó con ironía:

—¡Ah! comprendo: Vd. vendía alguna cosa además de naranjas.

El rostro de Wilson se encendió, y en la mirada que dirigió á Ciber parecían traducirse las palabras: "¡Si no fuera Vd. un viejo setentón!"

Margarita le miró por un momento de una manera que le penetró de parte á parte.

—Vd. quiere decir que yo entonces hacía un negocio, y ahora otro, ¿no es así, señor Ciber?—fué la tranquila respuesta de Margarita.—Y, hablando de otra cosa, ¿qué es lo que entiende Vd. por un actor? Dígamelo, pues soy bastante tonta para respetar la opinión de Vd. en esta materia.

—Un actor, señorita—contestó él con gravedad—es un artista que ha profundizado en el arte lo bastante para hacer que los tontos, los críticos, y los inexpertos, lo tomen por la naturaleza, y que ha aprendido el verdadero arte de multiplicarse, saliendo de su cuarto de vestir, convertido en un joven, en un viejo, en un pisaverde, en un paje, en un héroe, ó en un amante, con la voz, el semblante, y los gestos, todo en armonía. El que no haga eso, podrá ser un buen perorador, ó un excelente predicador, ó un solemne vociferador, ó hasta un elocuente recitador; pero nunca será un buen actor.

—Pues entonces, Margarita de la Ó. es una actriz—contestó ésta;—pues en "Lady Bety"

las más elegantes señoras me consideraron como una hermana; en la "Señora Day" paso por una mujer de setenta años; y en "Sir Harry Wildair" he sido tomada por un hombre. Pude haber dicho á Vd. esto antes de ahora, pero no lo hice porque no sabía que me honrase tanto—añadió con zalamería—hasta que el señor Ciber nos dió la ley.

—Pruebas de lo que Vd. dice—dijo Ciber.

—Una entusiasta carta de una señora, unas hebillas de brillantes, de otra; y una oferta de su mano y su fortuna de una tercera. ¿Quiere Vd. más?

El señor Ciber ocultó una mirada de incredulidad, que ella observó.

—No enseñaré á Vd. las cartas—prosiguió—porque Sir Harry, aunque era un calavera, era un caballero; pero aquí están las hebillas—dijo, sacándolas de su bolsillo, bastante grande para contener semejantes cosas. Las hebillas fueron inspeccionadas, y más de una boca se hizo agua al verlas: eran de indisputable valor.

—Yo enseñaré á Vds. hoy lo que es una verdadera actriz—dijo Ciber, para terminar;—pues ha ofrecido venir á verme esta noche. ¿Han oído Vds. hablar de Ana Monsalve?

—¡La Monsalve!—dijo la señorita Clive;—

esa está muerta desde hace treinta años, ó al menos así lo creía yo.

—Muerta para las tablas; pero aun queda más calor en sus cenizas, que en todo el fuego de Vd., señorita Clive. ¡Ah! aquí está un mensajero—añadió, viendo aproximarse á un hombre de edad, con una carta en la mano. Margarita le arrebató la carta y la leyó. En aquel momento entró en el salón el traspunte, gritando: "el epílogo," con el tono imperativo que suele emplear esa benemérita, si no elevada clase del Parnaso, y, obediente al mandato, Margarita se encaminó á la puerta con la carta de la Monsalve en la mano, aunque no sin hacer saber antes su contenido.

—La gran actriz estará aquí en breve—dijo saliendo rápidamente del salón.

## CAPÍTULO II.

Si el lector quiere dar una prueba de buen juicio, y gusta de no ser objeto de críticas, no siempre justas, bueno será que al abandonar una reunión de sus amistades, procure ser el penúltimo en hacerlo. Margarita de la Ó. sabía esto, sin duda; pero los epílogos son una cosa seria, y el traspunte un déspota, cuyas órdenes no admiten demora para su cumplimiento.

—¿Habían visto Vds. antes de ahora una mujer silvando?—preguntó la señorita Clive, cuando Margarita salió del salón.

—Nunca; pero yo ví una vez una en Alemania, montada á horcajadas sobre un burro.

—¿Era casada?

—Sí, señor, y el marido caminaba á su lado, haciendo una figura tan triste como la que hará el de Margarita.

—Suponiendo que haya quien se aventure á ser el cónyuge de la gentil Lotaria.

—Yo no sé si lo habrá ó no—dijo Wilson

todo alterado;—pero lo que sí puedo asegurar, por lo que he visto, es que el que se atreve á atacarla frente á frente, no sale bien parado en la contienda.

—Tiene Vd. razón, caballero—dijo Quin—y yo quisiera que la señorita Clive nos explicase por qué aborrece á Margarita, la mujer más bondadosa del mundo.

—Yo no la aborrezco; no me tomo esa molestia.

—Sí; Vd. la aborrece, puesto que no desperdicia la ocasión de darle un corte siempre que puede.

—¿Aborrece Vd. la pierna de venado, Quin?—preguntó ella.

—No, ¡pequeño monstruo!—contestó Quin.

—Y, sin embargo, tampoco rehuye Vd. darle un corte siempre que puede.

—El razonamiento es bello—dijo el señor Ciber.—Ámigo Quin, no intente Vd. oponerse á las leyes naturales; deje Vd. que las señoras se aborrezcan unas á otras, puesto que esto las tranquiliza. Si pretende Vd. hacerlas de otro modo, no conseguirá Vd. nada, y perderá la paciencia. Margarita aborrece á la Bellamy porque tiene espléndidos trajes traídos de París, pagándolos, como ella pudiera tenerlos si no

fuese tan tacaña. Catalina Clive aborrece á Margarita, porque el empresario Rich le proporcionó ocasión de vestirse de hombre, cuando Catalina, que ahora se está haciendo la gazmoña, deseaba echar remilgos á un lado, y calzarse los pantalones, en lugar de Margarita. Éste es el verdadero motivo del estado de relaciones entre una y otra. El olmo no puede dar peras. Yo he visto á Margarita de la Ó. llorar sin consuelo en este mismo sitio, y á Catalina Clive poco menos que arrancarse los pelos de rabia, por las razones que he dicho. ¿Creen Vds. que esas señoras poseen el alma grande que debe poseer todo gran artista? Cuando yo era joven, presencié la lucha de dos gigantes del arte, disputándose el primer puesto en este mismo escenario. Hacían los papeles de Roxana y Statita en "Las Reinas Rivales." Reinas ambas, como artistas, cada una hizo uso de todo su esfuerzo por el triunfo. Hacia la mitad del último acto, el público se inclinó á favor de Statita. ¿Y qué hizo Roxana? ¿Arrojar manteca sobre el traje de Statita, como hubiera hecho Margarita de la Ó.? ¿Darle de puñaladas, como creo á Catalina capaz de hacer? ¡No! Roxana se despidió del teatro aquella noche, para siempre, y escribió á Statita lo que van Vds. á oir, palabra por palabra: "Se-

ñora, el juez que es inapelable para nosotros, ha dado su fallo en favor de Vd. Yo no haré jamás un segundo papel en la escena en que por tanto tiempo he sido la primera; pero sí seré un espectador, y estoy segura de que nadie apreciará el talento de Vd. mejor que yo, que he sentido su peso. Mi guardarropa, uno de los mejores de Europa, no tiene ya objeto para mí; si Vd. quiere honrarme escogiendo algunos de mis trajes, me complacerá mucho, y cuando la vea con ellos en la escena, me figuraré que me veo á mí misma, muy mejorada."

—¿Y cuál fué la contestación de Statita?—preguntó Wilson, con interés.

—La siguiente: "Señora: el público suele equivocarse con frecuencia, y muy bien puede haber sucedido ésto anoche, al suponer que yo podía competir con éxito con el mérito de Vd.; pero lo que no admite duda (y de ello soy el mejor juez), es que, fuera de la escena, me ha vencido Vd. por completo. Usaré con orgullo cualquier traje que Vd. haya honrado, y la presencia de Vd. entre los espectadores me inspirará mayores esfuerzos, á menos que el sentimiento de la magnanimidad de Vd., y el recuerdo de su talento, me abatan, por el temor de perder algo en la opinión de Vd.

—¡Vaya un par de viejas tiesas!—dijo Catalina Clive.

—No diga Vd. eso, señora—gritó Wilson con calor.—Aquello fué una sublime cortesía de dos almas grandes que se hallaban muy por encima del combate, de la derrota, y de la victoria.

—¿Quiénes eran aquellas dos actrices?

—Statita era la gran Oldfield. Á Roxana la oirán Vds. esta noche aquí.

Aquellos recuerdos de Ciber fueron interrumpidos por los aplausos que se oían en el teatro; el presente rara vez concede una prolongada atención al pasado.

—Eso es á Margarita de la Ó. recitando el epílogo—dijo Quin.

—Como quiera que sea—dijo una diminuta actriz—parece que Margarita ha tomado al público la medida del pie.

—Y la de las manos también—añadió Pomander, despertando de un ligero sueño.

—Lo que ha hecho es tocarle en el fondo del corazón—dijo Wilson.

Un pequeño incidente vino á interrumpir la continuación de la crítica. La sala estaba alumbrada por dos candeleros, uno á cada lado; un muchacho del servicio del escenario entró, bus-

cando alguna cosa, y tropezando con uno de ellos lo derribó y rompió.

—¡Maldito muchacho!—gritó una de las actrices.

—No se apure Vd., señora; ahora mismo traeré otra luz—dijo el galopín, desapareciendo con el candelero roto.

Aprovechemos esta interrupción para examinar al señor Wilson.

En primer lugar, estaba atónito al ver el sarcasmo con que se trataba aquella gente, las cosas que se decían unos á otros, sin pelear, y la falta de respeto de los hombres para con las señoras.

—Aquí no se reconocen sexos—se decía.

Le sorprendían y divertían algunas de las ocurrencias; pero casi sentía haber venido á aquel lugar, donde nadie admiraba, ni amaba, ni siquiera respetaba á su diosa.

De sus meditaciones vinieron á distraerle los gritos de Ciber atacando á Garrick, á quien Pomander había citado como superior á todos los trágicos de los tiempos de Ciber.

—Le digo á Vd.—gritaba éste—que Garrick ha acabado con la dignidad de la escena, dándonos en cambio eso que Vds. toman por fuego, y que no es más que humo. Sus maneras son insignificantes, como su persona, y todo en él no

es más que ruido y aparato, sin tener idea de lo que es una escena trágica.

El viejo actor acompañaba sus palabras con tales gestos, que todos los circunstantes se reían, cuando, de pronto, apareció en la puerta del salón la majestuosa figura de una señora anciana.

—¡La Monsalve!—exclamó Ciber.

Como puede suponerse, todas las miradas se dirigieron hacia la recién llegada, aquella Roxana á quien la historia recientemente contada por Ciber había comunicado un especial interés. Estaba vestida con un rico traje de terciopelo negro guarnecido de oro. Parecía como adherido á un cuerpo de madera, y no al de una mujer. Su cabello y cejas eran grises, y á no observarse la falta de un diente, todavía hubiera podido parecer hermosa. Era alta, y derecha como un huso, y su noble porte no revelaba ninguna de las debilidades producidas por la edad; sólo podía observarse que su mano temblaba un poco al golpear el suelo con un bastón de puño de oro, en que se apoyaba.

Adelantándose hasta el centro del salón, saludó afectuosamente á Ciber, y mirando por encima de las cabezas de todos los demás, parecía observar con interés aquellos muros. Á seme-

janza de los gatos, demostraba más afecto al lugar que á las personas.

Una muchacha, vestida de paje, le ofreció una silla.

—No están tan limpias como en mis tiempos —dijo la vieja señora, acariciando la cabeza del paje.

—Nada está como acostumbraba estar—observó el señor Ciber.

—Tanto mejor—dijo, en voz baja, la señorita Clive.

—Estábamos riéndonos de Garrick—prosiguió aquél—primer actor de estos tristes tiempos para la escena.

Ciber creyó encontrar en la recién llegada una aliada en sus ataques á todo lo presente, sin distinción; pero se llevó chasco, pues la vieja actriz le contestó:

—Amigo mío, esa es una enfermedad de Vd.; cúrese, Ciber. Garrick agrada al público, y, en un actor, eso es lo que importa.

Se volvió en redondo en su silla y con tono alegre, aunque duro á la vez, dijo:

—¿No hay quien me dé un polvo de rapé?

Inmediatamente se pusieron á su disposición varias cajas, en una de las cuales introdujo la punta de sus dedos con la mayor delicadeza,

despojando á este acto de parte de su vulgaridad.

—¡Vieja horrible, y juiciosa á la vez!—cuchicheó Quin al oído de la Clive.

—¿Qué dice Vd., señor?—preguntó la vieja.

—Que el juicio de Vd. está de acuerdo con la reputación de su gran talento.

Al oir estas palabras, aquella se puso en pie, y haciendo un preliminar movimiento oblicuo, se inclinó con una profunda cortesía.

Jaime Quin, que no quiso dejar de hacer honor á la generación presente, intentó corresponder al saludo en la misma forma, á pesar de su figura algo obesa, y de su tendencia apoplética, y Ciber se puso en pie gravemente, dirigiendo á aquel su anteojo, con la atención de un naturalista que observa los movimientos de un orangután. Aquel saludo gimnástico finalizó, afortunadamente, sin una caída grotesca por parte de Quin.

—Señora—dijo el paje, con timidez—¿no querrá Vd. honrarnos con algún ejemplo del antiguo estilo?

—¿Por qué no, muchacha? Señor Ciber, acompáñeme Vd.

Ambos se levantaron de sus asientos, y adoptando aquellas actitudes que pasaron por heroicas

en sus tiempos, declamaron dos ó tres andanadas de "Las Reinas Rivales," de cuya repetición quiero hacer gracia al lector. Su elocución, si bien clara y armoniosa, estaba lejos de ser el lenguaje común. Aun no habían aprendido que la escena es una representación de la vida, y que los actores deben hablar y accionar como seres vivientes, y no como máquinas.

—Ahora—gritó Ciber—hagamos ver á estos jóvenes, cómo se movían las señoras y los caballeros, hace cincuenta años; bailemos.

Hicieron traer un violín que tocó un minué, y empezó la solemne danza. En verdad, no era alegre, pero hay que reconocer que era bonita; era el baile de los reyes, y la poesía de los salones elegantes.

La actriz retirada bailó de una manera que electrizó á todos los presentes. Sus pies y su cuerpo hicieron las más locas contorsiones. Las risotadas se sucedían sin interrupción.

De pronto se detuvo, se sujetó las caderas con las manos, y prorrumpió en un agudo grito de dolor.

Cesaron las risas.

Dió otro grito, de tal agonía, que todos la rodearon al momento.

—¡Oh! Ayúdenme Vds., señores—decía la

pobre mujer en el tono más lastimero.—¡Mi espalda! ¡mi cintura! ¡sufro horriblemente!—añadió, casi desmayándose.

¿Qué hacer? El señor Wilson ofreció su cortaplumas para cortar las cintas del corset.

—¡Mátenme Vds. antes!—gritó ella con energía.—No me compadezcan—añadió con tristeza—no merezco compasión;—y levantando los ojos, exclamó con aire del más profundo reproche:

—¡Oh, vanidad! ¿no abandonarás nunca á la mujer?

—No ha sido vanidad—dijo, casi llorando, el paje, que era una muchacha sensible;—ha sido un exceso de complacencia por parte de Vd.

—No, hijos míos; no ha sido otra cosa que vanidad. Quise enseñar á Vds. lo que una pobre vieja era capaz de hacer, y he sufrido la humillación merecida, por querer eclipsar á los jóvenes. Esa humillación es justa—y prorrumpió en llanto.

—Esto es penoso en verdad—dijo Ciber.

La señora Monsalve fué colocada en una silla, y levantando los ojos, miró con dulzura á su viejo compañero, diciéndole, despacio y con cierta seriedad:

—¿Para qué servimos ya, Ciber? Sólo para animar á los jóvenes á que suban la pendiente que nosotros hemos subido hace años; y si los

vituperamos, mi viejo amigo, los desalentamos, lo cual es un pecado en los viejos. Nosotros hemos tenido nuestro tiempo.

Se sonrió, y apoyando con suavidad su mano en la de su antiguo amigo, añadió con dulce solemnidad:

—Ya nuestro destino es irnos tranquilamente á descansar, y no ensoberbecernos, ni irritarnos, en los pocos días de vida que nos quedan.

Estas palabras, dichas de la manera que ella las dijo, llegaron al corazón de todos los oyentes. Los jóvenes se sintieron atraídos por aquella mujer, y el viejo Ciber, suavizado y vencido, y poseido del sentimiento de su decadente existencia, permaneció silencioso, llevando en un momento el pañuelo á sus ojos, y exclamando después:

—Sí, amiga mía, Vd. tiene razón; y Vds. los jóvenes del porvenir, perdónenme si amo tanto los días pasados en que era joven como Vds. lo son ahora. Esta mujer—continuó, medio avergonzado de su emoción—nos ha hecho reir y llorar, como siempre ha sabido hacerlo.

La vieja señora se levantó, dejó caer una carta á los pies de Ciber, y salió precipitadamente de la habitación sin volver la vista.

Todos se quedaron atónitos, mirándose unos á otros, y á la silla que había quedado vacía.

Ciber abrió la carta y la leyó en voz alta. Era de la señora Monsalve y decía lo siguiente: "No me es posible ir á ver á Vd. esta noche como le ofrecí. Perdone á su amiga—M."

Al concluir la lectura se oyó una sonora carcajada en la parte afuera de la puerta del salón, donde la supuesta señora Monsalve se estaba quitando el tinte grís de sus cabellos, las arrugas de la cara y el parche de su diente.

—¡Ah, pícara irlandesa!—gruñó Ciber.

—¡Naranjas dulces!—gritó la otra desde adentro, con acento irlandés.

De nuevo se miraron todos, y comprendieron toda la gracia de la broma, rompiendo en estrepitosos aplausos, sobrepujados por los gritos de Wilson y Sir Carlos, de "¡Brava, Margarita!"

Puede calcularse el efecto que todo aquello produjo en Wilson. ¿Quién sino Margarita pudo haber llevado á cabo semejante ficción? Sus trasportes de admiración no tenían límite.

El señor Ciber no unió sus aplausos á los de los demás. Sus teorías habían recibido un golpe, y todos tenemos apego á nuestras teorías.

Los concurrentes fueron dispersándose, quedando sólo Wilson en el salón, con sus ojos fijos en la puerta, en espera de ver aparecer á Margarita, pero ésta no apareció. Se fué en busca del

señor Quin que lo condujo al escenario y le enseñó lo que eran interiormente las decoraciones y maquinaria; y por último se volvió al salón de descanso, en busca de su amigo Sir Carlos, á quien encontró allí en animada conversación con Margarita. Esto le contrarió un poco.

Sir Carlos, hasta aquel momento, había permanecido extraordinariamente silencioso durante toda la noche, y no parecía sino que ahora estaba tomando la revancha. Margarita le escuchaba con una apariencia de interés que fué una puñalada para el corazón del pobre Wilson.

Éste pidió al señor Quin que lo presentase á Margarita, la cual le recibió con exquisita cortesía. Wilson tartamudeó algunas palabras de admiración á la señora Monsalve, que fueron recibidas con alguna frialdad. Pomander habló con más calor, y dijo:

—Si Vd. nos hubiera ofrecido uno de esos pesados é interminables romances, característicos de los pasados tiempos, la hubiéramos descubierto al instante; pero lo que vimos en Vd. fué el arte copiando la naturaleza, y pocas veces podrá alcanzarse un triunfo semejante bajo tan adversas circunstancias.

—Vd. es muy bondadoso, Sir Carlos—fué la respuesta;—y me lisonjea Vd. Ha sido una de

esas cosas que parecen más de lo que realmente son. Nadie en la sala conocía á la Monsalve sino Ciber, y éste no ve bien sin anteojos, mucho menos habiéndole privado yo de uno de los candelabros, valiéndome del muchacho que mandé á derribarlo. Conozco perfectamente á la señora Monsalve, con quien tomo el te por las tardes todos los domingos. Tenía puesto uno de sus trajes, y fingí su voz y hasta su modo de expresarse. Fué más bien mímica, y nada vale en comparación de lo que hice otra vez; pero . . .

—¡ Cuéntenoslo Vd. !—dijo Pomander.

—Tengo miedo de escandalizar á su amigo, que me parece no es tan malo como Vd., y tal vez no sabe qué clase de criaturas somos las actrices.

—No es tan inocente como parece—replicó Sir Carlos.

—No es esa precisamente la respuesta que yo esperaba, señor Pomander—dijo aquella con viveza;—pero la acepto en lo que vale. Les diré pues, que en cierta ocasión me hizo el amor un caballerete, joven y de no mal aspecto. No recuerdo si me gustaba ó no, pero pueden Vds. suponer que no me sería del todo antipático, cuando á instancias suyas le ofrecí casarme con él. Bueno es que sepan Vds. que yo vine al

mundo, no para representar, lo cual aborrezco, sino para ser una mujer de mi casa; y por lo tanto, las palabras "esposa," y "hogar" se apoderaron de mi mente, y la ilusión de zurzir los calcetines á una colección de muchachos de mi exclusiva propiedad, llenaba mi corazón. Me sentí, por lo tanto, agradecida á aquel pequeño bruto que me iba á proporcionar todo aquello, el cual, por su parte, iba á tener una esposa como no todos tienen, y pocos merecen. Pero es el caso, que un día que el teatro me dejó tiempo para examinar su conducta, averigüé que me estaba engañando. Supe que el pequeño bruto, nada menos que iba á casarse con otra mujer, proponiéndose hacerlo con toda reserva, é ir comunicándomelo luego paulatinamente. Averigüé quién era aquella mujer, logré que una persona conocida se ofreciese á presentarme á su padre, y, tres días antes de la boda, me presenté en su casa, disfrazada de joven militar, con un pequeño bigote negro, y todos los demás accesorios que me sugirió el arte de mi sexo, y la impudencia del de Vds.

El primer día lo dediqué á hacer carantoñas y bailar con la muchacha. El segundo la declaré mi amor, y la hice saber que su prometido esposo era un villano. Le enseñé cartas de él, llenas de

protestas y juramentos de eterna fidelidad á una Margarita de la Ó., "que se morirá de pena"—añadí—"si se ve engañada de ese modo."

Fíjense Vds. ahora, señores, en lo que es la justicia de la humana naturaleza. "¡Margarita de la Ó.! ¡una actriz! ¡Ah, infame!"—gritó ella—"¡Que se case con esa vagabunda! Lo único que no le perdonaré es que me haya insultado ofreciéndome una mano que había ofrecido anteriormente á semejante mujer."

De esta manera, y en un arrebato de virtuosa indignación, la pequeña hipócrita despachó al pequeño bruto; ó, dicho de otro modo, se había enamorado de mí.

Pocas horas felices me han sido concedidas en este mundo, pero confieso que fueron deliciosas aquellas en que contemplé á mi *pérfido*, despedido con cajas destempladas, él y la colección de trastos que había comprado para la boda.

Salí precipitadamente para Londres, riendo todo el camino, y cuando llegué á mi casa, si no recuerdo mal, lloré dos horas seguidas. ¿Por qué fué aquel llanto?

—Eso fué, señora—dijo Wilson con gravedad—el remordimiento, por haber jugado con el corazón de aquella señorita que no había hecho á Vd. daño alguno.

—Pero, señor, tenga Vd. en cuenta que el marido que le robé era un bruto y un villano, á su modo; un perverso, y un hombre despreciable, que hubiera engañado á aquella pequeña hipócrita, como había hecho conmigo.

—No es eso lo que quiero decir; Vd. le inspiró un cariño que tal vez no haya olvidado aún. ¡Quién sabe cuántas noches de insomnio habrá pasado desde entonces, y cuántas veces habrá suspirado por la vuelta del ángel de sus amores! Probablemente no habrá olvidado en dos años el amor que Vd. le inspiró en dos días. El poderoso debe ser clemente, señorita; y voy creyendo que no tiene Vd. corazón.

Apenas el señor Wilson pronunció estas palabras, comprendió que se había excedido, y el mal gusto que envolvían, cuyo sentimiento se aumentó al ver que el color se encendió en el rostro de Margarita, y que sus ojos brillaron de un modo extraño. No pronunció, sin embargo, una palabra, lo cual no dejó de ser notable en ella, cuya lengua era una verdadera espada.

Sir Carlos miró al soslayo á su amigo, sonriendo maliciosamente, y dijo:

—No malgaste Vd. sus simpatías, amigo mío; á los dos meses *se casó con un tercero;*—y varió la conversación.

Se presentó en la puerta la doncella de Margarita, y ésta, saludando afectuosamente á los dos amigos, abandonó el teatro. Pomander y Wilson hicieron lo mismo, caminando reunidos por un corto trecho.

—¿Qué opina Vd. de su inocencia?—fueron las primeras palabras de Pomander.

—Lo que opino es, que se pierde uno en su inmenso talento—contestó el apasionado Wilson.

—Es ciertamente astuta para todo aquello que le interesa—replicó Pomander;—pero noté que se quedó Vd. un poco perplejo ante su falta de pudor al contarnos semejante historia, y todavía más al saber que podía contarla.

—¿Falta de pudor? No tal. El pequeño bruto llevó el castigo que merecía.

—¿Le ha oído Vd. á él contar la historia? ¿No?; pues entonces, créame Vd., no la ha oído por completo.

—Vd. está predispuesto contra ella.

—Todo lo contrario; me gusta mucho; pero sé que para todas las mujeres, el amante actual es un ángel, y el pasado un demonio; y sé también que si Satanás se introdujese en el cuerpo de las mujeres del teatro, con la loca idea de hacerlas más embusteras de lo que son, saldría al cabo de algún tiempo mintiendo él mismo más

que antes, y aquellas inocentes criaturas ni siquiera se apercibirían de que su padre espiritual se había alojado en ellas.

No pudiendo ser más expresivo el pensamiento ni el lenguaje, Sir Carlos se separó del señor Wilson, dejándole clavado aquel aguijón, á fuer de verdadero amigo. Las reflexiones de Wilson al dirigirse pensativo á su casa, no eran precisamente las de un hombre en su cabal juicio. Lamentaba amargamente haber perdido la oportunidad de decir algo ingenioso delante de Margarita; le zumbaban los oídos cuando recordaba que casi la había regañado; y coordinaba en su imaginación un discurso para la próxima entrevista, repitiéndolo sin cesar.

Este es un pasatiempo de todos los enamorados, que no deja de tener gracia, pero que es susceptible de una objeción: la de que si llega á hacerse un hábito, puede convertir la inteligencia más sólida, en líquida, y arruinarla por completo.

Dejemos por ahora al señor Wilson, en la esperanza de que no hará aquello todas las noches, y ocupémonos un poco de su amigo, antes de terminar este capítulo.

Pero hagamos antes una pregunta, y contestémosla. ¿Qué es diplomacia? Una tontería

revestida de modo que parezca una sagacidad. Si Sir Carlos Pomander, en vez de acechar á Wilson y á Margarita, hubiera preguntado sencillamente al primero si amaba á la segunda, y si ésta le correspondía, es lo probable que, sin titubear, le hubiera aquél confesado toda la verdad. La diplomacia, por lo tanto, en este caso, como en otros muchos, no condujo más que á una pérdida de tiempo.

Por otra parte: para contemplar á Wilson frente á frente de Margarita, Pomander lo introdujo en el salón de descanso del teatro, con lo cual no aprendió nada, puesto que Margarita, bajo una portentosa apariencia de sencillez, poseía el rostro más impenetrable de Europa, y además, con semejante introducción, proporcionó al enamorado Wilson una oportunidad que es seguro no hubiera sabido hallar nunca el tímido é inexperto Damón.

La diplomacia, por lo tanto, en este caso fué altamente impolítica, pues el lector no habrá dejado de adivinar que Sir Carlos Pomander *perseguía por su propia cuenta á Margarita de la Ó.*

## CAPÍTULO III.

Sí, señores, Sir Carlos *perseguía* á la señorita de la Ó., y usamos esta palabra genérica, adaptable á los diferentes modos de hacer el amor.

Los sentimientos del señor Wilson hacia ella, puede decirse que eran una mezcla inexplicable, siendo culminantes el respeto, el entusiasmo, y la admiración más profunda.

Los del buen Sir Carlos no eran un enigma: tenía, como quien dice, un puesto vacante en su establecimiento, la cabecera de su mesa, su lado izquierdo cuando paseaba en carruaje en el parque, etc., y á este puesto era al que se proponía elevar á la señorita de la Ó., que era hermosa y llena de ingenio, y le gustaba muchísimo. Pero no era esto sólo lo que le hacía perseguirla con tanto empeño.

Siendo, como ella era, una celebridad, su posesión le hubiera proporcionado un verdadero éxito en el mundo que él frecuentaba. El escándalo de poseerla era para él una tentación abra-

sadora. Las mujeres admiran la celebridad en el hombre, pero éste la adora en la mujer.

Las mujeres pueden perdonar más fácilmente que nosotros cualquiera deformidad física; pero tratándose de las deformidades morales, la cuestión cambia completamente.

Esto es más oscuro que la noche, pero más fijo que el sol.

En el inmediato día, aquellos "amigos" (sustantivo altamente risible) se encontraron en el teatro, y otra vez visitaron juntos el salón de descanso. Wilson iba resuelto á hacerse más justicia, pero las ceremoniosas maneras de la actriz para con él le desanimaron un tanto. Margarita estaba casi constantemente en la escena, y cuando la abandonaba era siempre de prisa. Si alguna vez creía Wilson hallar una ocasión de dirigirle la palabra, era seguro que el listo y suave Sir Carlos se hallaba á mano para atraparla. No podía explicarse que aquel hombre, que tan poco respeto la profesaba, pretendiera hacerla el amor y verse correspondido; y á duras penas pudo ocultar su satisfacción cuando Pomander, aquella noche misma, se despidió de él, manifestándole que asuntos del mayor interés le obligaban á ausentarse de Londres por quince ó veinte días.

El buen Sir Carlos no podía irse, sin embargo,

sin dejar clavada otra espinita en el corazón de su compañero y amigo. Lo llamó aparte, y tras un corto prefacio, en el que figuraron las palabras "nuestra amistad," "mi probado afecto," "mi mayor experiencia," etc., le previno con mucha gravedad contra la señorita de la Ó.

—No quiere esto decir que Vd. deje de tomarla, si puede, por lo que ella es, y divertirse con ella, como ella haría con Vd. si le considerase digno de ocupar su atención; pero yo veo que es Vd. un hombre dotado de un carácter con el que esa señorita jugaría á la pelota, ocasionando á Vd. más tormentos, que cuantos Vd. pueda imaginar en la escala de los humanos sinsabores.

El señor Wilson se puso encarnado, y se disponía á interrumpir á su orador, que no le dió tiempo, y continuó:

—Estoy muy de prisa; pero pregunte Vd. á Quin, ó á cualquiera otro que conozca su historia, y sabrá Vd. que ha tenido amantes por docenas, y que ninguno ha permanecido siendo su amigo después de haberla abandonado.

—Los hombres son por lo general unos villanos—le interrumpió Wilson.

—Admitido; pero veinte hombres no tratan mal á una mujer que es buena: la proporción no es esa. ¡Adiós!

Este último golpe asustó á Wilson, que empezó á recapacitar. No podía dejar de comprender que era un verdadero niño en las manos de aquella mujer, y, por otra parte, su conciencia le decía que si su corazón iba á ser tratado por ella como una pelota, sería un justo y merecido castigo, pues existían particulares razones para que él, entre todos los hombres, debiera abstenerse de entrar en negocios con mujer alguna cuyo nombre fuese Margarita de la Ó.

Aquella noche evitó ir al salón de descanso, aunque no pudo renunciar á ver la representación; pero la siguiente determinó pasarla toda en casa. En su consecuencia, á la hora en que acostumbraba presentarse en el palco, y no habiéndolo hecho, la fisonomía del portero ostentaba cierta expresión de desaliento . . ., no había propina para él, y la diaria propina del señor Wilson había llegado á asumir en la imaginación del portero el carácter de un salario.

El señor Wilson callejeó desconsolado, vagó por las orillas del Támesis, por los parques y por las calles, y por último, á pesar de haberse admirado muchas veces de la falta de juicio de la mariposa, que revolotea alrededor de la luz hasta que se quema, encaminó sus pasos al teatro,

entró en el salón de descanso, y se sentó tranquilamente. Una vez allí, no se sintió feliz. Pensaba que ella se había mostrado siempre indiferente con él, y que ni había manifestado deseos de entablar amistad, ni dado siquiera señales de conocer lo que por él pasaba.

Con frecuencia había visto los movimientos de una veleta, y había oído compararla á la mujer; pero nunca había dado crédito á la justicia del símil. Grande fué, por lo tanto, su sorpresa, y hasta pudiéramos decir, confusión, cuando vió á la señorita de la Ó., tan fría, ceremoniosa y desviada hasta entonces, cruzar el salón en dirección á él, con la más encantadora sonrisa en sus labios, aproximársele, y, sin preliminar alguno, darle expresivas gracias por todas las lindas flores con que la había obsequiado.

—¿Cómo, señorita . . !, ¿Vd. ha comprendido que era yo?

—Por supuesto; y he sido bastante loca para dejarme llevar por la creencia de que siquiera podía contar con un amigo aquí. Pero . . . —añadió mirando al suelo—es preciso que no se incomode Vd. si le digo una cosa: entre las flores venían, no sé cómo, algunas piedras, que voy á devolver á Vd., porque yo amo mucho las flores, y no quiero verlas mezcladas con ninguna

otra cosa. No me pida Vd., sin embargo, que le devuelva una flor siquiera—añadió con la mayor coquetería—porque no se la daría ni á Vd., ni á nadie.

Imagínese el lector el efecto de estas palabras en un temperamento romántico como el del señor Wilson.

La dijo cuán feliz se consideraba al saber que ella había podido distinguirle entre la falange de sus admiradores, y confesó que se había sentido mortificado cuando se consideraba completamente desconocido para ella.

Margarita le interrumpió:

—¿Conoce Vd. á Sir Carlos Pomander? Casi estoy segura de que no, aunque Vd. crea lo contrario. Pues bien, sepa Vd. que no me gusta ese hombre, que es falso y malo. Quiero ser franca con Vd. diciéndole que, habiendo notado que me estaba observando atentamente la noche que Vd. vino aquí, no quise demostrar interés alguno en saber quién era Vd.

—Pero Vd. no aparentó haberse fijado en mí antes.

—Indudablemente, porque así me lo propuse —dijo la actriz con la mayor ingenuidad.

—Sir Carlos se ha ausentado de Londres por quince ó veinte días, y si él era el único obstáculo

que se lo impedía, espero que ahora se fijará Vd. en mí todas las noches.

—¿Y por qué no me ha enviado Vd. flores ayer ni hoy?

—Se las enviaré mañana.

—Pues entonces estoy segura de que le reconoceré. Adiós, ¿no quiere Vd. verme en el último acto y decirme lo mal que lo hago?

—¡Oh, sí!—y corrió á su palco, con lo que la actriz aseguró un par de manos más para su último acto.

Á la conclusión, Wilson volvió al salón de descanso, pero ella no reapareció en aquel lugar. Á la noche siguiente volvieron á verse en el mismo sitio, y después de los cumplimientos naturales, dijo ella, bajando la vista, con el aire más dulce y zalamero:

—He enviado un emisario al campo, para que me traiga noticias de aquella señora.

—¿Qué señora?—preguntó Wilson alarmado.

—Aquella por cuya causa me trató Vd. con tanta dureza.

—¡Yo! Si así fuese, nunca me arrepentiría bastante.

—Sí, señor, Vd. me reprendió, y no sin motivo; solamente que no debió Vd. decir que una actriz no tiene corazón . . . , eso se sobreentiende.

Ahora bien, Sir Carlos Pomander dijo que aquella se casó con un tercero á los dos meses.

—¿ Y fué verdad ?

—No, señor ; ese hombre nunca dice la verdad ; fué á las seis semanas, y desde entonces se ha casado con un cuarto.

—Me alegro.

—Y yo también, pues Vd. alarmó mi conciencia.

Desde aquel momento Wilson no luchó más; se rindió á la encantadora seducción, y como sus avances eran respetuosos, pero ardientes é incesantes, á los quince días se encontró siendo el amante declarado de la señorita de la Ó.

Se veían y se escribían diariamente. Los domingos iban juntos á la iglesia por la mañana, y por la tarde á pasear por los alrededores de la ciudad, buscando el verde cesped, y huyendo del polvo.

Al finalizar la segunda quincena, el pobre Wilson creía firmemente haber profundizado en el carácter de aquella extraordinaria mujer, lo cual era lo mismo que si pretendiese sondear el Atlántico con una sonda de ochenta brazas.

—Es religiosa—se decía ;—prefiere la iglesia al teatro, y allí nunca se ríe, ni se queda dormida, como suelo quedarme yo algunas veces. Está

modificando mis costumbres por grados, hasta el punto de haber alejado de mí el hábito de blasfemar, pues dice que nada puede justificar lo que es profano, vulgar y malo. ¡Es la franqueza y la sencillez personificadas!

Otra de las cosas que le encantaban en ella era su desinterés. Le había ordenado que le hiciese un presente todos los días, pero no había de costar más de veinticinco centavos. Si podía encontrar un objeto que costase exactamente veinte (su suma favorita) se consideraba más complacida, y aquellos regalos eran recibidos siempre con arrebatos de placer y con los ojos brillantes de satisfacción. Un día, que se presentó con un collar de diamantes, fué recibido con la mayor frialdad, no le dió siquiera las gracias, y le hizo entender, de una vez para siempre, que los regalos de á veinte centavos eran los que ella prefería y los que merecerían su gratitud.

Descubrió además, que aquella angelical criatura era muy económica, y hasta pudiera decirse cicatera, de una frugalidad espartana en sus alimentos, y modesta hasta la exageración en sus trajes, fuera del teatro. En cambio era caritativa, luchando á veces su caridad con su economía, en cuyas luchas hasta se ponía impertinente, ¡la pobrecita!

Un día le hizo una súplica.

—Yo no puedo soportar—le dijo—que me creas mejor ni peor de lo que soy.

Wilson se echó á temblar.

—Si me prometes no decir á nadie nada acerca de lo que te diga, te ofrezco contarte toda mi historia, siempre que te hagas acreedor á semejante confianza.

—¿Cuando será eso?

—Cuando esté segura de tu amor.

—¿Dudas de él ahora?

—Sí; creo que me amas, pero no estoy segura.

—Margarita, recuerda que te quiero desde dos meses antes de que te hubieras fijado en mí.

—¡No!

—¡Sí! Dos meses antes de hablarte vivía de tu cara y de tu voz.

—Es decir, me mirabas desde el palco mientras yo estaba en la escena. ¿Y crees tú que yo no te miraba?

—¡Nunca! Tú siempre mirabas á las lunetas, lo cual lastimaba profundamente mi corazón.

—Espera: el 17 de Mayo fué el primer día que apareciste en el palco. Yo lo noté un poco; el siguiente día lo noté un poco más y se me figuró que gustabas de mí; y pocos días después no hubiera podido representar sin verte allí.

Esta fué una deliciosa zalamería, que el pobre Wílson creyó á pie juntillas.

En cuanto á su súplica y su promesa, Margarita demostró su sagacidad, en ambas cosas. Según decía Sir Carlos Pomander, se ha ganado un importante punto cuando se llega á merecer que una mujer le cuente á uno su historia, aunque sea á su manera. ¡Con cuánta destreza son modelados y entretejidos con sus hábiles dedos, los pocos hechos que se permite presentar, despojados de todo lo que pudiera parecer desagradable!

En la presente historia no podemos dar á conocer toda la vida de la señorita de la Ó., sino sólo algunos detalles, y, en justicia debemos decir que el lector puede estar seguro de que en esta ocasión no estaba jugando con malas cartas. Hay que reconocerlo en su obsequio.

Un día, ella y Catalina Clive no se hallaban en muy buena armonía; el salón de descanso estaba lleno de actores de ambos sexos, pero no había allí ningún extraño, y las señoras decían todo lo que se les ocurría. Creyéndose Margarita maltratada, y de un modo injusto, á su parecer, se volvió á la asamblea, y dijo en voz alta:

—¿Á qué hombre he arruinado yo en mi vida? Hable quien pueda.

Reinó un profundo silencio.

—¿Qué mujer, de todas estas de quince pesos semanales, ha dejado de arruinar á dos, cuando menos?

Volvió á reinar el silencio, hasta que la señorita Clive se irguió, y dijo que ella no había arruinado más que á uno, y que de eso había tenido él sólo la culpa.

Margarita declinó dar importancia á este ejemplo.

—Catalina Clive es un anzuelo sin carnada—dijo: y todos soltaron la risa, como siempre sucedía á costa de la antagonista de Margarita.

Todo esto contribuía á afirmar á Wilson en la creencia de que, cualesquiera que fuesen las intenciones de Margarita con respecto á él, nada tenía que ver con ellas el interés, y á poner en claro que, aun cuando supeditase á él su voluntad, sería solamente como una princesa que forja cadenas para sí misma con sus propias manos.

Otra quincena pasó, de tranquila felicidad para ambos amantes. Á Wilson le parecía un sueño enagenador verse al lado de aquella gran mujer á quien rendían tributo miles de admiradores, observarla, llevarla al teatro envuelta en su magnífico abrigo, esperarla entre bastidores y

recibirla cuando salía de su cuarto de vestir, radiante de hermosura: verla salir á la escena, y oir las salvas de aplausos con que era recibida y que la seguían como el trueno al relámpago; comparar aquello con la indiferencia con que las demás artistas eran recibidas; tomarla de la mano cuando volvía de la escena y sentir sus nervios excitados como los de un galgo al terminar una carrera, y todo su cuerpo palpitante con el fuego artístico de la gran Pitonisa; y sentir la cabeza de esa misma excepcional criatura descansando en su hombro, oyendo con encantadora complacencia sus palabras de amor y de tranquilo deleite, en contraposición con aquellos grandes triunfos.

Todo esto era celestial, y hay que agregar que Margarita, con toda su brillantez y su fuego y su bravura, era una mujer, en toda la extensión de la palabra.

—¡Margarita!—le dijo él una noche, en uno de estos trasportes.

—¡Ernesto!

—Quiero hacerte una pregunta. ¿Es verdad que lloraste porque la Bellamy tenía trajes enviados de París?

—No parece eso muy probable, ¿verdad?

—No; pero dime, ¿lloraste?

—¿Quién ha dicho eso?

—Ciber.

—¡Viejo majadero!

—Bien, ¿pero es verdad?

—¿Qué?

—Que lloraste.

—Ernesto, los vestidos de aquella pícara eran preciosos!

—No lo dudo; ¿pero lloraste?

—Y los míos estaban ajados. Aborrezco los trajes ajados.

—Dime, pues.

—¿Qué quieres que te diga?

—Si lloraste, ó no.

—¡Ah!, quieres saber si fuí una tonta, para despreciarme.

—No; creo que te amaría más, pues hasta ahora no he descubierto en tí ninguna debilidad, y parece que me falta algo.

—Pues tranquilízate; ¿no es una debilidad quererte como te quiero?

—Si no satisfaces mi curiosidad, me voy á enfadar contigo.

—¡Ten pues la bondad de decir, en lenguaje bien claro, qué es lo que quieres!

—Que me digas con sola una palabra, si lloraste ó no.

—Prométeme no mortificarme más, y te lo diré.

—Prometido.

—¿No me despreciarás?

—¡Despreciarte!

—Bien, pues entonces . . . no me acuerdo.

En otra ocasión estaban sentados al anochecer, en las orillas del canal, en el parque, cuando vieron que un pequeño animal se movía alrededor de un banco inmediato.

Margarita lo contemplaba con curiosidad y complacencia.

—¡Animalito!—dijo—¿Es un conejito, no es verdad?

—No;—dijo Wilson sencillamente—es un ratón.

—¡Ay! ¡Ay!—gritó Margarita, agarrándose con toda su fuerza al brazo de Wilson.

Aquel grito asustó al ratón, que desapareció.

Ella se echó á reir, exclamando:

—¡Qué tonta soy!; el animalito no me asustó, y su nombre sí. Es preciso confesar que tienen razón los que dicen que fuera de las tablas soy la criatura más tonta del mundo. Pero no volveré á serlo . . . ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!—y se volvió á agarrar al brazo de Wilson con tanta fuerza como la vez primera.—Sácame de este

horrible lugar, en donde los monstruos salen de las entrañas de la tierra!

Al huir aterrada de aquel sitio, el ratón lo abandonaba con igual terror. Todo esto son tonterías, pero que nos agradan á los hombres; y además, los contrastes son siempre encantadores. Aquella misma tonta criatura, estaba llena de talento ... y de astucia también, cuando venía al caso.

Por la noche hizo el "Sir Harry Wildair," y Wilson tuvo ocasión de ver á aquella misma muchacha que no se atrevió á permanecer en el sitio donde no se creía segura de un distante ratón, salir á la escena y representar á la perfección el papel de un intrépido calavera, blandir una espada, é imitar el valor de quien se halla dispuesto á comerse el mundo, con el Rey Lear por postre, y después de alcanzar un brillante triunfo sobre el público, volver al lado de nuestro Wilson y lograr otro no menor sobre él.

Su brillante cutis, contrastando con su empolvada peluca, deslumbraba. Usaba poco colorete, pero este poco hacía que sus ojos pareciesen un par de bolas negras que fascinaban. Desde el alto empeine de su pie, hasta su bruñida frente, todo era simétrico. Todas sus formas hubieran hecho la gloria de un escultor.

En el salón de descanso se hallaba Sir Harry Wildair, en pie, apoyada su mano en el hombro de Wilson, que estaba sentado, con su casaca de terciopelo con cuello y puños de encaje, su calzón de raso y sus relucientes hebillas de brillantes, resplandecientes como un astro; y cuando bajó sus largas pestañas para mirar á aquél, todo su fogoso encanto se suavizó gradualmente, apareciendo la mujer apasionada y voluptuosa.

—La primera vez que te ví cerca de mí fué aquí—dijo Wilson;—mi admiración llamó la atención del señor Ciber; ¿y qué te figuras que dijo?

—Que me celebrabas para que yo te oyese. ¿Era así?

—No; ten la bondad de hacerme más justicia.

—Perdóname; eso es lo que yo hubiera hecho si me hallase haciendo el amor á una actriz.

—Me parece que no has tropezado en tu vida con muchas almas ingenuas, mi querida amiga.

—Ni una siquiera, hijo mío.

Este era un título que con frecuencia le aplicaba ahora.

—¿Oiste lo que yo dije entonces?

—El oído de una actriz es muy fino para oir

las alabanzas, y si te he de decir la verdad, cogí una ó dos palabras, aunque estoy segura de que no me lo conociste en la cara.

—No; y comprendo, según eso, que nunca conoceré en ella lo que ves, oyes, ó piensas.

—Cuando desees saberlo, pregúntamelo, y te lo diré; pero nadie, ni tú mismo, lo podrá descubrir por otro camino.

—¿Oiste el débil tributo de elogio que te estaba dedicando cuando entraste?

—Todo lo oí, mi querido Ernesto.

En la mañana del día de que nos estamos ocupando, el señor Wilson había estado aparentemente descontento; pero al regresar á su casa por la noche, se hallaba en un estado de verdadera embriaguez mental. Su entusiasmo poético, su amor, su vanidad, todo se hallaba satisfecho á la vez; y ya sabemos que cada una de estas cosas separadamente, ha triunfado de la Prudencia y de la Virtud en un millón de ocasiones.

Élla le había confesado que estaba dispuesta á arriesgarlo todo por él; le había sujetado á una pequeña prueba, y le había prometido que, si su confianza y afecto permanecían ilesos, á la espiración de un determinado período (que no iba á ser de completa infelicidad) se aprovecharía de las vacaciones del verano para cruzar el mar

con él, y olvidar á su lado todo en el mundo, menos su amor.

¿Pero por qué á la mañana siguiente, negras nubes se amontonaron en la imaginación de Wilson? Será que el hombre es feliz sólo cuando está persiguiendo lo dudoso? ¿Sería una carta de Pomander, anunciándole su regreso, y preguntándole sarcásticamente si aún continuaba siendo el predilecto de Margarita de la Ó.? ¿Ó era la misma inquietud misteriosa que periódicamente le asaltaba, y que por intervalos turbaba los placeres de sus dorados sueños acerca de Margarita?

El inmediato día fué, sin embargo, de placer. Iba á dar en su propia casa una fiesta en honor de su adorada, y para obsequiarla había invitado á Ciber, á Quin y á otros actores y críticos.

Nuestro amigo Sir Carlos Pomander había sido reo de dos faltas de ingenuidad: en primer lugar, había escrito á Margarita tres ó cuatro cartas, llenas de respetuosa admiración, y de ella había hablado á Wilson muy ligeramente; y en segundo lugar, había hecho un negocio de mala fe, consistente en haber sobornado á Pompeyo, el pequeño negro esclavo de la señorita de la Ó. Aunque cause horror el decirlo, Pompeyo no amaba á su dueña; la tenía el afecto que son

capaces de sentir los muchachos, pero, en general, un sentimiento de odio germinaba en el pecho del negrito.

No carecía, en parte, de excusa. Su joven ama estaba sujeta á la influencia de dos desagradables compañías: la tristeza y la melancolía; y un par de veces por semana tenía que llorar durante dos horas, después de lo cual, generalmente, se echaba á la calle y visitaba á algunos de sus pobres ó enfermos protegidos, regresando á casa alegre y sonriente.

Otras dos veces por semana se la podía ver sentada en un sillón, contraida hasta reducirse á la mitad de su tamaño, y mirando con horror al universo en general, y á todos sus conocidos en particular; y en estos momentos solía sacudir el polvo á Pompeyo.

En la cabeza de Pompeyo no cabía la idea de que debiera ser sacudido con tal frecuencia, ni de que esto causase á su ama cierto bien. Lo único que no se le ocultaba era que, dicha su ama, que hacía todo á la perfección, le sacudía con energía é inteligencia, sin emplear, si se quiere, más de diez segundos en la tarea, pero que tras tan breve período, Pompeyo salía desempolvado y pulido como una rosa.

El sagrado principio de la justicia era tan

firme en la señorita de la Ó. como en el resto de su sexo, es decir, no lo conocía ni por el forro. Cuando no se hallaba bajo la influencia del acceso, el maligno negrito era sagrado, y tan libre de todo freno, ni aun de amonestación, como el más consentido mono, ó perro faldero, lo cual hasta había dado motivo en más de una ocasión á la salida de la casa, de varios sirvientes del sexo femenino.

El negrito era alimentado como gallo de pelea, y vestido como un príncipe bárbaro; y una vez que estuvo enfermo, su propia ama lo atendió y cuidó, y hasta le lavó con la misma blanca mano con que le aplicaba el ominoso zurriago.

No hay que extrañar por lo tanto, que cuando un agente de Sir Carlos le ofreció unas cuantas monedas de plata, como premio de una ligera deslealtad, aquel pequeño mono de ébano rechinara los dientes, de placer, y se ofreciera gustosísimo á ser un espía en la casa de su ama.

El lector habrá comprendido que el buen Sir Carlos se hallaba tranquilamente en Londres desde algunas horas antes de la que anunció para su regreso.

## CAPÍTULO IV.

Don Trinidad Termópilas, el cancerbero del arte, que apareció al comienzo de esta historia, y de quien no hemos vuelto á saber desde entonces, corrió de Lambeth á *Covent Garden* al recibir la carta del señor Wilson, sin que su carrera le impidiese formar un completo castillo en el aire antes de llegar á la calle de Bow. La carta dejaba traslucir un llamamiento á su musa para la confección de una poesía amatoria.

Su mirada brillaba, cuando se presentó ante el portero de los palcos del teatro.

—¿El señor Wilson?—preguntó.

—Acaba de salir con un caballero en este momento.

—Le esperaré.

Ya sabemos que el señor Wilson había ido al salón de descanso de los actores, desde donde se dirigió á su casa por la puerta del escenario. Lo último en que pensó fué en Termópilas. El rico no piensa en los desencantos que pueda ocasio-

nar al pobre. El castillo formado por Termópilas se derribó, como tantos otros que le habían precedido. Cuando apagaron las luces, abandonó el teatro, dando un profundo suspiro.

—Si este caballero supiese cuántos hijos tengo, y cuán buena y sufrida es mi pobre esposa, con seguridad que no me hubiera escogido como blanco de sus burlas—se iba diciendo á sí mismo.

Una vez en la calle, se volvió, y miró al teatro.

—¡Ah!—prosiguió—¡si yo pudiera conquistarte! ¿Y por qué no? La historia nos enseña que nada hay inconquistable, á excepción de la perseverancia. Anibal conquistó los Alpes, y yo te conquistaré á tí — gritó con firmeza.—Esta visita no será perdida, después de todo, puesto que me da motivo para hacer un voto: penetraré en esa montaña de cal y canto, ó pereceré en la demanda.

Los improvisados pensamientos y acciones de Termópilas tenían casi siempre un sabor ridículamente sublime. Contemplando, con los brazos cruzados, aquella fortaleza de la Tragedia, el politécnico Termópilas organizaba el asalto. À la noche siguiente dió la primera embestida.

Cinco meses hacía que había enviado al empresario tres grandes tragedias. Conocía la aversión de esta clase de caballeros á leer el manus-

crito de obra alguna que no esté recomendada por persona influyente, aversión que ha sido llevada siempre casi hasta la superstición. En su consecuencia, formuló y llevó á cabo el plan siguiente:

Escribió al señor Rich (el empresario) una carta, en la que le decía que no se le ocultaba lo arduo de la tarea que semanalmente se ofrecía á todo empresario, y lo ímprobo de su trabajo si tuviera que leer todos los manuscritos que se le remitían, y cuánto más sencillo y natural, después de todo, era no leer ninguno. Teniendo esto en consideración había ideado el modo de que el señor Rich economizase su tiempo, sin que permanecieran desconocidos para él los tesoros dramáticos que Termópilas le ofrecía en sus obras. "El alma de toda obra dramática—continuaba—está en el plan y en la fábula. Un caballero de la experiencia de Vd. podrá descubrir, de un golpe, si dicho plan es de aquellos que han de cautivar al público."

Escribió á continuación el plan completo de las tres tragedias, ¡todo en verso! En cada pliego dejó dos márgenes: en uno, más estrecho, anotó, por páginas, los pasajes más brillantes; y en el otro, tan ancho como la columna del plan, hizo cuidadosos dibujos de los personajes en las

situaciones dramáticas más importantes, saliendo de sus bocas unas tiras de papel en que estaban escritas las palabras de fuego que brotaban de cada uno en aquellas erupciones del genio. Todo hacía referencia á los manuscritos.

"De este modo, señor—continuaba la carta—en un momento puede Vd. escamar todos mis pescados. Perdóneme Vd. la frase, con la que quiero significar que en unos cuantos minutos de su valiosa existencia, podrá Vd. espumar la crema y nata de mi ingenio."

Aquel respeto del autor por el tiempo del empresario, le condujo á más extensos y extraordinarios detalles.

"El almuerzo—decía—es una tranquila comida. Permítame Vd. que respetuosamente le sugiera la idea de que, colocando uno de mis planes sobre la mesa, sujeto, por ejemplo, con la azucarera (esto es otra mera sugestión) y la tragedia correspondiente al otro lado, podrá Vd. juzgar mi obra con prontitud, sin menoscabo de sus otras ocupaciones del día, y dominar una tragedia en dos periquetes, y perdóneme el chiste. De hoy en un mes, á las diez de la mañana—concluía con la mayor formalidad—esperaré, señor, su resolución."

Llevó él mismo la carta á su destino, para

ganar tiempo, y volvió triunfante á su casa. Con esto había olvidado, y casi perdonado al señor Wilson, reflexionando además que, después de todo, el drama era su especialidad y el trabajo más adecuado á su inspiración.

—Querida mía—dijo á su esposa, cuando regresó de llevar la carta—nos hallamos próximos á un gran triunfo. En un sólo día he abierto el camino por el cual mi histriónica grandeza ha de ser accesible. Juana, creo que he dado al fin en el clavo. Telémaco—añadió, dirigiéndose á uno de los muchachos—celebremos con una libación tan sonriente perspectiva. Corre á la cervecería, y trae seis centavos de cerveza.

El mes iba pasando, y, por triste que nos sea decirlo, aquella familia se iba viendo reducida á un estado de verdadera miseria. La salud de la señora Termópilas había decaído lastimosamente desde hacía algún tiempo, y aunque sus deberes en el pequeño teatro donde trabajaba, eran insignificantes é intermitentes, el empresario se vió obligado á despedirla, porque ni para eso podía contar con ella. En aquella casa faltaba hasta el alimento, é imperaban la debilidad y la languidez.

La fortuna era injusta. Termópilas era, si se quiere, un ganso, y carecía de genio para pintar,

escribir, ó representar; pero en eso no hacía más que parecerse á la mayor parte de los pintores, escritores y cómicos de su tiempo, y del nuestro. Otros muchos tontos ganaban dinero, y hasta fama, llamándose escritores. Pedantes declamadores se enriquecían haciendo ruido. Farsantes que pasaban por pintores, comían carnero, en vez de cardos silvestres, pintando monstruosidades. Y, sin embargo, á aquel hombre de las tres mediocridades le estaba prohibido ver hervir su olla.

Llegó el fin de aquel amargo y eterno mes, y los ojos de Termópilas brillaron llenos de esperanza. Se vistió su mejor traje, y mientras se ponía la corbata, hacía consideraciones morales á su familia, felicitando á todos por su comportamiento en la adversidad, y aconsejándoles que se abstuvieran de hacer extremosas demostraciones de júbilo á su regreso.

—Si hubiéramos carecido de fortaleza durante este tiempo—decía—no hubiéramos arribado al venturoso día en que ha de cambiar la condición de nuestra existencia.

—Termópilas, lleva el cuadro contigo—dijo su mujer, en un tono tranquilo y de desconfianza.

—¿Para qué diablos quieres que lleve el retrato de la señorita de la Ó.?

—No hay un centavo en la casa—le contestó su esposa, ruborizada.

Los ojos de Termópilas brillaron como los de una culebra de cascabel.

—¡La ocurrencia es peregrina!—dijo.—¿Estás loca, Juana? ¿Crees acertado ni juicioso, que en vísperas, ó mejor dicho, en la mañana de nuestra abundancia, empeñemos esta aun no acabada obra de arte? ¿Será posible que me aconsejes hoy semejante cosa? Antes me dejaré ahorcar que hacerlo, Juana!

—Termópilas—dijo ésta con más firmeza—el empresario puede hacerte sufrir un desengaño más, como tantos otros que hemos sufrido; lleva contigo el retrato. Te darán por él, cuando menos, un par de duros, que nos hacen mucha falta.

Termópilas era de aquellos hombres que ven todas las cosas de color de rosa, mientras que su mujer lo veía todo lóbrego y sombrío.

—Señora—dijo el poeta—por primera vez en nuestra larga carrera conyugal, las exigencias de Vd. se apartan de tal manera de la razón, que respetuosamente falto á la incondicional obediencia que hasta ahora ha constituido mi principal virtud. Repito que me dejaré ahorcar antes de hacer eso, señora!

—Mi querido Termópilas, hazlo por complacerme!

—Eso es otra cosa; si Vd. confiesa que está fuera de la razón . . .

—¡Oh, sí! hazlo sólo por complacerme.

—¡Basta!—dijo Termópilas, que era un alma de Dios.—Reconocido por tí que es una cosa fuera de razón, lo haré para darte gusto, Juana.

Envolvió el retrato en un pedazo de bayeta verde, se lo puso debajo del brazo, y salió triunfante de la casa. Á las diez y media en punto llegaba á *Covent Garden*, donde tenemos que dejarle por unos minutos.

## CAPÍTULO V.

Sir Carlos Pomander se vió obligado á permanecer fuera de Londres mucho más tiempo del que pensaba; pero fué recompensado con una pequeña aventura.

Cuando trotaba, á su regreso á la ciudad con dos criados y un mozo de postas, todos montados en caballos cuyos relevos habían sido mandados por delante, tropezó de manos á boca con un antidiluviano coche que se hallaba atascado en el camino. Mirando por una de las ventanillas, y creyendo encontrar en él alguna vieja de las que solían viajar de aquel modo, se encontró con que estaba ocupado por una joven de no común belleza. Aquello era otra cosa: Sir Carlos se apresuró á ofrecerle sus servicios.

La señora le dió las gracias, y siendo, al parecer, una inocente campesina, derramó dos lágrimas de sus preciosos ojos, y le manifestó cuán ansiosa estaba de llegar á Londres, y cuánto la mortificaba aquella dilación.

El buen Sir Carlos se sintió conmovido, y puso inmediatamente su caballo al galope á campotraviesa en dirección á una casa de campo que se divisaba no lejos de allí, volviendo al poco rato, acompañado de unos labriegos provistos de sogas. Éstos, ayudándose con los caballos de Sir Carlos, lograron en breve sacar el carruaje del atolladero.

La señora le repitió mil veces las gracias, con las mejillas encendidas y los ojos radiantes de alegría, con lo que nuestro caballero continuó su camino, hecho un héroe.

Muy pocas millas había andado desde que se separó de aquel lugar, cuando se quedó pensativo, y como disgustado de sí mismo. Llamó por último á uno de sus criados y le ordenó que volviese grupas, alcanzase al carruaje, y lo siguiese, alojándose en la misma posada en que aquél se detuviese, y no cesando hasta averiguar quién era aquella señora y á dónde iba á parar en Londres, sabido lo cual, debería correr inmediatamente á comunicarlo á su amo. Hecho esto, Sir Carlos recobró su buen humor, y siguió trotando, entrando en Londres aquella misma noche.

Una vez allí, se dedicó con el mayor empeño á averiguar el estado de los asuntos entre el señor Wilson y Margarita de la Ó., y á tratar de

separarlos, á todo trance. Durante su ausencia había escrito á aquella diferentes cartas, en las que por grados había ido subiendo la ternura y el afecto, llegando á tal altura el termómetro, aunque siempre en términos completamente caballerescos, que hubo ofrecimientos de una casa con todos sus accesorios, mil y quinientos duros de renta anual, su corazón, etc. Él sabía que las señoras del teatro tienen un oído para la lisonja, y un ojo para el negocio, que es lo que más importa.

El buen Sir Carlos consideraba seguro que, por más que ella coqueteara con Wilson y con otros, no renunciaría á una conveniencia como la que él le ofrecía. Sin embargo, á fuer de hombre entendido, resolvió ayudar al éxito, arrojando un poco de agua fría en el fuego.

Su plan, como todo lo que es verdaderamente científico, era sencillo.

—Empezaré por ponerla por los suelos ante él, y ridiculizarle á los ojos de ella—se decía el fiel amigo, y el rendido amante.

Dió comienzo á su tarea por Wilson, á quien encontró precisamente cuando aquél salía de su casa. Después de los cumplimientos de fórmula, se entabló entre ellos el siguiente diálogo:

—Supongo que no estará Vd. atrapado en las garras de la actriz?

—Vd. la juzga mal—contestó Wilson;—esa señorita no se parece á sus compañeras de profesión sino en el nombre.

—Vd. lo cree así, porque toma por naturalidad en ella lo que es puro artificio; porque no puede Vd. verla á través de la máscara con que cubre su rostro; y no ve Vd., bajo aquella apariencia de ángel, una mujer peligrosa, de quien se debe huir. En todo Londres es bien conocida —continuó Sir Carlos.—Una excelente actriz en las tablas y fuera de ellas, y algo pudiera yo decir á Vd. para que lo agregara á la lista de sus encantos. Pídale una relación de los predecesores de Vd.

Wilson se sintió visiblemente mortificado, y apresuró el paso, como si quisiera verse libre de aquella mosca impertinente, diciendo por último:

—He hablado acerca de ella con Quin, y éste, á quien no anima motivo alguno de predisposición en su contra, rinde el más cumplido homenaje á su carácter.

—El homenaje lo rinde Vd., dejándose engañar por lo que él le dice—replicó Sir Carlos, añadiendo, con tono solemne,—Vd. verá lo que hace; pero vea si puede explicarme en qué consiste que la mayor parte de los hombres de inteligencia aman á alguna actriz, una vez en su vida,

y ninguno que tenga verdadero sentido lo hace dos veces.

Á este último golpe sobre los anteriores, el semblante de Wilson se contrajo con una expresión de verdadera pena.

—Perdóneme Vd.—dijo de repente,—deseo estar solo.

Maquiavelo hizo una reverencia, y en vez de darse por ofendido, añadió, con un tono lleno de sentimiento:

—Estoy mortificando á Vd., ¿verdad? Medite, sin embargo, con calma, sobre lo que le he dicho, y al fin hallará que mi consejo es el de un buen amigo.

Se despidió y se encaminó al teatro, mientras Wilson marchó, ó más bien corrió en dirección opuesta. Parecía que realmente necesitaba verse solo.

Cuando volvió la esquina, se detuvo, y su hermosa fisonomía revelaba ansiedad, tristeza, miedo y amargura, todo á la vez.

¿Qué significaba aquello? No era posible que Sir Carlos sólo, produjese semejante tormenta, sin ayuda de alguna otra causa.

Indudablemente, *algo se ocultaba en aquel hombre.*

## CAPÍTULO VI.

Maquiavelo entró en el salón de descanso del teatro, con intención de esperar allí á Margarita de la Ó. y llevar á cabo la segunda parte de su plan.

Sabía que las imaginaciones débiles no pueden soportar el ridículo, y de esta arma pensaba valerse, antes de pasar á tratar de su amor con la seriedad que el asunto requería. Era hombre de talento, y maestro en el arte de expresarse, y si hasta entonces había permanecido en silencio, era porque le convenía más escuchar que hablar. Sabía aparecer insinuante, sensible, ó satírico, á su voluntad.

Sentado en un sofá en el salón de descanso, en una mano tenía una caja de rapé guarnecida de brillantes, en la otra un pañuelo ricamente bordado, y á su lado un magnífico bastón con puño de oro. En toda su persona se revelaba cierto aire de triunfo. No se comprendía, en verdad, que pudiese ser derrotado fácilmente

aquel hombre, que era alto, corpulento, hermoso, lleno de ingenio, frío, magestuoso y valiente, y en quien se hallaban reunidas las ventajosas cualidades de una dura cabeza, fuerte estómago, y ningún corazón.

Este original personaje es el que, como hemos dicho, se hallaba sentado en el sofá, esperando á Margarita de la Ó., cual otro Júpiter Olímpico en espera de Juno. De pronto, la serenidad de aquella impenetrable fisonomía sufrió un choque, y sus ojos se dilataron; metió su pañuelo en un bolsillo, la caja de rapé en otro, y olvidando su bastón, corrió hacia la puerta, como poseido de terror. Amor, intriga, diplomacia, todo había desaparecido de su mente, á la aproximación de la más grande calamidad que puede amenazar á un ser humano.

Don Trinidad Termópilas se había presentado en la puerta, y él le reconoció.

Era el caso que, en su afán de verlo todo, Pomander había entrado un día en el teatro Goodman, donde un poeta raído se le acercó y le hizo escuchar siete páginas de unas poesías, seguidas de un discurso que casi volvió loco á Sir Carlos.

Reconoció al momento á aquel poeta de sus pecados, y esta fué la causa de su terror. Al salir del salón se encontraron en la puerta.

—¡Ah!, señor Termópilas—dijo el fugitivo —tengo el mayor gusto en saludar á Vd. . .—y desapareció entre los bastidores.

—¡Qué caballero tan atento!—pensó Termópilas.

Éste iba seguido por un muchacho, sirviente de la escena, á quien iba diciendo que, á pesar de sus numerosas ocupaciones, estaba resuelto á esperar al señor Rich, todo el día si fuere preciso, antes de irse sin una contestación á tres importantes proposiciones que le había hecho, y en las que el público y las artes estaban profundamente interesados.

—¿Cómo se llama Vd.?—le preguntó el muchacho.

—El señor Termópilas.

—¿Termópilas? Algo hay para Vd. en la portería—y desapareció en su busca.

—Ya sabía yo que serían aceptadas—se dijo con una sonrisa de satisfacción.—Maestro en tres artes, cada una de las cuales es bastante para poner gordo á un hombre, ¿cómo era posible que yo me muriese de hambre?

Disfrutó, por unos momentos, de su vanidad satisfecha, y luego dió cabida en su pecho á otros sentimientos más generosos.

—¡Qué alegría no va á haber hoy en Lam-

beth! ¿Y cuando las tragedias sean representadas, y empiece yo á recibir el fruto de mi trabajo? Por supuesto que las decoraciones las pintaré yo mismo; y el héroe de cada una de aquellas obras, claro es que nadie podrá personificarlo sino yo (esto era la verdad). Todo esto representa un trabajo inmenso, pero no importa, puesto que me lo haré pagar bien, y con separación por cada uno de los diversos ramos.

Á esta altura llegaba precisamente, cuando apareció de nuevo el muchacho, con un rollo en la mano, dirigido al señor don Trinidad Termópilas.

—¿Qué es esto?—exclamó.—¡Ah!; ya comprendo. Son las tragedias, en las que deseará que haga alguna pequeña alteración. ¡Estos empresarios son siempre los mismos!

Desde luego acordó no oponerse á hacer todas aquellas alteraciones que él considerase juiciosas, añadiendo:

—Los empresarios son hombres prácticos, y nosotros los poetas, en el fuego de la composición, solemos algunas veces decir más de lo necesario, y venir á resultar un poco pesados.

Abrió el paquete, y buscó la carta del señor Rich, pero no la vió. Sacudió los manuscritos, por si se hallaba entre las hojas, pero no había

tal cosa. Los volvió á sacudir con la vehemencia con que un perro sacude un conejo; ¡nada!

Las tragedias eran devueltas, sin una palabra de acompañamiento. Le costó un rato hacerse cargo de la magnitud del golpe, pero al fin no pudo menos de venir á comprender que el empresario del Teatro Real, rehusaba aceptar las tragedias del señor Termópilas, ni aun para su examen.

Por un momento sintió que su cabeza se desvanecía, y una cosa, mezcla de suspiro y de grito, se escapó de su pecho, cayendo desplomado sobre el banco que corría alrededor de las paredes del salón. Sus pobres tragedias cayeron desparramadas por el suelo, y él apoyó la frente sobre sus manos que descansaban en el retrato de Margarita de la Ó. Su angustia era tan grande que casi lo ahogaba. Se recobró al cabo de un rato, y mirando con amargura al cuadro, exclamó:

—¡Ay, Juana!; ¡tú conoces este pícaro mundo mejor que yo!

Colocó dulcemente sobre el asiento aquel retrato que en breve había de ser convertido en pan, y procedió á recoger sus desparramadas tragedias. ¡Á qué humillaciones no conduce á veces el cultivo de las letras! Más de una lágrima fué á mezclarse con el polvo del suelo en

aquella dolorosa operación. ¡Pobre Termópilas!

Un constructor de castillos en el aire, con su trabajo derribado de una manera tan ruda; y un artista tan brutalmente tratado, y hasta humillado, por un zoquete mucho mayor que él!

Desfallecido, enfermo y tétrico, se sentó por un momento, mientras hallaba fuerzas para regresar á su casa, y destruir todas las esperanzas que había hecho concebir.

En aquella posición se hallaba, cuando el destino hizo que entrase en el salón, como para insultar su tristeza, una criatura que parecía la diosa de la alegría, ajena, al parecer, á todo cuidado é inquietud. Entró de una manera desenvuelta y libre, porque venía ensayando un papel de hombre, que recitaba con fuego y brío, aunque sin exageraciones.

—¡Perdone Vd. . . , señor!—dijo levantando la vista del libro, y dirigiéndola á Termópilas, con quien había tropezado.

—No hay de qué, señora—contestó aquél, con tristeza, y de la manera más cortés. Dichoso el oyente, y mucho más el autor, de versos dichos de esa manera.

—¡Ah!—replicó ella—si los autores pudieran comprender lo que hacemos por ellos algunas

veces! ¿Es Vd. autor?—añadió, con coquetería.

—Hasta cierto punto, señora. Ahí tengo tres tragedias, que si pudiera someter á un juicio como el de Vd. . . .

Apoyó su mano sobre ellas, lo que produjo en la señorita de la Ó. (pues ya habrá comprendido el lector que no era otra la interlocutora) el mismo efecto que cuando un perro ve á un extraño agacharse para coger una piedra.

Miró de reojo á las tragedias y retrocedió dos pasos, exclamando con viveza:

—Yo no soy juez competente para eso.

Termópilas sintió deseos de matarla. Ella, como la generalidad, aborrecía la lectura de manuscritos; y, sin embargo, ¡cuántas obras insignificantes, que han sido manuscritas el día anterior, son leídas con el mayor interés! ¡Imbéciles!

—Menos competente es el empresario de este teatro—replicó con amargura el ultrajado poeta.

—¿Las ha aceptado?

—No, señora; las ha tenido en su poder seis meses, al cabo de los cuales me las devuelve sin decirme una palabra.

El labio de Termópilas temblaba.

—Paciencia, señor mío—fué la alegre res-

puesta;—los autores trágicos deben poseerla en alto grado, puesto que enseñan á su auditorio á tenerla. Los empresarios son como los monarcas de Oriente, inaccesibles para todo el mundo, menos para sus esclavas y sus sultanas. Vd. no sabe que yo tuve que intentar quince veces ver al señor Rich, antes de conseguirlo.

—¿Vd., señora? ¡Imposible!

—Nada más cierto. Fué hace algunos años, y ha pagado ya muchos cientos de pesos por cada una de aquellas visitas. Ya Vd. ve que, ateniéndose á esa proporción, tiene Vd. que escribir quince tragedias si quiere que sea leída una sóla; y cuando la haya leído, y favorezca á Vd. con su juicio acerca de ella, se encontrará Vd. como antes.

Este lenguaje de la alegre Margarita aumentaba la tristeza de Termópilas. ¡Pensar que una sola palabra de aquella boca sería suficiente para que sus obras fueran leídas, y pensar que no se atrevía á pedirla! ¡Ella era una estrella y él no era nadie!

Cargó otra vez con el retrato y las tragedias, y se dispuso á retirarse.

La actriz se fijó un momento en aquella cara, que creía haber visto antes.

—Yo creo que nos hemos visto en alguna

parte antes de ahora, señor mío—le dijo.—Me parece que sé quién es Vd. Su fisonomía es la de una persona que me ha hecho algún bien, lo cual yo nunca olvido.

—¡Yo, señora!—exclamó Termópilas, retrocediendo un paso.

—Con seguridad—añadió ella.—Vd. es el señor Termópilas;—y con su innata vivacidad le tomó ambas manos, y se las sacudió violentamente.

Él correspondió con efusión, aunque con timidez, dejando caer las tragedias, y permaneciendo con la boca abierta, y brillándole los ojos.

—Señor Termópilas—continuó Margarita—¿no recuerda Vd. á la muchacha naranjera irlandesa, á quien solía Vd. dar alguna que otra moneda de diez centavos en el teatro Goodman, acariciando su cabeza y dándole buenos consejos, como una buena alma que Vd. era?

—Señora—dijo Termópilas, reponiéndose un poco—por extraño que parezca, recuerdo á aquella joven, que era encantadora. Quiera el cielo que no le haya sucedido nada malo, pues creo que era digna de mejor suerte. Recuerdo que hablaba con mucha gracia el dialecto irlandés.

Margarita le dijo algunas palabras en aquel dialecto, y Termópilas abrió de nuevo la boca, exclamando:

—¡Será posible!

—Sí, señor—replicó ella; y añadió para no dejarle lugar á duda, en el tono en que había acostumbrado pregonar:

—¡Buenas naranjas!

—¿Será posible que haya acariciado yo esa cabeza de reina?

—La misma que Vd. ve—replicó Margarita, contoneándose.—Ahora bien; Vd. está viendo, señor Termópilas, cuánto han variado las circunstancias para la pobre naranjera; dígame por su parte, cómo ha tratado á Vd. la suerte.

Termópilas, en vez de llorarle sus cuitas, como hubiera hecho un espíritu menos elevado, resolvió poner la mejor cara posible ante aquella encantadora criatura.

—La Providencia, señora,—contestó con aire tranquilo,—me ha favorecido con una excelente esposa y cuatro hijos. Mi esposa era la señorita Chaterón, antes de casarse conmigo. ¿La recuerda Vd.?

—Perfectamente. ¿Y dónde trabaja ahora?

—En ninguna parte. El delicado estado de su salud no le permite trabajar.

—Recuerdo que era Vd. pintor escenógrafo. ¿Pinta Vd. todavía?

—Con la pluma, señora; pero no con la brocha.

Margarita le preguntó si sus obras habían alcanzado buen éxito.

—Excelente . . . en el armario; en cuanto al escenario, está por ver!—contestó sonriendo.

Margarita se sonrió también.

—En una palabra, señora—dijo Termópilas—habiendo sido favorecido por el cielo con buena salud, más gusto que otros muchos para las artes, y un espíritu levantado, haría mal en quejarme; particularmente hoy—añadió con galantería—que puedo considerarme feliz, toda vez que la señorita de la Ó. se ha dignado recordarme, y hasta llamarme su amigo.

Margarita, cuyo corazón era todo bondad, sacó su libro de memorias, y escribió en él lo siguiente:

"Termópilas, sin decoraciones que pintar; esposa, sin contrata; cuatro hijos, sostenidos con el producto de la pluma . . ., ó sea, muriéndose de hambre. Urgente."

Cerró el librito, se sonrió y dijo:

—Desearía que esas obras de Vd. fuesen comedias en vez de tragedias, pues cortándolas por

la mitad, y entresacando los pasajes más delicados, las podría yo representar, y entonces vería Vd. cómo se abrían de par en par las puertas del teatro para el autor.

—¡Cielos! — exclamó Termópilas, fascinado por aquel cuadro, me voy á casa, á escribir una comedia en dos horas.

—No—dijo ella—es mejor que me deje Vd. las tragedias.

—¡Señora!, ¿va Vd. á leerlas?

—Haré que el buen Rich las lea.

—¡Pero si las ha rechazado!

—Ese ha sido el primer paso; la lectura viene después. ¿Qué trae Vd. envuelto en esa bayeta verde?

—¿En ésta?

—Sí, en esa.

—¡Oh, señora! ¡Nada! Es un ensayo atrevido, hecho de memoria. Ví á Vd. una vez representar á Silvia, y quedé tan encantado, que volví todas las noches, llevándome á casa su fisonomía (perdone Vd. mi presunción) haciendo este débil bosquejo, que enseño á Vd. con desconfianza—dijo separando la bayeta.

Margarita se puso colorada; estaba, indudablemente, favorecida.

—Voy á dar á Vd. un consejo, señor Termó-

pilas; hará Vd. mejor negocio pintando cabezas como ésta, que escribiendo tragedias como esas otras. Halague Vd. la vanidad de los demás, en sus trabajos, y no la suya propia: ese es el arte del arte; y ahora, deme Vd. su dirección.

—Señora, en la portada de todas mis obras y al pie de cada página de las que contienen un pasaje brillante, he tenido el cuidado de estampar la dirección de Trinidad Termópilas, pintor, actor, autor dramático, y humilde servidor de la señorita de la Ó. Dios bendiga á Vd., señorita —y salió de la estancia.

Margarita le siguió con la vista con interés, y quedándose por unos momentos pensativa, volvió luego al estudio de su papel, cuando, al poco rato, Sir Carlos Pomander se presentó en el salón.

—¡Ah! ¿Está aquí la señorita de la Ó.?—dijo al entrar.

—¡Sir Carlos Pomander!—exclamó la actriz.

—Precisamente acabo de separarme de uno de los admiradores de Vd.

—Yo quisiera poder separarme de todos ellos —fué la respuesta.

—Un pastoril mancebo, que parece intenta ganar el corazón de la señorita de la Ó. por medio de un amor campestre.

—Poético y romántico viene hoy Sir Carlos.

El diplomático se rió, y la actriz también, prosiguiendo:

—Cuénteme Vd. todo lo que le ha dicho, palabra por palabra.

—Sólo servirá para hacer á Vd. reir.

—¿Y por qué no ha de reir alguna vez la que tantas veces hace reir á los demás?

—Es muy justo que Vd. participe de la alegría general. Imagínese pues, á un alma romántica que adora á Vd. por lo que él llama *su simplicidad.*

—¿Por mi simplicidad? ¿Tan simple soy?

—No, ciertamente—contestó Sir Carlos.—Dice que Vd. está fuera de su lugar en el teatro, y pretende arrebatarnos esa estrella de su firmamento, y colocarla en una cabaña.

—Yo no soy una estrella—replicó la señorita de la Ó.,—soy simplemente un meteoro. ¿Y qué pretende que haga yo sin los aplausos de mi querido público?

—Contentarse con las caricias de un solo hombre.

—¡Vamos, está loco! ¿Y qué más dice? No se detenga Vd. para inventar, pues lo conoceré, y no logrará Vd. más que perjudicar á ese hombre.

—¿De veras?—dijo él sonriendo con orgullo.

—Pues bien, quiere ser su amigo, mejor que su amante, y evitar que los demás la celebren, en vez de contribuir á aumentar su gloria.

—Y si ese hombre es amigo de Vd, ¿por qué no le dice Vd. cuál es mi verdadero carácter, é influye para que se vaya solo al campo?

Pronunció estas palabras con rapidez y con apariencia de seriedad. El diplomático no comprendió la ironía.

—Lo he hecho, señora; pero él no hace caso alguno de mí, del sentido común, ni del mundo entero, por lo que creo que solo hay un camino para verse libre de él y de sus impertinencias.

—¡Ah! eso sería magnífico; dígame Vd. cuál es el camino.

—Tendré el honor, señora, de poner mis proposiciones á los pies de Vd.

—Muy bien, Sir Carlos. En cuanto á su última carta, apenas he tenido tiempo sino para leerla muy por encima; pero podemos examinarla juntos.

La sacó de su bolsillo, con una maravillosa apariencia de interés, y el buen diplomático cayó en la trampa, y en la ridícula posición á que ella le condujo. Sus cabezas estaban unidas sobre la carta.

—" Un coche, una casa de campo, dinero para

mis caprichos . . . "; y yo que estoy tan cansada ya de coches, casas y caprichos! Pero aquí veo otra cosa: ¿qué es lo que Vd. me ofrece en esta esquinita?

Sir Carlos examinó despacio el lugar que ella le indicaba, y dijo que aquello era "su corazón."

—¡Ah, ya!; me parece bien. Guárdese Vd. su carta, Sir Carlos.

Se la alargó con una reverencia, y continuó el estudio de su comedia.

—¿No me honra Vd. con una contestación, señora?

—Ya la tiene Vd.—replicó ella.

—No lo entiendo—dijo él secamente.

—Yo no puedo proporcionará Vd. respuestas y entendederas al mismo tiempo. Adivínela Vd. si no puede entenderla.

Pomander se recobró un poco, sonrió con cierta insolencia, y dijo:

—¿Realmente me desdeña Vd., Margarita?

—Pero, alma cándida—contestó aquella—¿á qué viene esa sorpresa? ¿Conoce Vd. tan poco el teatro y el mundo, que ignora que yo desdeño ofertas como esas todas las semanas?

—Lo sé—fué la fría respuesta de Sir Carlos.

Ella prosiguió:

—Recibo tantas, que ya hasta he empezado á olvidar que son insultos.

Estas palabras hicieron á Sir Carlos quitar el botón á su florete.

—¡Insultos, señora! son los únicos cumplidos que Vd. ha dejado en nuestro poder para ofrecérselos.

La otra quitó también su botón.

—¿De veras?—gritó, con fingida sorpresa.—¡Ah! ya entiendo. Ser la querida de Vd. podría ser una desgracia pasajera; pero ser su esposa sería una deshonra eterna. Y ahora, señor mío, ya que ha hecho Vd. tan bien su papel, y descubierto todo el cuerpo (el diplomático creyó ver un rayo de luz) haga Vd. algo para recobrar su reputación de hombre de mundo. Existe un caballero por quien Vd. me ha interesado con su poco chistosa sátira; tenga la bondad de decirle que estoy aquí, con no mejor compañía que la del poeta.

Sir Carlos apretó los dientes.

—Acepto tan delicada comisión—dijo—para que vea Vd. lo fácil que es al hombre de mundo arrojar lo que el rústico está tan ansioso de recoger.

—Está muy bien—dijo la actriz, con una provocativa apariencia de buen humor;—Vd. tiene

lengua de mujer, ya que carezca de su ingenio; ¡pero, santo varón!—añadió con más calor—acuérdese de que tiene algo que hacer, de más importancia que cuanto pueda decir.

—Acepto la cortés despedida, señora,—dijo Pomander, no ya apretando, sino rechinando los dientes;—haré que vayan á buscar á su zagal—y se inclinó, con una profunda reverencia.

—Gracias por el doble favor, mi buen Sir Carlos—contestó ella, inclinándose también hasta el suelo.

—¡Estoy vengada!—pensó Margarita, con una pequeña sonrisa, cuando le vió desaparecer.

—¡Me vengaré!—iba jurando Pomander, lleno de ira.

## CAPÍTULO VII.

Compárese un día de Noviembre con uno de Mayo. Nada hay menos parecido que una mujer en compañía del hombre que le sea indiferente ó antipático, y esa misma mujer al lado del preferido de su corazón.

Á la vista de Wilson, que entró al poco rato en el salón, toda la frialdad y mal humor de Margarita, dió paso á la más suave complacencia. Su voz, dura y cortante en el anterior *asalto de armas*, se convirtió en la melodía más tierna que pueda imaginarse.

Wilson y Margarita se amaban. Él se esforzaba por agradarle en todo, y ella procuraba hacer lo mismo. El lector conoce el ingenio, la viveza y la gracia de aquella mujer; pero no es capaz de concebir el modo divino que tenía de hacer el amor. Es posible trazar en el papel algunas de sus palabras, pero, ¿cómo el tono celestial, ya tranquilo y convincente, ya suave y melancólico, ya penetrante de ternura, ya in-

flamado con la ardiente elocuencia de la pasión?

Le dijo aquel día, que ella era capaz de leer en su cara, y que había leído que por algunos días anteriores había estado sujeto á una influencia que era adversa á ella. Le rogó que, por su propio bien, desconfiase de los amigos falsos, y la juzgase con su propio corazón, sus ojos y su buen juicio.

Él le prometió hacerlo así, añadiendo:

—Yo confío en tí, á despecho de todo; porque tu cara es el espejo de tu alma, llena de sinceridad y candor. Yo sólo te conozco.

Ella le pidió que se fijase en la cobardía de los hombres, y dijese si no había hecho bien en guardar intactos los tesoros de su corazón para el hombre honrado "que será mi amigo"—decía —"al mismo tiempo que mi amante."

—¡Ah!; ¡esa es mi ambición! — contestó Wilson.

—Nosotras las actrices hacemos bueno el antiguo proverbio "muchos amantes y pocos amigos," cuando lo que más necesitamos son amigos. ¿Lo serás tú mío?

—Mientras viva, lo seré—contestó él.

Se arrojó á sus pies, y le dijo que se consideraba indigno de ella, que era un ángel; pero que

procuraría hacerse digno, y, agitado y tembloroso, añadió:

—Quiero ser franco y leal contigo. ¿No me aborrecerás si te hago una confesión?

—¡Al contrario, te querré más!

—Pues entonces debo decirte . . .

—¡Oh!; ¡no me digas que has amado nunca á otra; no podría soportarlo!—gritó aquella incomprensible mujer.

El débil Wilson se contuvo.

—Á ninguna he amado como á tí—dijo.

—Déjame oir eso solamente. Estoy celosa, hasta de tu pasado. Dime que no has amado á otra, aunque no sea verdad. ¡Mi dulce amor, mi Ernesto! ¿lograré que me ames siempre con el corazón, con el cerebro, con el alma, y con la vida?

Al pronunciar estas palabras, su alma enamorada se reflejaba en sus ojos, y Wilson no veía nada más que á ella, ni pensaba más que en hacer la felicidad de aquella mujer que tan feliz lo hacía á él.

Esta tierna escena fué interrumpida por la presencia de un sirviente del teatro, con una carta del empresario para la señorita de la Ó., haciéndole saber que no habría ensayo aquel día. Esto la dejaba en libertad, y dijo á Wilson que

necesitaba separarse de él por algunas horas. Tratando estaba Wilson de persuadirla de que no lo hiciese, cuando Pomander entró en el salón.

Margarita no parecía de ningún modo dispuesta á dejarse persuadir. Se excusó con pretesto de una urgente ocupación, y salió apresuradamente.

Wilson pareció un poco descorazonado con aquella huida.

Sir Carlos, que había vuelto para saber si, como se figuraba, ella había contado todo á Wilson, y que en aquel momento no hubiera visto con disgusto que el amante de la señorita de la Ó. le llamase á ajustar cuentas, viendo que aquella nada había dicho·que pudiera ser objeto de un lance, y no considerando necesario pregonar su propia derrota, volvió á sus antiguas trincheras, y acordó no perder de vista á los amantes, y tomar cumplida venganza.

Con una sonrisa incisiva, dijo á su amigo:

—Mi querido señor, nadie puede vanagloriarse de monopolizar á la señorita de la Ó., que tiene otros á quienes administrar justicia, además de Vd.

Wilson se volvió rápidamente, y mirándole á la cara con altanería, le dijo:

—Sir Pomander, la insistente malignidad con

que Vd. persigue á esa señorita, es indigna de un caballero, y ofensiva á mí, que la amo. Cese desde ahora toda relación entre nosotros, ó sea sagrada esa persona para la envenenada lengua de Vd.

Sir Carlos se inclinó con ceremonia, y por toda contestación dijo que la culpa era sólo suya, por conceder una protección tan poco apreciada.

Los dos amigos se hallaban á punto de separarse para siempre, cuando entró en el salón, corriendo, y casi sin aliento, nada menos que el traidor Pompeyo, y acercándose á Sir Carlos le dijo:

—Mi amo Pomandé: ella en coche, va casas de Hércules. Estoy de prisa, mi amo—y desapareció por donde había entrado.

Salió á la calle, y tomando una traviesa, alcanzó el carruaje de Margarita, que iba despacio, y se encaramó en el asiento de atrás.

—Esa es una casa sospechosa—dijo Sir Carlos para sí, pero de modo que pudiera oirlo Wilson. Después, hablando como de cosa corriente, le explicó que los edificios de Hércules estaban ocupados por unas tiendas elegantes, con entradas por dos calles; que las señoras dejaban sus carruajes en la calle principal aguardando horas enteras, mientras se suponía que ellas estaban en

las tiendas. Añadió que, precisamente aquella misma mañana, había llegado á sus oídos que la intimidad entre la señorita de la Ó., y el coronel Matamoros, aunque rota al parecer, por razones de conveniencia, continuaba clandestinamente; y que, sin duda alguna, el asunto que la había alejado de ellos era una cita con el coronel.

Wilson se puso lívido.

—¡No! Ni sospecho de ella, ni la ofenderé vigilándola—gritó.

—Pues yo sí—dijo Pomander.

—¿Vd.? ¿Y con qué derecho?

—Con el derecho de la curiosidad. De ese modo sabré si Vd. tiene razón, y todo el mundo está engañado con respecto á esa mujer.

Salió corriendo, pero, á pesar de su velocidad, cuando llegó á la calle, tenía pegado á su lado al celoso amante. Al llegar á la primera esquina tomaron un coche, y dando Sir Carlos dos duros al cochero, le ordenó que por el camino más corto, y á toda carrera, se dirigiese al barrio Lambeth. Al cabo de un buen rato de marcha, Pomander, que siempre iba mirando al frente, vió otro coche, en cuyo asiento de atrás iba un lacayo negro, con librea galoneada de oro, y que no era otro que Pompeyo. El coche paró, y el lacayo corrió á abrir la portezuela. Pomander

hizo volver á su cochero en dirección á Londres. Por la pequeña ventana circular, de la parte posterior del carruaje, Wilson vió una señora, que seguida á alguna distancia por un lacayo, se dirigía á los edificios de Hércules; y para mayor desgracia, la vió que miraba con intranquilidad á su alrededor, y que por último se deslizó por una puerta inmediata á una de las tiendas. No podía caberle duda respecto á quién era aquella mujer.

—Antes de pasar adelante en este asunto—dijo Sir Carlos á Wilson, después de haber ordenado al cochero que parase—tiene Vd. que prometerme ser razonable y no cometer ninguna tontería. Aborrezco los absurdos, y creo que esta pequeña hipócrita no es merecedora de que haya espadas de por medio.

—No me someto á ningún precepto—dijo Wilson, pálido como la cera.

—Vd. me debe un beneficio—replicó Pomander, cortesmente—y yo, más sereno que Vd. en esta ocasión, tengo derecho á alguna influencia sobre Vd.

—Perdóneme Vd.—dijo el pobre Wilson;—yo no sé lo que hago, ni lo que digo. ¡Pensar que la que yo creía un ángel, pueda ser un monstruo, capaz de semejante villanía . . !—No pudo decir más.

Se dirigieron á la tienda.

—No, por aquí no: la otra calle es la que debemos reconocer, y si no la vemos allí, entraremos en la tienda, y descubriremos la intriga de esta señorita.

Wilson se apoyó pesadamente en el brazo de su verdugo.

En la calle inmediata no vieron nada. En la tienda . . . ni trazas de Margarita. Volvieron á la calle principal y la recorrieron en todas direcciones. Más de media hora trascurrió, y no sabían ya qué partido tomar, cuando de pronto oyeron los sonidos de un violín en el piso tercero de una de las casas. Pomander no dió importancia á aquello, pero á Wilson se le encendió el rostro.

Esto hizo á Sir Carlos fijarse.

—¡Calle!—exclamó. ¿No es un aire irlandés el que están tocando?

Wilson dió un gemido, y dijo, cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Es su canción favorita!

—¡Ah!—dijo Pomander—sígame Vd.

Snbieron las escaleras, yendo delante Sir Carlos. Al llegar al piso tercero se detuvieron, y oyeron que dentro de la habitación cantaban y bailaban como en una orgía irlandesa. La mú-

sica cesó al cabo de un rato, y Pomander dijo, apoyando una mano en el hombro de Wilson:

—Prepárese Vd. para todo lo que pueda ver. Esta mujer es hija de un albañil irlandés, y, "lo que se hereda no se hurta." Probablemente la encontrará Vd. sentada en las rodillas de algún robusto mozo, cuyas espaldas serán mucho más fuertes que las de Vd.; Vd. es el hombre de la cabeza de esa mujer, y él es el del corazón. Esto sería monstruoso, si no fuese tan común; increible, si no lo estuviésemos viendo todos los días; pero ese pobre diablo, á quien probablemente ella engañará lo mismo que á Vd., no debe ser sacrificado á la injusta cólera de Vd. Él es tan superior á ella, como Vd. lo es á él.

—Ofrezco no cometer violencia alguna—dijo Wilson.—Todavía creo que es inocente.

Pomander se sonrió, y dijo que creía lo mismo.

—Y si no lo fuere—añadió Wilson—culpándome á mí más que á ella, saldré esta misma noche para Villarreal, y no la volveré á ver jamás.

—Perfectamente—dijo Sir Carlos.—¿Está Vd. listo?

—Sí, señor.

—Pues sígame Vd.

Levantando el picaporte sin hacer ruido, abrió la puerta con prontitud, y penetró en el cuarto.

Wilson miró por encima de su hombro. Margarita estaba allí!

Por primera vez en su vida, esta precabida y astuta mujer había sido cogida por sorpresa. Lanzó un pequeño grito, y se puso encendida como una amapola. Pero Sir Carlos sorprendió á algún otro de los presentes, más aún que á la misma Margarita de la Ó.

Adivine el lector á quién fué, mientras pasamos al capítulo siguiente.

## CAPÍTULO VIII.

Trinidad Termópilas, con agua en los ojos, pero fuego en el corazón, voló en dirección de su casa. Una vez allí, anticipó á todos su resolución de no contestar á pregunta alguna que le hiciesen, y que solamente en los intervalos de un trabajo que iba á emprender, el cual iba á sacar á la familia de todos sus apuros y desdichas, iría desenvolviendo gradualmente una historia que rayaba en lo inverosímil.

Tomó varios pliegos de papel, desenterró unos cuantos apuntes dramáticos, y una lista de *personajes*, preparada años hacía, y se lanzó en las profuncidades de la comedia. De acuerdo con su promesa, según iba escribiendo, fué contando lo que nuestros lectores saben, respecto á hallarse bajo la tutela y protección de la señorita de la Ó., que iba á labrar su fortuna, y á implantar la alegría y el bienestar en el corazón de toda aquella familia.

La señora Termópilas le interrumpió, diciendo:

—Veo, Trinidad, que has vuelto á traer el retrato á casa.

—Por supuesto que sí. Ella va á concederme una entrevista para terminarlo.

—¿Qué día, y á qué hora?—preguntó la señora Termópilas, como con desconfianza.

—No me lo dijo—contestó él, procurando evitar las miradas de su esposa.

—Lo creo. Yo hubiera preferido que hubieses traído los dos duros.

—¡Esposa!, no ahuyentes mi inspiración con tus reconvenciones, y procura que esos muchachos no hagan ruido.

—¡Niños!, dejad á vuestro padre trabajar. Parece, Trinidad, que la comedia te causa más desazones que la tragedia.

—Sí, esposa; lo triste armoniza más con mi carácter; pero déjame, porque acaba de acudir á mi mente un pensamiento luminoso.

Termópilas continuó escribiendo, y leyendo de cuando en cuando en alta voz lo que escribía.

—¡Ay!—dijo, interrumpiendo su trabajo, y suspirando;—si mi amiga la señorita de la Ó. se decidiese á echar á un lado esas estúpidas comedias, y á representar mis tragedias, pronto en

esta casa no se verían más que caras sonrientes y placenteras.

—Tengamos paciencia, Trinidad, y roguemos al cielo que mire con misericordia á nosotros y á nuestros hijos.

Termópilas elevó los ojos, con una maligna espresión en su fisonomía.

—Parece que olvidas—dijo con sorna—que esta calle es muy estrecha, y las casas de enfrente muy altas.

—¡Trinidad!

—¿Cómo quieres que el cielo pueda ver los sufrimientos de esta pobre familia en este humilde rincón?—añadió con fiereza.

—¡Trinidad!—dijo la mujer, con mezcla de miedo y tristeza, pintada en su rostro. ¿Qué palabras son esas?

Termópilas se levantó, y arrojó al suelo la pluma.

—¿Somos nosotros una gente honrada, sí ó no?

—No—contestó la buena mujer, sin titubear.

—¡Niños!—añadió, temerosa de que las palabras de su esposo dañaran á aquellas tiernas almas—el cielo es siempre justo!

—Así lo creo yo también—dijo Termópilas un poco acobardado.—Todo el mundo dice lo mismo, y yo lo creo; pero no lo veo. Necesito

verlo, y no lo veo—añadió, alterado otra vez.—¿Han ofendido al cielo mis hijos? y, sin embargo, se están muriendo de hambre, y acabarán de morirse. Si yo fuese el cielo, sería más justo, y enviaría un ángel á amparar á estas criaturas que me piden pan y no se lo puedo dar, porque no lo tengo. Mi corazón no puede ya más, porque está destrozado, sí, destrozado!

El pobre hombre apoyó su cabeza sobre la mesa, y sollozaba sin consuelo. Los niños le rodeaban llorando, casi sin saber por qué, y la esposa sólo podía decir:

—¡Pobre esposo mío!—y lloraba y rezaba.

En aquel momento, una señora que había llamado suavemente á la puerta, sin ser oída, la abrió, y con ligero paso entró en la habitación. Al ver la expresión de angustia de Termópilas, se detuvo y dijo:

—Esperen Vds. un momento, pues he olvidado una cosa.

Y salió precipitadamente otra vez.

Esto dió tiempo á Termópilas para reponerse, y Margarita de la Ó., cuya penetración le había hecho comprender en un momento lo que allí pasaba, y que con la misma prontitud había resuelto lo que debía hacer, volvió al poco rato, diciendo:

—¿Quién preguntaba aquí por un ángel? Aquí estoy yo.

—La señorita de la Ó., . . .—dijo Termópilas, dirigiéndose á su esposa. Margarita se plantó en medio del cuarto, lanzó una mirada cómica á su alrededor, extendió los brazos, y lanzó un pequeño silbido.

—Ahora verán Vds. otro ángel, pues los hay de varias clases y colores.

Pompeyo entró con una cesta, que ella tomó de sus manos.

—¡Atrás, Lucifer!—gritó en tono trágico, empujando á Pompeyo fuera de la habitación.

—He sabido que estaba Vd. enferma, señora, —dijo con una sonrisa,—y he hecho traer unas gotas de Borgoña que harán á Vd. mucho bien.

Recobrados todos de la primera sorpresa, empezaron á comprender lo que aquello significaba.

—Señora Termópilas, supongo á Vd. enterada de que he ofrecido una entrevista á su esposo. ¿Me permitirá Vd. que tome aquí con Vds. mi pequeño almuerzo? Tengo un apetito atroz. ¡Ea, muchachos! ¿quién me ayuda á poner la mesa?

—¡Yo!

—¡Y yo!—gritaron todos, corriendo hacia el aparador.

—Yo no puedo permitir, señora mía, que Vd. se moleste—dijo la señora Termópilas.

—Vd. permanecerá sentada, si no quiere que yo haga uso de la fuerza—contestó Margarita.—Los enfermos deben cuidarse hasta que estén buenos. ¡Platos, cuchillos, tenedores!

Los muchachos corrían de un lado para otro, y ella los ayudaba á extender el mantel y á arreglarlo todo, colocando por último sobre la mesa el contenido de la cesta, consistente en un enorme pastel de aves, y diferentes platos menores, vino, etc.

—Señor Termópilas, á Vd. le toca trinchar—dijo, sentándose á un extremo de la mesa, y haciendo sentar á todos los demás—y Vds., niños, á comer, antes de que yo empiece, y acabe con todo.

Todos comieron opíparamente, celebrando al mismo tiempo los interminables chistes de Margarita, que no cesaba de hacerlos reir, incluso á la señora Termópilas, que según confesión propia, hacía dos años que no se reía.

Margarita se puso en pie, y les enseñó cómo se brindaba *á la francesa*, haciendo que sus pequeños admiradores la imitasen. El vino hizo mucho bien á la señora Termópilas, pero más bien le hizo el brillo de aquella cara y de aquella voz.

Cuando los estómagos estuvieron repletos, y el jugo de la uva iba surtiendo sus efectos en las venas de todos los comensales, cuyas almas se hallaban fascinadas por el poder magnético de aquella mujer, ésta cogió en pronto el violín de Termópilas, que estaba sobre una silla, y empezó á mostrar otro de sus encantos. Lo afinó, y cantó, acompañándose, una melodía capaz de trastornar otras cabezas más seguras que aquellas.

Saltaban en las sillas, sin poder permanecer quietos. Dió un salvaje ¡hurra! irlandés, y se puso en pie para bailar, invitando á los muchachos á que la acompañasen, y alargando el violín á Termópilas para que les tocase.

—Toque Vd. algo de mi país, si quiere Vd. verme bailar.

Termópilas, que estaba más que alegre, tocó como un Paganini. Margarita bailó de la manera más airosa, acompañada de los muchachos. ¡Bravo!

Termópilas no pudo contenerse, y bailó también, al mismo tiempo que tocaba, haciendo mil grotescas contorsiones, y su esposa se retorcía de risa en el sofá, aplaudiendo con loco entusiasmo.

¡Feliz Margarita! Aquella familia, que media hora antes lloraba su infinita miseria, sentía ahora la alegría y el contento en sus corazones. Si aquello fué una comedia por parte de Mar-

garita, preciso es reconocer que fué muy bien representada. Los muchachos lo ven todo; y Alcibiades Termópilas dijo, años después, que en un descanso que hizo la señora, cuando todos estaban bailando, él la miró, y vió que su cara estaba grave, y hasta triste, y que tan luego como ella se apercibió de que él la estaba mirando, cambió otra vez su fisonomía, y se sonrió de un modo, que él no podía creer que fuese la misma cara.

Si aquello fué arte, ¡bendito sea el arte!; y benditas las criaturas que, como aquella, derraman el consuelo en la casa del pobre, y el sol de la esperanza en los corazones abatidos por la desgracia.

La admiración de toda aquella familia se tornó pronto en demostraciones de gratitud, que Margarita se apresuró á contener.

—Nada de eso—gritó;—si realmente me aman Vds., nada de escenas, porque las aborrezco. Digan Vds. á estos rapazuelos que me besen, y déjenme ir, pues tengo muchas cosas que hacer, antes de la hora de mi comida.

Los rapazuelos no necesitaban semejante orden; todos se agruparon á su alrededor, y mostraron la gratitud de sus corazones, como sólo los niños saben hacerlo.

—Yo rezaré por Vd. todas las noches—dijo uno.

—Y yo siempre que acabe de comer—dijo la más pequeñita—porque teníamos mucha hambre antes de que Vd. viniera.

—¡Mis queridos niños!—dijo Margarita completamente enternecida, mientras los abrazaba.

La puerta se abrió de repente en aquel momento, y dos caballeros se presentaron en ella.

El lector comprenderá ahora, qué fué lo que Sir Carlos vió, además de Margarita de la Ó. Imposible le era comprender lo que aquella mujer estaba haciendo, y cuál era su objeto. Lleno de admiración, permaneció inmóvil por un rato.

La actriz, incapaz de desembarazarse de los muchachos, parecía la estatua de la Caridad, mientras la madre le besaba las manos, y el padre derramaba lágrimas de gratitud.

Wilson sentía calor y frío alternativamente, según era la satisfacción ó la vergüenza lo que le embargaba. La serenidad de Pomander vino á resolver aquella situación.

—Sígame Vd.—dijo á Wilson, por lo bajo.

—¡Cómo! ¿Aquí la señorita de la Ó.?—y avanzando tranquilamente hasta donde estaba Termópilas, le dijo:

—Hemos sabido que adornan á Vd. diferentes

talentos, y venimos en su busca. Soy el desventurado poseedor de una colección de cuadros, en los que el tiempo ha hecho lamentables estragos, y nadie mejor que Vd. puede restaurarlos, fijando Vd. mismo el precio.

—¡Señor! — balbuceó Termópilas, haciendo una grotesca reverencia,—todo el trabajo, por difícil que sea, será hecho á completa satisfacción de Vd.

Llegó su turno á Wilson.

—Yo deseo tener una composición poética, debida á su inspirada Musa.

—¡El mundo me conoce al fin!—pensó Termópilas, ciego de vanidad, y agregó en voz alta, —¿El tema, señor?

—Sea acerca de la señorita de la Ó.

—Dentro de una hora la tendrá Vd. en su casa.

—Margarita se separó un poco, é hizo una seña á Wilson para que se le acercase. Él lo hizo, temblando.

—Míreme Vd. á la cara, señor mío—le dijo con dulce tono, pero con firmeza.

—No puedo—contestó.—¿Puedo yo acaso volver á mirar á Vd. á la cara?

—¡Ah!; ese lenguaje me desarma; pero necesito castigar á Vd., ó de lo contrario esto no

tendrá fin nunca. ¿No prometí á Vd. que así que ganara mi estimación, le contaría toda mi historia, que ningún mortal conoce? Pues bien, Ernesto, necesito dilatar esa confesión, que me ha de costar sonrojo y hasta lágrimas; y, sin embargo, cuando Vd. la conozca, me compadecerá, y me perdonará. ¿He dicho á Vd. alguna vez nada que no sea verdad?

—¡Oh, no!

—¿Por qué duda Vd. de mí, pues?

Sus hermosos ojos despedían fuego, al pronunciar estas palabras.

Wilson estaba humillado, y su fisonomía revelaba tal vergüenza y contrición, que obtuvo el perdón, sin pronunciar una palabra.

—Ahora—dijo ella con bondad—dejémonos de atormentarnos el uno al otro. Te perdono, y permíteme que te haga feliz, Ernesto. ¿Es esto pedir mucho? Yo puedo hacerte más feliz que cuanto puedas haber soñado, siempre que te dejes conducir por mí.

Con esto, volvieron á reunirse á los demás; pero Wilson procuraba volver la espalda á Pomander, á quien no quería mirar.

—Sir Carlos, dijo alegremente la señorita de la Ó., que no quería contar á aquel astuto hombre entre sus enemigos,—supongo que será Vd.

de nuestra partida esta tarde, á la hora de comer?

—Creo que no podré tener ese gusto, señora.

Sir Carlos se sentía vivamente contrariado.

—Adiós, señor Wilson—dijo, con cierta frialdad.—Señor Termópilas . . . , Señora, estoy á las órdenes de Vds.,—y, tranquilo en la apariencia, pero alicaído en el fondo, se retiró.

Al salir á la calle vió un ginete, montado en un caballo que desde luego reconoció, y en el ginete, al criado á quien había hecho el encargo de averiguar quién era la señora que encontró en el camino, al regresar á Londres. El criado detuvo el caballo, y se quitó el sombrero. Dijo á su amo, que no había perdido de vista el carruaje hasta aquella mañana á las diez, después de haber averiguado lo que deseaba saber.

—¿Quién es ella?—preguntó Sir Carlos.

—La esposa de un caballero de Villarreal, con quien viene á reunirse.

—¡Es curioso!—exclamó Sir Carlos.—¿Á dónde va á parar?

—Á la plaza de los Algarves.

—¿Cuánto tiempo hace que están casados?

—No más de un año, señor.

Sir Carlos dijo al criado que se retirase, y

que quedaba muy satisfecho del modo como había desempeñado su comisión.

¡Era verdad, lector! El bondadoso, cumplido y morigerado señor Wilson, á quien Margarita de la Ó. había elegido para que la regenerara . . . era *¡un hombre casado!*

Luego que Sir Carlos recapacitó un poco sobre la importancia del descubrimiento que acababa de hacer, volvió á subir las escaleras, en las que encontró á Wilson que descendía. Le dijo que había hallado el medio de verse libre del compromiso que le impedía asistir á la comida que aquella tarde daba Wilson en su casa de la plaza de los Algarves, y que no faltaría. Se despidió de nuevo de él, y se dirigió á su casa.

Por el camino iba pensando que si la señora de Wilson llegaba precisamente cuando todos se hallasen reunidos á la mesa, él iba á gozar á sus anchas de la derrota de aquel hombre y aquella mujer que habían herido tan profundamente su vanidad.

Cuando por la tarde se dirigió á la plaza de los Algarves, llevó su criado consigo, y después de enterarse de que la señora de Wilson no había llegado aún, dejó á aquél de centinela, con orden de que le avisase tan luego como viese que el carruaje penetraba en la plaza, y antes de que

llegase á la casa. Hecho esto, entró él, y supo que el señor Wilson y todos sus convidados estaban en el jardín, á donde fué á reunirse con ellos.

La señora de Wilson requiere capítulo aparte, en el que el lector sabrá quién era, y por qué su esposo se había enamorado de Margarita de la Ó.

## CAPÍTULO IX.

Matilde Chester era la belleza de Villarreal. Había rehusado la mano de la mitad de los caballeros del país, en un círculo de más de doce millas, cuando el señor Wilson se presentó como aspirante. Además de un hermoso rostro y una arrogante figura, Wilson poseía otras prendas, de que sus rivales carecían. Le leía versos al aire libre, sentados ambos en los bancos de musgo de los alrededores del pueblo, y despertó en ella sensibilidades que otros pretendientes no supieron despertar.

La encantadora Matilde poseía el gusto de lo bello, sin ningún exceso de esa severa cualidad llamada juicio artístico.

Cuando su madre, que la guardaba como un dragón, le dijo que el señor Wilson no era bastante rico, y que no debía alimentar en él tantas esperanzas, Matilde lloró, y se arrojó en los brazos del dragón, diciendo: "¡Oh, madre!" El dragón, sintiendo que su ferocidad se ablandaba,

trató de desprenderse de los brazos de Matilde, pero ésta se propuso llorar, y abrazar al dragón, hasta rendirlo.

Andando el tiempo, murió de repente un tío del señor Wilson, dejando á éste heredero de una gran propiedad en terrenos, y de un cofre lleno de monedas de oro, amontonadas por él y por su padre. El dragón se mostró entonces menos agrio, y dijo:

—Hija mía, es ya el hombre más rico de Villarreal. De creer es que no pensará en tí ahora, y te aconsejo, por lo tanto, que fortalezcas tu corazón.

Matilde, al contrario de lo que su madre esperaba, no lloró, sino que confió más que nunca en el amor y en el honor de su Ernesto; y Ernesto, tan luego como el funeral de su tío, etc., le devolvió su libertad, corrió al lado de Matilde, á hablar de *nuestra* buena fortuna. El dragón había sido injusto con él. Al poco tiempo se casaron y fueron felicísimos. Un mes después, el dragón murió, y esta fué la primera pena de aquella feliz pareja, pero la sobrellevaron juntos.

El señor Wilson no era como los demás caballeros de Villarreal. Sus placeres eran de aquellos de que su esposa pudiera participar. Paseaba á pie y en coche, con ella, y componía canciones

para ella y acerca de ella, que ella tocaba y cantaba bastante bien, á su manera tranquila y elegante, y con una voz tan dulce como la miel. Matilde, por su parte, no pensaba más que en él; y cuando descubría que mostraba preferencia por algún plato, inspeccionaba ella misma su confección, y hasta, habiendo observado que nunca dejaba de comer cierto pudín de limón que el dragón había inventado, jamás dejó de hacerlo con sus propias y lindas manos, aunque nunca dijo á su esposo que era ella quien lo había hecho.

Los primeros siete meses de matrimonio parecieron más bien un cielo azul, que una parda tierra, y si alguien se hubiera atrevido á decirle que su marido era un mortal como cualquiera otro, y no un ángel, y que los días y las noches pudieran dejar de ser para ella un no interrumpido paraíso, con dificultad hubiera dado crédito á semejantes noticias.

Así corrían plácidos los días, cuando á un enojoso litigante se le metió en la cabeza disputar el testamento por el cual el señor Wilson había venido á ser dueño de aquellas grandes propiedades rústicas y urbanas, y éste tuvo necesidad de ir á Londres, para concertar los medios de anular semejante ataque. Matilde hubiera, de muy buena gana, hecho un arreglo, cediendo al hom-

bre una buena parte de la propiedad, ó toda, si era preciso, con tal de que no le robasen su marido por un mes; pero, docil y amorosa al mismo tiempo, se limitó á llorar (donde no la vieran) por espacio de una semana, y dejó ir á su marido, con toda la angustia de que su amante corazón era capaz, pero sin la más ligera sombra de duda respecto á su fidelidad, que aquel mismo amante corazón le decía no debía abrigar.

Trascurrió un mes . . . , y no había síntomas de regreso. La verdad es que, hasta entonces, no tenía de ello la culpa el señor Wilson; pero, al terminar el segundo mes, los negocios vinieron á ser una conveniente excusa. Cuando trascurrió el tercero, la señora Wilson se sintió infeliz. Creía, además, que para él debía ser también muy sensible aquella separación. Por fin se decidió á proponerle ir á reunirse con él. Él contestó oponiéndose, bajo pretexto de lo largo y penoso del viaje. Matilde se resignó, pero, algún tiempo después, empezó á meditar sobre el motivo de aquella oposición.

—La abnegación de mi querido Ernesto es grande — se decía. — Ansía verme, pero considera egoísta dejarme cruzar sola tan larga distancia.

Poseída de esta idea, sucumbió al amor. Hizo

todos los preparativos para el viaje, y escribió á Ernesto participándole que si él no se lo prohibía de una manera absoluta, debía esperar verla presentarse cualquier día, y en breve.

El señor Wilson lo tomó á broma, y ni siquiera contestó á esta carta.

Matilde partió, viajando con la mayor velocidad posible, aunque menor que la de la posta. En una de las paradas escribió á su marido, diciéndole que esperaba verse á su lado á las cuatro de la tarde del jueves inmediato.

Esta carta la precedió unas pocas horas. El señor Wilson la recibió una mañana, juntamente con otra de la señorita de la Ó. (que leyó primero) en la que le hacía saber que tendría gusto en verle en el ensayo. Pensando que la carta de su esposa podría esperar, la arrojó en una bandeja, y almorzando en un dos por tres, salió para el teatro. Volvió, como sabemos, con la señorita de la Ó, y también, á petición de ésta, con el señor Ciber, á quien fueron á buscar. Wilson olvidó la carta de su cara mitad, y se dedicó enteramente á sus convidados.

Cuando llegó Sir Carlos Pomander, encontró á Carbot, el jefe de la servidumbre de Wilson en su casa de Londres, ocupado en cortar con unas tijeras en el jardín, todas las flores que más agra-

daban á la señorita de la Ó., que tenía verdadera pasión por las flores.

Carbot, durante su temporal ausencia del interior de la casa, había encargado al viejo Antonio el cuidado de recibir á los dos huéspedes que faltaban, cuando llegasen.

Este Antonio era un fiel y antiguo sirviente que había venido á Londres con el señor Wilson, aunque dejando su corazón en el pueblo. De sus meditaciones desde hacía algún tiempo, había sacado en consecuencia que su ama la señorita Matilde (como él continuaba llamándola, en fuerza de la costumbre) no era tratada como se merecía.

Antonio había sido importado en la familia Wilson por Matilde. Él la había tenido en sus brazos, cuando niña; la había sujetado cuando montaba en burro, siendo una muchachita ; y cuando ya mujer, él fué quien la enseñó á montar á caballo, diciendo siempre para sus adentros, que "él había sido el maestro de la muchacha."

Este honrado viejo parecía tan ridículo á los ojos de Carbot, el pulido y arrogante londonense, que hasta se permitía burlarse de él, y mortificarlo siempre que podía. Aquella misma mañana habían sostenido el siguiente diálogo:

—¡Pobre señorita Matilde!—dijo Antonio—

doce meses de casada, y de ellos seis viuda, ó poco menos.

—Pero le escribimos con frecuencia, Antonio, contestando á sus cartas, que son bien largas.

—Sí, menos las que se quedan sin ser leídas—replicó aquél, echando una mirada á la bandeja.

—Sin duda; eso es según las circunstancias. Mientras tanto, procuramos vivir entre los hombres del mundo, y entre las sirenas.

—En tanto que ella hace felices á los pobres y á los enfermos.

—Lo que prueba—dijo Carbot, ahuecando la voz—que todos no tenemos los mismos gustos.

Antonio, cuya vista no se apartaba de la carta de su señorita, la tomó, y dijo:

—Señor Carbot, ¿quiere Vd. poner esta carta en el cuarto del señor?

—No—contestó aquél, con sequedad.

El pobre Antonio suspiró, y volvió á ponerla en la bandeja.

Carbot dejó á Antonio al cuidado de la puerta, y apenas habían trascurrido cinco minutos, cuando aquél oyó que alguien llamaba, como con prisa.

De mala gana, y gruñendo, fué á abrir, y una señora, con el rostro cubierto con un velo, se precipitó en la antesala.

—¡Alto, soñora!—gritó Antonio, corriendo tras ella.—¿Quién es Vd.? Tenga la bondad de decirme su nombre.

—¡Antonio!—exclamó la recien llegada, levantándose el velo;—¿has olvidado ya á tu ama?

—¡Señorita! ¡Cómo! ¡mi señorita Matilde! Perdóneme Vd. ¡Juan! ¡Isabel!

—¡Silencio, Antonio! No llames á nadie.

—¿Pero dónde están sus baules y los criados que la han acompañado?

—Tú siempre tan viejo y tan distraído. ¿Dónde está tu amo? ¿Está bueno? Quiero sorprenderlo.

—Sí, señorita, está bueno—contestó Antonio, bajando los ojos.

—Dejé el coche en Islington. No sé qué cosa de él se rompió, y no tuve paciencia para esperar dos horas á que lo compusiesen. Pero díme cómo está tu amo.

—Mi amo está perfectamente, señorita—contestó Antonio confuso, y hasta temblando.

—¡Seis meses sin verlo, Antonio! Pero ya pasaron.

—¡Bendita sea!—pensó el buen viejo.—¡Si yo pudiera evitarle el disgusto que la espera!

Ella siguió andando, y entró en el salón del banquete.

—¡Ola!, ¿tiene convidados? Hubiera preferido estar sola con él hoy; pero no quiero que lo sepa. Sus amigos son y serán siempre los míos.

Echó una mirada á su traje, y sintió que sus baules no hubiesen llegado con ella.

—Antonio, ¿dónde está mi cuarto? No digas á nadie que estoy aquí.

—¿El cuarto de Vd., señorita?

—Sí, uno cualquiera donde haya un espejo y agua para lavarme.

Echó á andar y abrió una puerta, que era la del cuarto de Wilson.

—¡No, no!—gritó Antonio—ese es el cuarto del señor.

—¿Y no es mío su cuarto? ¿Está él aquí?

—No, señora; está en el jardín, con los convidados.

—No quiero que me vean hasta que me haya arreglado un poco—dijo, entrando en el cuarto de su marido.

Antonio pensó, si á pesar de la prohibición de su ama, debería hacer saber á Carbot lo que ocurría; pero reflexionó y se dijo:

—No; se pondrían de acuerdo, y nos engañarían otra vez; mejor es esperar, y ver la cara que ponen todos, y cómo se las componen el amo y su criado de confianza.

Pensó también que, á la vista de su esposa, el señor Wilson pensaría en lo incorrecto de su propia conducta, y hasta tal vez despediría á Carbot.

Mientras se hallaba haciendo estas consideraciones, oyó que llamaban de nuevo á la puerta.

—¡Allá voy!—dijo, ásperamente.

Abrió, y se encontró frente á frente con Gastón, el criado del señor Pomander, que venía como alma que lleva el diablo, á avisar á su amo.

—¿Dónde está Sir Carlos Pomander? buen viejo—preguntó.

—En el jardín, mal joven—contestó Antonio, en un tono que daba á entender la poca gracia que le hacía la familiaridad del otro al llamarle "buen viejo."

Al jardín voló.

Su amo, que estaba en observación, lo vió en seguida, y se escurrió de entre los convidados, yendo á su encuentro.

—Ya está aquí, en la casa, señor.

—Bueno. ¡Lárgate!

Sir Carlos volvió á reunirse á los demás, y contaba los minutos que faltaban para gozar del espectáculo que se prometía.

Un criado se presentó en el jardín, anunciando que la comida estaba servida.

—Vamos, señores—dijo Wilson, dando el brazo á Margarita, y dirigiéndose al comedor, seguido de todos los demás.

Carbot les precedía, con un enorme ramo de flores, que colocó en un vaso de porcelana enfrente del sitio destinado en la mesa para la señorita de la Ó.

El comedor estaba suntuosamente adornado; la mesa era de forma oval, de modo que todos pudieran verse y oirse con comodidad, y adornada con flores. La comida fué espléndida, sin gran profusión de platos, pero todos escogidos y delicados; el servicio, de plata, y la cristalería, de Bohemia. En el jardín, frente al comedor, una orquesta ejecutaba armoniosas piezas.

Los convidados eran Quin, la señorita Clive, el señor Ciber, Sir Carlos Pomander, la señorita de la Ó., y los señores Soaper y Esnarl, críticos muy en boga en aquellos días. Esta pareja, dotada de especial sagacidad, llegó á la casa en el momento en que los demás convidados se iban á sentar á la mesa. Reinaba el mejor humor, y si mutuamente se dirigían algunos tajos y mandobles, como gente de reconocido ingenio, los daban y los recibían con el mismo buen espíritu de tolerancia. Quin trinchó una pierna de venado, en cuyo arte era un consumado maestro. Soaper y Esnarl

comían y bebían como para hacer cumplido honor al anfitrión. Wilson y Margarita eran felices: él, porque estaba muy lejos de sospechar la tormenta que le amagaba, y ella, porque se creía más segura que nunca de poseerlo. Sir Carlos estaba en una especie de delirio mental y de deleite nervioso.

—¿Dónde estará?—pensaba.—¿Qué intentará hacer? Siendo, como es, una campesina, aquí tiene que haber una escena. ¿Estará observándonos?—Todo se volvía ajos, oídos y espectación.

—¿No espera Vd. á nadie, señor Wilson?—dijo por último, con fingida indiferencia.

—No—contestó Wilson con sinceridad.

—El señor Ciber—exclamó Soaper—no parece más viejo ahora que hace cinco años.

—Eso es porque entonces se acabó en su cara el sitio para nuevas arrugas—contestó Esnarl.

—Señor Wilson—dijo la señorita Clive,—no debiera Vd. haber reunido esta pareja. Esnarl, por sí solo, es insoportable, pero cuando se reune con Soaper, es cosa de llamar á la policía y pedir que los arreste.

—Parecen, efectivamente, una espada de dos filos—añadió la señorita de la Ó.

—Caballeros—dijo Wilson, dirigiéndose á

Soaper y á Esnarl—¿no tienen Vds. una palabra para Quin?

—Ellos saben lo que se hacen, al dejarme tranquilo—replicó Quin—pues no se les oculta que si no moderan su lengua, no hay pierna de venado para ellos.

—Esta habitación es deliciosa, señor Wilson —interrumpió Ciber.—Conozco esta casa desde los buenos tiempos de lord Longueville, que era un galanteador sin rival. Vd. debe recordarle, Sir Carlos.

—Si—contestó éste, sin quitar sus ojos de la puerta,—un viejo gotoso.

Ciber se atufó.

—Ya quisiera Vd. parecerse á él, y haber disfrutado de lo que en esta casa se gozó. Longueville era un grande hombre, amigo Wilson. Yo lo ví una vez obsequiar con un banquete, en este mismo comedor, á una dama principal, mientras otra, que era su rival, bufaba y echaba chispas al otro lado de esa puerta.

—¿De veras?—dijo Sir Carlos.

—Considero eso una mala acción—contestó Wilson.

—¿Y por qué cree Vd. que esta casa ha perdido su virtud en manos del señor Wilson?—preguntó Sir Carlos.

En aquel momento se abrió una puerta lateral del comedor, y apareció en ella una hermosísima mujer.

Todos se fijaron al punto en ella, excepto Wilson, que se hallaba sentado de espaldas á aquella puerta.

Margarita dió un salto en la silla, como si la hubiera picado un escorpión.

Se quedaron todos estupefactos.

Wilson, observando la dirección de las miradas de los demás, se volvió, y al ver aquella señora se quedó confundido. Ella se le acercó rápidamente, dejando escapar un pequeño grito de alegría, y echándole ambos brazos al cuello, lo besó amorosamente, mientras todos los circunstantes se miraban unos á otros. Algunos se pusieron en pie, como n homenaje de respeto.

Margarita, atónita ante lo que estaba viendo, hizo un esfuerzo para ocultar su emoción, y dijo, aparentando una serenidad que estaba muy lejos de sentir:

—¿Quién es esta señora?

—Soy su esposa—contestó Matilde, en un tono dulcísimo, y sonriendo amistosamente á la que había hecho la pregunta.

—Es mi esposa—dijo Wilson, sin saber lo que

decía, pues casi había perdido el sentido.—Mi esposa . . .—repitió maquinalmente.

Apenas salieron estas palabras de los labios de Wilson, dos criados se precipitaron á acercar una silla al lado de aquél, y á poner en la mesa un cubierto y una servilleta. Matilde, como si nada de extraño hubiera en aquella escena, hizo un cortés saludo á todos, y se sentó, con la mayor tranquilidad.

Todo esto ocurrió en menos de un minuto.

## CAPÍTULO X.

El señor Wilson, además de ser rico, era un hombre sumamente agradable. Cuando sus facciones permanecían tranquilas, su belleza era de un carácter magestuoso. Soaper y Esnarl le habían admirado y envidiado, pero en el momento actual, ninguno de los convidados le envidiaba, pues todos empezaron á hacerse cargo de lo difícil de su situación. ¿Y él...? La vergüenza y el remordimiento comenzaban á atormentarle de una manera abrumadora. Sentado entre aquellas dos mujeres, pálido unas veces, y encendido otras, evitaba las miradas de ambas, fijando los ojos en el plato que tenía delante, y sintiendo todo el peso de su humillación.

Margarita tenía traspasada el alma. Para ella ya aquél era un villano como todos los demás hombres, y tal vez mayor, porque era un hipócrita. Al principio se mostró abatida; pero estaba ante un enemigo y ante una rival, y, haciendo un supremo esfuerzo, contuvo los latidos

de su corazón, y volvió á ser la señorita de la Ó. Hasta entonces, su pasión por Wilson había evocado la parte mejor de su naturaleza, y tal vez el lector la ha tomado por una mujer buena; pero ahora iban á salir todas las heces á la superficie. La actriz engañada de aquel modo por un novicio, la mujer ofendida é insultada, no abrigaba más que dos pensamientos: vencer á su rival, y vengarse del falso amante. Más de un relámpago de ira cruzó sus facciones, antes de que pudiera hacerse dueña de sí misma, pero se dominó al fin, y una sonrisa se pintó en su semblante. Todo esto fué instantáneo.

En cuanto á los demás, se cruzaban miradas de inteligencia, y esperaban el desenlace con ardiente interés, sobrellevando, como mejor podían, lo cómico de su situación.

Sir Carlos, que había previsto aquello, adoptó un aire gazmoño, desmentido por la satisfacción que brillaba en sus ojos. Ofreció un polvo de rapé á Ciber, y aquel par de desalmados hacía muecas y visajes, como un malicioso mono viejo y su joven cría.

La recien llegada era encantadora. De más que mediana estatura, y formas redondas y graciosas, su abundante y lustroso cabello, de un color castaño claro, brillaba como el oro á la luz;

su frente era blanca como la nieve, sus ojos, de un azul oscuro, las mejillas como melocotones, y en todo su rostro radiaba el candor y la bondad.

—Supongo, Ernesto, que no estarás disgustado conmigo por esto pequeño chasco—dijo, con cierta coquetería.—Después de todo, no me he adelantado más que dos horas, pues en mi última carta te decía que estaría aquí á las cuatro. ¿No es así?

Wilson tartamudeó algunas palabras ininteligibles. ¿Qué podía decir?

—Y has tenido tiempo para prepararte, pues tres días antes de mi salida te lo participé; pero, señora,—añadió dirigiéndose á Margarita—ni una palabra me contestó, por lo que consideré su silencio como aquiescencia. Veo, señores, que ninguno de Vds. me esperaba.

—En cuanto á alguno de nosotros, puedo asegurar á Vd. que es la verdad, señora—dijo Margarita.

—¡Cómo! ¿No les ha dicho nada Ernesto?

—No. Él nos dijo que este banquete era en honor de una señora que por primera vez iba á visitar esta casa, pero ninguno de nosotros pudo imaginar que esa señora fuese su esposa.

Wilson empezó á sentirse aterrado.

—Sea lo que fuere, señora—dijo Quin—desde

el momento en que ha llegado Vd., yo le he reservado un pedazo de esta pierna de venado, que le voy á servir. ¡Venga el plato!

—No ahora, señor Quin—replicó Wilson.—Esta señora tiene que retirarse á cambiarse su traje de camino.

—Bien, querido—dijo Matilde—pero has olvidado presentarme tus amigos. ¿No piensas hacerlo antes?

—No, no—contestó Wilson, confuso—tiempo habrá para eso después.

—Yo lo haré, señora—exclamó Margarita, levantándose de su asiento, sin quitar sus ojos de Wilson.

Él la miró, como pidiéndole misericordia, que no estaba pintada, por cierto, en el semblante de Margarita. Wilson cerró los ojos y esperó el golpe. Sir Carlos se recostó sobre el respaldo de su silla, sonriéndose maliciosamente y preparándose para la explosión. Margarita le lanzó una mirada llena del más profundo desdén.

—La respetable señorita Clavija, señora—dijo señalando á la señorita Clive.

Esta ocurrencia sorprendió á todos. Pomander se mordió los labios.

—El muy honorable señor de Tragaldabas—prosiguió, señalando á Quin. Éste quiso protes-

tar, pero no le dió tiempo Margarita, continuando:

—El señor que tiene Vd. á su lado es Lord Topington, un viejo galanteador, á pesar de la gota.

El aludido, Ciber, se inclinó.

—Sir Carlos Pomander.

—¡Oh!—exclamó Matilde—conozco á este caballero, que es el que nos ayudó á hacer sacar mi carruaje de un atolladero, cerca de Huntington. Ernesto, si no hubiera sido por él, no tendría yo el gusto de verme ahora aquí,—y echó una mirada de gratitud al buen Pomander.

Wilson no sintió ningún deseo de abrazar á Sir Carlos por aquel servicio.

—Todos tenemos que estar muy agradecidos á Sir Carlos—dijo Ciber, inclinándose.

—Veo el agradecimiento pintado en todos los semblantes, y me felicito por ello—contestó Pomander.

Margarita continuó:

—El señor Soaper y el señor Esnarl, dos caballeros capaces de arrancar tiras de pellejo á sus propios padres.

—¡Jesús!—exclamó Matilde.

—Críticos, señora—añadió Margarita con una sonrisa.

Matilde se tranquilizó.

—¿Y Vd., señora?

—Yo soy Lady Berta Modish, á las órdenes de Vd.

Una mueca general recorrió la mesa.

—Ahora, Matilde, ve y cámbiate tu traje—dijo Wilson, resuelto á que cuando volviese no encontrase allí á los convidados.

—Mis baules no han llegado, Lady Berta, ¿no cree Vd. que es una tiranía obligarme á separarme de mi marido á quien tengo tantas cosas que decir?

Margarita, que comprendió que Matilde era un poco tonta, estaba resuelta á mortificar á Wilson, haciendo decir á aquélla unas cuantas simplezas delante de aquellos burlones, y así, dijo, dirigiéndose á Matilde:

—Cuéntenos Vd· algo, señora, de su vida en el campo.

Pero Wilson opinaba de otro modo, y se apresuró á decir:

—¿No quiere Vd. oir un rato la música en el jardín?

—No, señor Wilson, prefiero oir á su señora contarnos alguna cosa.

—Otro día las contaré—dijo Matilde—yo prefiero siempre complacer á mi Ernesto.

—¡Qué estúpidos son los hombres!—murmuró Margarita;—no son dignos ni siquiera de una tonta como ésta.

Wilson insistió de nuevo en llevarla al jardín, y esta vez ella accedió.

Estaba ansioso de salir de aquella situación y de separar á las rivales, no viendo, por el pronto, otro medio de conseguirlo. Dijo unas palabras en voz baja á Matilde, recomendándole lo conveniente que le sería descansar un poco, después del viaje, y se dirigió al jardín, dando el brazo á la señorita de la Ó.

Los demás permanecieron en el comedor, acompañando y admirando á la señora de Wilson. Era una novedad, y, á su modo, tan encantadora como Margarita. Era, según ellos decían, una belleza campestre, y le perdonaban su simplicidad, en gracia de su belleza, como generalmente suelen hacer los hombres. Todos se ofrecieron á acompañarla al jardín; pero ella, como esposa obediente, rehusó, diciendo que se hallaba cansada.

Fueron desfilando al cabo de un rato, hasta que la dejaron enteramente sola. Entonces Matilde suspiró.

—¡Pobre Ernesto!—se dijo;—creo que no le ha gustado que lo haya sorprendido; pero ha

sido tan bueno que no se ha incomodado. Su corazón, sin embargo, habrá recibido un choque. Su voz parecía alterada, y sus ojos no reflejaban la alegría que en nuestro pueblecito de Villarreal.

Miró tímidamente hacia el jardín, y volvió á suspirar. De pronto llamó su atención un ruido de voces en la antesala. Se dirigió á la puerta del comedor, y vió á Carbot que estaba tratando de impedir el paso á un hombre de figura algo rústica, con un rollo de papeles debajo de cada brazo. Este personaje no era otro que nuestro buen Termópilas.

—Le digo á Vd. que el señor no está en casa —gritaba Carbot.

—¿Cómo dice Vd. eso?—exclamó Matilde sorprendida—¿no sabe Vd. que está en el jardín?

—¡Simple!—pensó Carbot.

—Deje Vd. pasar á ese caballero.

Termópilas le dió las gracias, y agregó:

—He venido porque he sido llamado, señora.

Matilde dijo á Carbot que fuese á avisar al señor, y aquél, haciendo una pequeña reverencia, se retiró, pero no para cumplir la orden.

—Pase Vd.—dijo Matilde—el señor Wilson vendrá pronto.

Termópilas entró en el comedor, haciendo mil cortesías.

—Siéntese Vd.—agregó Matilde, indicándole una silla á su lado.

Se sentó tímidamente en el borde de la silla y dejó caer uno de los rollos de papeles; al agacharse á cogerlo, dejó caer el otro, y su confusión fué en aumento.

—Parece que está Vd. cansado.

—Sí, señora, un poco. La distancia es larga desde Lambeth aquí, y hace calor.

—No será extraño, por lo tanto, que tenga Vd. apetito. Permítame que le sirva un pedazo de esta pierna de venado.

Termópilas abrió desmesuradamente los ojos.

—Vd. es tan amable, señora, que no me considero con fuerzas para rehusar.

Matilde le sirvió de diferentes platos, y no olvidó tampoco hacerle humedecer con vino aquellos manjares.

Termópilas comía y bebía, como el que está satisfaciendo un apetito de muchos meses de prueba.

—Siento que el señor Wilson le haga á Vd. esperar.

—De ninguna manera, señora. Ha sido para mí una fortuna, puesto que me ha proporcionado el placer de gozar de la sociedad de Vd. Los

poetas, por otra parte, estamos acostumbrados á esperar á las Musas . . .

—¡Un poeta! — exclamó Matilde. — ¡Oh! ¡Cuánto me alegro! No lo hubiera conocido si Vd. no me lo hubiese dicho. Yo amo la poesía.

—En la cara de Vd. está escrito, señora—y se apresuró á desenvolver uno de los rollos de papeles, para pedir á Matilde su opinión acerca de los versos que había compuesto "en honor de la señora á quien el señor Wilson obsequiaba aquel día."

Matilde se ruborizó de placer, creyendo que aquellos versos eran dedicados á ella.

Termópilas se preparó á leerlos.

—¡No, no! — exclamó Matilde. — El señor Wilson preferirá que sean una sorpresa.

—Como Vd. guste, señora; pero estoy seguro de que le gustarían á Vd., pues han sido inspirados por la más buena y generosa de las mujeres. ¿No opina Vd. lo mismo?

Matilde se ruborizó de nuevo.

—Yo no sé, señor . . .—contestó.

—Me dió de comer cuando tenía hambre, y la gratitud, señora . . .

—Efectivamente, parece que tenía Vd. buen apetito . . .

Sir Carlos los estaba observando desde el jardín, oculto detrás de un arbol. Al ver á Termópilas, calculó en seguida, que no era posible que un hablador tan sempiterno, al estar siquiera diez minutos en compañía de Matilde, dejase de descubrir todo el pastel.

Termópilas justificó bien pronto el cálculo de Pomander. Sin venir al caso, participó á Matilde que la señora en cuestión le había encargado hacer su retrato.

—¿Qué señora?—preguntó Matilde, empezando á alarmarse.

—La señora á quien yo creía encontrar aquí; la señorita de la Ó.

—No la conozco—dijo Matilde, que recordaba perfectamente los nombres de todos los convidados que le habían sido presentados.—Aquí hay una señora, pero no es ese su nombre.

—¡Es extraño!—replicó Termópilas;—creí que estaría aquí, y por eso me apresuré á traer los versos. ¿Ni tampoco la ha oído Vd. declamar en el teatro?

—¡Qué!, ¿es una actriz?

—Sí, señora, y de las más célebres.

—Bueno, señor mío—dijo Matilde, sintiéndose desfallecer;—no está aquí.

Termópilas comprendió que empezaba á estar

allí de más, y se puso en pie, disponiéndose para retirarse.

—Adiós, caballero—dijo Matilde, suavemente —agradezco á Vd. el rato de compañía que me ha hecho, señor . . .

—Termópilas, señora; Trinidad Termópilas, edificios de Hércules N°. 10; poeta; hace sonetos, odas, elegías, epitalamios, dedicatorias, sátiras, improvisaciones é himnos, con prontitud y esmero; pinta retratos, da lecciones de declamación, y es de Vd. atento, hnmilde y agradecido servidor que besa sus pies.

Se inclinó hasta dar con la cabeza cerca del suelo, y desapareció, dejando los versos sobre la mesa.

Cuando Matilde se quedó sola, se sintió inquieta, pero trató de tranquilizarse diciéndose:

—Ernesto es tan entusiasta por el teatro, que la habrá admirado allí, y habrá querido demostrarle su admiración. Yo no debo mortificarle con mis celos, ni siquiera dudar de él.

Sir Carlos se presentó en aquel momento en la puerta. Matilde miraba con cierta gratitud á aquel hombre, porque recordaba el servicio que de él había recibido en su viaje á Londres.

—¿Sola aquí, señora, como en Villarreal?—preguntó al entrar.

—Por unos momentos nada más, señor mío.

—¡Lo que es la fuerza del hábito! Un marido ausente de su esposa es poco menos que un soltero.

—¿De veras?

—Y pocos han sabido pasar, como su Ernesto de Vd., del estado de larva de caballero campesino, al de mariposa del mundo elegante.

—Efectivamente—dijo Matilde, con tristeza—lo encuentro algo cambiado.

—¿Cambiado? Completamente trasformado, querrá Vd. decir. Es la estrella del salón de descanso del Teatro Real.

—¿Qué quiere decir eso, señor Pomander?

—El salón de descanso, mi querida señora, es el bosquecillo de las huríes, despojadas de sus alas, y de las diosas, convertidas en simples mortales; es el lugar donde los actores y actrices se convierten en hombres y mujeres, y representan sus verdaderos papeles, sin las tonterías del poeta.

—¿Y mi marido frecuenta esos lugares?

—En seis meses ha sabido ganarse una reputación, por la que muchos hombres darían las dos orejas.

—¡Y cómo se atreve Vd. á decírmelo!—exclamó Matilde en un arrebato de indignación, mientras dos lágrimas corrían por sus mejillas.

Cualquiera otro que no fuese Pomander, hubiera cesado en aquella tortura; pero él no tuvo compasión.

—De todas maneras lo había Vd. de saber, y siempre es mejor que lo oiga Vd. de labios de un amigo.

—¡Un amigo! No es amigo el que calumnia al esposo ante la esposa, atribuyendo á malos hábitos lo que es en Ernesto sólo un efecto de su carácter alegre.

Las lágrimas se agolpaban á sus ojos, pero las contuvo, porque, con la poca fuerza de aborrecimiento que podía abrigar aquella bondadosa criatura, aborrecía ya á aquel hombre.

—¿Cree Vd. por ventura que no sabía yo que la señorita de la Ó. iba á venir hoy á esta casa?—dijo, luchando desesperadamente contra sus recelos y contra las odiosas palabras de Sir Carlos.

—¡Cómo!—exclamó él.—¿La reconoció Vd.? ¿Descubrió Vd. á la actriz, bajo el disfraz de Lady Berta Modish?

—¿Lady Berta Modish? ¿Aquella cara tan bella y tan bondadosa?

—¡Ah! Ya suponía yo que Vd. no la había reconocido. Sí, señora, Lady Berta y la señorita de la Ó. son una misma persona.

—Á la cual mi marido ha invitado para obsequiarla con estos versos. Lo sé—y al decir esto le temblaba el labio.—Si su visita aquí tuviese otro carácter, como Vd. cruelmente quiere darme á entender, ¿cree Vd. que hubiera escogido el día de mi llegada para hacerlo?

—No, si él hubiera sabido que Vd. venía.

—¿Y cómo no había de saberlo, si yo le escribí anunciándoselo?

—¿De veras?—dijo Pomander, un poco perplejo.

Matilde recordó que había visto su carta en una bandeja, y corrió para traerla y enseñársela á Pomander; pero cuál no sería su sorpresa cuando al ir á entregársela vió que estaba sin abrir!. La volvió en sus manos varias veces, y dió un grito de agonía, como si la hubieran herido en el corazón.

—¡Yo no tenía nada en el mundo más que mi marido! ¡Dios mío! ¡Ten piedad de mí!

El villano se espantó ante la tormenta que había provocado, y murmuró algunas palabras, mientras la infeliz Matilde levantaba las manos al cielo y sollozaba de una manera, capaz de conmover el más endurecido corazón.

—Es indigno de Vd.—exclamó Pomander;—ha perdido todo derecho á su estimación, y no

queda á Vd. ya más que la venganza. Serénese Vd., y vea en mí á la persona que ha aprendido á adorarla. . . .

—¿Vd.?—gritó ella, irguiéndose, como herida por un rayo.—¿Era ese el objeto de Vd.? Oiga Vd., mal caballero: yo podré haber perdido el lugar que me corresponde en el corazón de mi marido, pero aún soy el ama de esta casa. ¡Salga Vd. inmediatamente de aquí, y no vuelva á presentarse mientras yo viva!

Pomander, derrotado y confundido, salió de la habitación, sin proferir una palabra más. Matilde, al verlo desaparecer, cayó desplomada en una silla. Había oído al mismo tiempo á su marido, que volvía del jardín, acompañando á la supuesta Lady Berta.

Durante la ausencia de éstos, Margarita había, indudablemente, desplegado todo su arte, pues parecía que se trataba de una reconciliación, aunque ella se mostraba todavía ofendida. La pobre Matilde pudo oir estas palabras:

—Es preciso que me deje Vd. ir sola, señor Wilson; insisto en que no me acompañe Vd. Aun no está Vd. justificado.

—Me justificaré, Margarita.

Matilde no oyó más, porque ambos se dirigieron á la puerta de la calle; dió un grito de

agonía, y prorrumpió en amargo llanto, exclamando:

—¡Ernesto! ¡Ernesto! ¡Qué he hecho yo para que me trates así! ¡Ernesto mío! ¡Madre mía!

Quiso levantarse y dirigirse á la puerta, pero le faltaron las fuerzas y cayó insensible en el suelo.

Al despedirse Wilson de Margarita, creyó oir que alguien pronunciaba su nombre, y corrió al comedor.

Entrando precipitadamente, casi tropezó con el cuerpo de Matilde que yacía sobre la alfombra. Cuando la vió pálida é inmóvil, un terrible presentimiento se apoderó de él y cayó de rodillas á su lado.

—¡Matilde! ¡Matilde!—gritó.—¡Amor mío! ¡mi inocente esposa! ¡Que he hecho, Dios mío! Tal vez será un desmayo producido por el cansancio.

—No, no es el cansancio—dijo á su espalda el buen Antonio, que con sus blancos cabellos en desorden, y sus ojos despidiendo fuego, apretaba los puños delante de la cara de su amo.—No es el cansancio, ¡infame! ¡es que la ha asesinado Vd. con su villana conducta!

—Llame Vd. á las criadas, Antonio—gritó

Wilson, sin apercibirse de los insultos que su criado le dirigía.

Toda la servidumbre rodeó á Matilde en un momento, y entre todos la llevaron á la cama.

Presa de amargo remordimiento, pálido y tembloroso, Wilson corrió en busca de un médico.

## CAPÍTULO XI.

Durante la escena del jardín, Wilson había suplicado á Margarita que le permitiese acompañarla á su casa, á lo que ella se negó abiertamente, añadiendo que tenía que ir á ver á Termópilas, para hacerse retratar.

Si Wilson hubiera sido más conocedor del lenguaje de las mujeres, habría comprendido el significado de las últimas palabras de Margarita.

Como tres horas después de aquella escena, la señorita de la Ó. se encontraba en el cuarto de estudio de don Trinidad Termópilas que, paleta en mano, pintaba su retrato.

Margarita se hallaba en ese estado de postración que sobreviene á toda mujer, cuando su corazón ha recibido un golpe. Parecía como que la vida se había acabado para ella. A ratos, un sentimiento de amargura se revelaba en su semblante, y al pensar que tenía que resignarse á la pérdida de toda esperanza de felicidad en el mundo, de toda esperanza de amar y respetar á

aquel hombre, sólo una idea se apoderaba de su ser, la idea de hacer uso de todo su poder para aprisionarle con cadenas que nunca pudiera quebrantar, y lanzarse con los ojos cerrados en el precipicio de lo desconocido.

Al cabo de un rato, Termópilas rompió el silencio.

—¿No es cosa extraña, señora—dijo—que no estuviera Vd. hoy en casa del señor Wilson?

—Sí, he estado.

—¿Que ha estado Vd.? ¿Pues cómo me dijeron que no estaba Vd. allí, cuando fuí á llevar mis versos?

—¿Quién dijo á Vd. eso?

—Una encantadora señorita á quien ví, y que fué tan amable, que con sus propias manos me sirvió una espléndida comida, y me hizo beber un vino delicioso.

—¿Era joven?

—No creo que tenga más de veintidós años.

—¿Estaba en traje de camino?

—No puedo asegurarlo.

—¿Qué le dijo á Vd.?

—Me dijo . . .

—No; ¿qué le preguntó Vd., y qué contestó ella?

—Yo le dije que iba allí con unos versos de-

dicados á Vd., y hechos por encargo del señor Wilson, que era un admirador de Vd. Le hice la apología de las virtudes de Vd., que han convertido al señor Wilson en su esclavo.

—Adelante—dijo Margarita, animándolo con una sonrisa—dígamelo Vd. todo.

—Le dije que tenía que hacer un retrato de Vd., cuyo destino no era dudoso, y le dí la dirección de mi casa.

—¿Todo eso le dijo Vd.?

—Mi palabra de honor. Ella fué tan buena, que me cautivó el corazón. Y ahora, señora, dígame Vd. á su vez; ¿conoce Vd. á esa señora?

—Sí.

—Felicito á Vd. por ello, pues es una amistad digna de Vd., y no hay, en verdad, muchas que lo sean. ¿Quién es esa señora?—continuó Termópilas, lleno de curiosidad.

—La esposa del señor Wilson—contestó Margarita con la mayor tranquilidad.

—¿La esposa del señor Wilson? Eso no es posible. ¿Estoy yo loco?, ¿Es, por ventura, casado el señor Wilson?

—Sí, señor.

—¡Santos cielos! ¿Y sabía ella que Vd. estaba allí?

—No.

—Según eso, yo lo he descubierto todo?

—Así parece.

—¡Desventurado de mí! Y allí va á haber ahora una de San Quintín?

—Es probable.

—¿Y todo por culpa mía?

—Sí, señor.

—Y probablemente me habré ganado también la enemistad de Vd., ¿no es así?

Margarita, por toda contestación le volvió la espalda, se dirigió á la ventana y se asomó á ella, dejando al pobre Termópilas entregado á las reflexiones más desagradables.

Margarita se sentía tan irritada contra él, que no quería ni dirigirle la palabra.

—¡Soy un desgraciado!—pensaba Termópilas;—tenía un protector y una protectora, y de un golpe les he hecho la partida más mala que pude hacerles.

De pronto se dirigió á Margarita, y le dijo con cierta timidez:

—Señora, estoy pensando en lo que son estos caballeritos. Si el señor Wilson tiene una esposa, ¿quién le mete á enamorarse de Vd.? Yo he solido escribir eso en mis tragedias, como una ficción; pero en la vida real es abominable.

—Vd. olvida, amigo Termópilas—dijo Mar-

garita, sin moverse—que yo soy una actriz, ó sea, un juguete para entretenimiento de la impertinencia de los tontos, y para ser blanco de la perfidia de los hipócritas. ¡Y pensar que he sido imbécil hasta el punto de creer que había siquiera un hombre honrado en el mundo!

Al pronunciar estas últimas palabras se volvió, y Termópilas se quedó espantado al ver el cambio que se había operado en las facciones de aquella mujer. Estaba pálida, y su mirada era amenazadora y terrible. Empezó á dar paseos de un extremo á otro de la habitación, como un tigre enjaulado. La consternación de Termópilas fué tal, que no se atrevía á moverse, ni mucho menos á pronunciar una palabra. Ella, por su parte, no daba señales de apercibirse de la presencia de semejante persona. Paseaba arriba y abajo, como si estuviese loca; elevaba, de cuando en cuando, sus manos al cielo, como en arrebatos de desesperación, ante los cuales el desventurado Termópilas se encogía, todo acobardado. Por último, con los labios temblorosos, y la mirada centelleante, prorrumpió en un torrente de apasionada amargura.

—¿Pero quién es Margarita de la Ó.—gritaba —para pretender un amor honrado, ó sentirse ultrajada por la oferta de un cariño robado? Ni

qué tengo yo que ver con el corazón de nadie, ni con la familia, ni con el hogar? ¿No es mío el teatro, con sus diamantes falsos, sus pasiones más falsas aún, y los atronadores aplausos de los tontos y de los imbéciles? ¡Corazónes bajo el oropel y la pintura! ¡Bah! El amor que va con las almas al cielo . . ., ¡ese amor para nosotras! ¡Insensatez! Esos hombres nos aplauden, nos lisonjean, nos adulan, pero no nos respetan.

—Mi querida bienhechora—se atrevió á decir Termópilas—esos hombres no son dignos de Vd.

—¡Y yo que creí que ese no era tan infame como los demás, y por primera vez dejé de creerme insultada cuando me ofreció su amor! ¡Ah! y yo pude haberlo amado, sí, con toda mi alma, y ser buena; ¡pero Dios no lo ha querido!

—Afortunadamente, señora, Vd. no lo ama. Demos gracias á Dios por ello.

—¿Amarlo? ¿Amar al que ha tenido la avilantez de ofrecerme un estúpido afecto de relance, y la mitad, ó un tercio, de un corazón despreciable? ¡Lo aborrezco . . !, y á ella también . . . !, y al mundo entero!

El pobre Termópilas no sabía lo que le pasaba. Suavizó su voz cuanto pudo, y dijo:

—Eso es pensar con acierto; rompa Vd. de una vez con él, y todo queda terminado.

—¿Romper con él? Vd. está loco. No, señor; ya que ha osado jugar con las armas de mi oficio, es preciso que yo le pruebe que sé manejarlas mejor que él. Alimentaré su pasión, lo seduciré, lo atormentaré, y haré con él lo que hace el pescador con el pez á quien arroja el anzuelo; y cuando lo tenga á mis pies, y su vida entera dependa de mí, le haré sentir por grados toda la intensidad de mi aversión hacia él. Entonces lamentará haber jugado tan villanamente con un corazón como el mío.

—¿Pero, y su pobre esposa? ¿No tendrá Vd. compasión de ella?

—¡Su esposa! ¿Son sólo los corazones de las esposas los que palpitan, y aman, y sufren? Su esposa, que se defienda. Ni una ni otra nos debemos compadecer. La aborrezco también, y no olvidaré que Vd. se pone de su parte; debiendo advertir á Vd. que puede serle conveniente seguir mi consejo: no la ayude Vd., aunque la venceré de todos modos. Déjela Vd. que defienda su punto, como yo defenderé el mío.

—¡Ah, señora!, ella no puede luchar con Vd.; es demasiado inocente.

—Y Vd. excesivamente necio. ¿Qué sabe Vd. lo que somos las mujeres? Cinco minutos no más ha estado Vd. con ella, y ha hecho de

Vd. cuanto ha querido. Es bien seguro que mientras yo estoy aquí perdiendo el tiempo, ella estará aprovechándolo bien, con todas las artes de nuestro sexo, inclusa la tontería, que es su fuerte.

Termópilas estaba tratando de hacer un supremo esfuerzo para atraerla á su modo de pensar respecto á Matilde, cuando oyó que alguien llamaba á la puerta. Una muchacha de la vecindad le entregó un pequeño pedazo de papel, en el que había una sola línea, escrita con lápiz.

—Es de una señora que está abajo—dijo la muchacha.

Margarita se asomó á la ventana, y vió que una señora se apeaba de un coche, ayudada por Antonio, el viejo criado del señor Wilson. Aquella señora era Matilde que había enviado su nombre escrito en el respaldo de un sobre.

—¿Qué hacer?—dijo Termópilas, así que se repuso un poco del atolondramiento que le produjo aquella nueva complicación.

Margarita había dicho ya á la muchacha que acompañase á la señora hasta la habitación, y aquella bajó á cumplir el encargo.

—Pero supongo que Vd. no permanecerá aquí —observó Termópilas.—Retírese Vd. á la habitación inmediata; aún es tiempo; por aquí, señora.

Margarita permanecía en medio de la habitación, como una estatua.

—¿Á qué viene aquí esa mujer?—dijo en tono irritado.—Vd. no me lo ha dicho todo.

—Yo no lo sé—contestó Termópilas, espantado;—lo que creo es que el infierno la envía para confundirme. ¡Retírese Vd., por todos los santos! ¿Qué va á ser de todos nosotros? Con seguridad va á suceder aquí algo extraordinario.

Para colmo de su terror, Margarita no se movía.

—Vd. está de su parte—dijo ésta, con un tono mezclado de despecho y de recelo. Su aspecto era amenazador.—Tanto mejor para mí—añadió, con un mundo de malignidad en su semblante.

El terror de Termópilas iba en aumento, y el pobre hombre no hacía más que señalar á la puerta de la habitación inmediata, de un modo que daba verdadera lástima.

—Necesito saber dos cosas—añadió Margarita,—el partido que ella piensa adoptar, y la parte que Vd. va á tomar en él.

Se oyeron en esto los pasos de la señora de Wilson en la escalera, y Termópilas cayó anonadado en una silla.

—¡Se van á hacer pedazos!—exclamó. Un ligero golpe sonó en la puerta. Termópilas echó

una mirada á aquella mujer á quien los celos habian convertido, en tan breve espacio de tiempo, de un ángel en un demonio, y la vió correr á ocultarse detrás de un gran bastidor que había en el fondo de la habitación. Apenas había llegado allí, cuando se oyó otro golpe en la puerta.

Termópilas hizo un esfuerzo, y se arrastró para ir á abrir, dirigiendo antes una ojeada al sitio donde se había ocultado Margarita, y recibiendo por respuesta una mirada, tan llena de ira y de rencor, que la consideró de malísimo agüero, para él y para la visitante.

Los celos son una terrible pasión, que nos convierte en verdaderas fieras. Una persona celosa está siempre sedienta de sangre. Cuando la razón se deja arrastrar por aquella pasión, el celoso está dispuesto á matar, lo mismo á la persona que aborrece, que á la que ama.

Cualquier encuentro entre aquellas dos mujeres, tenía que ser de fatales consecuencias, y Termópilas, que lo comprendía perfectamente, maldecía su suerte, que le había arrastrado á ser testigo de él.

La señora de Wilson era una paloma, en opinión de Termópilas, pero pensaba también que las palomas se defienden cuando llega la ocasión,

y aquella no carecía de ánimo para ello, á juzgar por su presencia allí.

¿Y no había sido la otra también una paloma, durante toda la mañana y la tarde, convirtiéndose por último en un verdadero demonio, ante los ojos del mismísimo Termópilas, arrastrada por la pasión de los celos? Y si, lo que no era probable, el choque no tenía lugar, ¿cuál sería, de todas maneras, la situación de aquel desventurado? La señorita de la Ó., su protectora en la desgracia, sospechaba de él, y no le perdonaría nunca.

Con una sonrisa que más bien parecía una horrible mueca, el desdichado Termópilas dió la bienvenida á la señora de Wilson, expresándole su sincero deleite al verla dignarse honrar aquella humilde vivienda. Ella interrumpió tan hipócritas cumplimientos, suplicándole viese si había sido seguida por un caballero á quien creía haber visto al apearse del coche.

Termópilas miró por la ventana.

—¡Sir Carlos Pomander!—dijo, abriendo un palmo de boca.

Sir Carlos, en efecto, estaba á la puerta de la calle. Si había tenido intención de subir las escaleras, cambió de parecer, pues de pronto echó á andar con un aire indiferente, y dobló la primera esquina.

—Se ha ido, señora—dijo Termópilas.

Matilde, para evitar ser reconocida, se había envuelto en un gran manto, y cubierto el rostro con un velo, de cuyos accesorios la ayudó Termópilas á despojarse.

—Siéntese Vd. señora—le dijo, acercando una silla y haciendo de modo que se sentase de espaldas al sitio donde se hallaba oculta Margarita.

Estaba pálida, y temblaba un poco. Se cubrió el rostro con las manos, y cobrando valor al fin, pidió perdón á Termópilas por haberse presentado de aquel modo.

—Vd. me ha inspirado confianza—dijo—ofreciéndome sus servicios, y por eso he venido. No tengo, en mi aflicción, otro amigo que Vd.

Termópilas, con su innata bondad, se apresuró á repetir el ofrecimiento de sus servicios, aunque dirigiendo miradas de intranquilidad hacia el bastidor.

—Mi querido señor Termópilas—continuó Matilde—¿conoce Vd. á la señorita de la Ó.?

—Sí, señora—contestó aquél, bajando la vista—tengo el honor de ser su amigo.

—¿Será Vd. tan bueno que quiera llevarme hoy mismo al teatro donde ella trabaja?

—No tengo inconveniente, señora. ¿Á un palco?

—¡Oh, no!; al salón de descanso, donde se reunen los actores y las actrices.

Termópilas vaciló, y Matilde tomó una actitud suplicante.

—Vd. no puede rehusarme esto que le pido, señor Termópilas. Vd. no sabe el esfuerzo que he hecho para dar este paso, abandonando el lecho, abrasada aún por la fiebre. ¡Lléveme Vd., se lo ruego!

—Señora, yo estoy dispuesto á hacer todo cuanto Vd. me mande; pero permítame que le dé un consejo, que debe seguir, confiando en el conocimiento que tengo del corazón humano. Lo que Vd. pretende es una locura. Vd. no sabe lo que son dos rivales cuando se encuentran frente á frente.

—Si Vd. conociese mis sufrimientos, no se opondría á complacerme. ¡No sea Vd. tan cruel conmigo como lo son todos los demás! En su cara leo que es Vd. un hombre bondadoso y honrado, y voy á contar á Vd. mi historia, en breves palabras.

En términos sencillos y conmovedores contó á Termópilas todas sus cuitas. Le dijo cuánto amaba á su marido, y cuánto éste la había amado; cuán felices fueron durante los primeros seis meses de su matrimonio, y cuánto se afligió su

corazón cuando aquél se separó de ella por primera vez, viviendo solo de la esperanza de volver á reunirse á él, como él se lo había prometido.

—Á los dos meses cesó de hablarme de esto —continuó—y mi alma se enfermó, porque no podía vivir sin él. Me armé de valor un día, y le escribí anunciándole que estaba resuelta á irme á su lado. No me lo prohibió, y emprendí el camino. Las horas me parecían siglos, y la distancia interminable. Llegué por fin á nuestra casa de esta ciudad, y le encontré rodeado de una alegre compañía. Esto me entristeció al pronto; pero pensé que tal vez los había invitado para dar la bienvenida á su esposa.

—¡Pobrecita!—balbuceó Termópilas.

—¡Oh, señor Termópilas! estaban reunidos para obsequiar á una señora que no era su esposa, y ésta, ni era esperada, ni deseada. Mis cartas no habían sido abiertas siquiera; allí ví una con el sobre intacto.

—¡Eso es abominable!—exclamó Termópilas.

—La que estaba sentada en mi sitio, en la casa de mi marido, y ocupando el corazón de éste, era la señora, la actriz de quien Vd. me ha hablado con tanto elogio.

—Esa señora—dijo Termópilas—ha sido engañada, lo mismo que Vd.

—Estoy segura de ello—contestó Matilde.

—Y es un deber penoso de mi parte advertir á Vd. que dicha señora tiene muy mal carácter, malísimo; y tengo mis razones para creer que está altamente irritada, mas, á mi parecer, por el modo como ha sido tratada por su marido de Vd., que por lo que respecta á Vd. misma. No se acerque Vd. pues á ella. Crea Vd. en mi experiencia y en mi conocimiento del sexo á que Vd. pertenece; soy un escritor dramático. ¿Ha visto Vd. "Las Reinas Rivales."?

—No, señor.

—Me lo figuré. Pues bien, señora, la una da de puñaladas á la otra, y ésta dice á aquélla cosas, más cortantes que el acero. Lo prudente es que Vd. se esté quieta, se muestre alegre, ponga buena cara á su marido, y... ¿Ha visto Vd. "El mejor modo de atraerle?"

—No, señor Termópilas—dijo ella con firmeza;—yo no puedo fingir. Mi fuerza está en la sinceridad. Pediré á ella justicia y misericordia, y si nada consigo con mis súplicas, me moriré, y todo acabará.—Al decir esto, las lágrimas corrían de sus ojos.

—No llore Vd. señora—dijo Termópilas, completamente enternecido.

—Por otra parte—añadió ella, reponiéndose

un poco—yo sé leer en las fisonomías, y en la de ella he leído, desde el primer momento que la ví, que en aquel cuerpo se abriga un corazón bueno y noble.

—Así es, señora, así es.

Termópilas, profundamente afectado, echó una mirada al lugar donde se hallaba Margarita, y vió que el rostro de aquélla estaba muy pálido.

Matilde se volvió un poco en su silla en aquel momento, y vió el retrato de Margarita. Dió un pequeño grito y se puso en pie.

—¡Es ella! ¡qué parecido!

Se adelantó hacia el retrato, extendió sus brazos en actitud suplicante, y dijo, entre sollozos y lágrimas:

—¡Oh, sí! Vd. es bella, y se halla dotada de mil encantos, que no es extraño le hayan fascinado, mientras que yo no tengo más que mi amor para hacerme amar por él. Soy muy débil para luchar con Vd. Sea Vd. generosa, y devuélvame su corazón. ¿Qué es para Vd. un corazón más? Yo no tengo en el mundo otra cosa que mi marido, sin cuyo amor no me queda más que morir. Devuélvamelo, y yo amaré á Vd. también, y la bendeciré.

Por el lado opuesto á donde Matilde se hallaba, Margarita, que había dejado su escondite, se

adelantó lentamente hasta colocarse á corta distancia de aquélla. Su rostro estaba desencajado, y en sus ojos brillaba una lágrima.

Matilde se volvió, y al encontrarse frente á Margarita, la miró fijamente por un segundo, y corrió á precipitarse en los brazos de Termópilas, ocultando su cara en el hombro de éste, sollozando, y diciendo, toda temblorosa:

—¡No, no tengo miedo! He visto brillar una lágrima en sus ojos.

Durante el tiempo que Margarita había estado oculta detrás del bastidor, había experimentado mil emociones diversas, al oir á la inocente Matilde contar su triste y sencilla historia; y cuando la vió, por último, dirigirse al retrato y mostrarse en aquella actitud suplicante, entregándose á su bondad y pidiendo misericordia, toda su energía la abandonó, y las lágrimas inundaron su rostro.

Trascurrido un rato desde que Matilde se hallaba en los brazos de Termópilas, Margarita se dirigió á éste, diciéndole:

—Déjenos Vd. solos; nadie debe oir lo que tengo que comunicar á esta señora.

Termópilas quiso oponerse, pero Matilde le dijo débilmente:

—Sí, mi buen amigo, yo también prefiero que estemos solas.

Aquél, aunque lleno de temores, se dispuso á retirarse.

—Piensen Vds. lo que hacen, señoras, y evítennos á todos un conflicto—dijo en actitud suplicante, y se retiró á la habitación inmediata, donde se sentó, nervioso, juzgando imposible que aquella escena pudiera terminar de otro modo que con un encuentro personal.

Las dos señoras se quedaron solas, y durante unos momentos, en una situación embarazosa para ambas. Margarita fué la primera en romper el silencio. Estaba pálida, pero tranquila, al parecer.

—Supongo, señora, que me hará Vd. la justicia de creer que yo ignoraba que el señor Wilson fuese un hombre casado.

—Sí, señora, estoy segura de ello—contestó Matilde con vehemencia.—En el semblante de Vd. leo que es Vd. muy buena.

—No, señora—dijo Margarita con alguna seriedad.—Vd. está equivocada. Respeto, admiro y compadezco á Vd.—añadió con tristeza—y le ofrezco que nunca volveré á ver á su . . . al señor Wilson.

—Dios bendiga á Vd. por ello. ¿Y cree Vd. que volveré á ser dueña de su corazón?

—No lo sé; pero haré cuanto esté en mi

mano para que Vd. lo consiga, pues me hallo dispuesta á todo por Vd.

Se detuvo, porque parecía que un nudo apretaba su garganta.

—Procuraré hacerle ver que no soy la que él se figuraba . . . que no soy digna de su cariño . . . y acabará por despreciarme, y tal vez por amar á Vd. más que antes.

—Pero eso es inferirse Vd. una ofensa á sí misma—objetó la bondadosa Matilde.

—No importa—replicó Margarita, conmovida por estas palabras;—alguien tiene que ser la víctima en esta ocasión, y . . .

—No; no quiero mi felicidad á costa de ese sacrificio de Vd.

Margarita le tomó la mano y se la estrechó. En el fondo de aquel pecho latía un corazón que el mundo no conocía, ni ella apenas. Su frente brilló con la aureola que adorna á todo el que ejecuta una buena acción.

—Sería yo una infame, si fuese capaz de hacer daño á Vd.—dijo.—El corazón que tanto hemos apreciado ambas, será otra vez de Vd., que es más digna de él que yo.

Se quedó pensativa por unos momentos, y añadió luego, mirándola con nobleza:

—¿Confía Vd. en mí?

—Sí, con toda mi alma—fué la contestación de Matilde.

—Quisiera poder llamar á Vd. mi amiga, pero no me creo digna de ese título.

—¡No, amiga no!—gritó Matilde—mi hermana, es como llamaré á Vd. mientras viva.

—¡Su hermana . . ! No merezco ese nombre sagrado, salido de esos puros labios. Permítame Vd. que la abrace.

No bien había acabado de pronunciar Margarita estas palabras, cuando Matilde se arrojó á su cuello, y ambas permanecieron estrechamente abrazadas por un rato.

—¡Mi querida hermana!—decía Matilde—mi corazón sintió afecto por Vd., desde el primer momento que la ví, y este afecto durará eternamente.

—¡Quiéralo el cielo!—contestó Margarita, estrechándola de nuevo;—y ahora, déjeme Vd. cumplir lo que le he prometido.

La tomó de la mano y la condujo á la habitación donde se hallaba Termópilas; la hizo recostarse en una cama que allí había, y la besó tiernamente en la frente.

—Estése Vd. quieta aquí, hasta que yo le avise. No voy á devolver á Vd. el corazón de su marido; voy á demostrarla que, en realidad, nunca ha dejado de pertenecer á Vd.

Su viva imaginación había concebido un plan, que iba á poner inmediatamente en ejecución.

Ordenó á Termópilas que hiciese que su señora acompañase á Matilde, y no la dejase levantar de la cama hasta que fuese avisada.

Matilde se hallaba tan postrada por tantas emociones, que no tuvo fuerzas para resistir. Dirigió una mirada de confianza á Margarita, y cerró los ojos.

Esta volvió con Termópilas al cuarto de estudio.

Al entrar allí, se fijó desde luego en tres objetos, al parecer insignificantes, que iban á servirle para llevar adelante su plan: el manto y el velo de Matilde, y el pedazo de papel en que esta había escrito con lápiz su nombre. Sobre la línea en que estaba escrito "Matilde Wilson," escribió ella: "sola y desamparada." Lo puso en manos de Termópilas, y le encargó que bajase á la calle y lo entregase á Sir Carlos Pomander, que ella suponía debía hallarse cerca, en observación.

—Lo encontrará Vd. á la vuelta de la esquina —le dijo—ó en alguna tienda inmediata, desde donde pueda verse esta casa.

Mientras decía esto, se estaba poniendo el velo y el manto de Matilde.

Termópilas no contestaba una palabra, ni se movía.

—¿Qué hace Vd.?—le dijo ella.

—Pídame Vd. que me arroje por esa ventana —contestó él, cayendo de rodillas—y la obedeceré· pero, por Dios, ¡no cometa Vd. un atentado con esa inocente criatura! Prométame Vd. no hacer nada hasta que yo vuelva, después de haber hecho lo que proyecto.

—¿Y qué proyecta Vd.?

—Traer conmigo al marido de esa señora, y salvar de la desesperación á un ángel, y á otro de cometer un gran crimen.

—Sea—contestó ella—pero no pierda Vd. un momento. Deme Vd. el papel.

Termópilas salió, volando, muy ajeno de sospechar que, lejos de contrariar los planes de Margarita, los estaba ayudando.

Margarita se asomó á la ventana, y cuando le vió doblar la esquina, miró en todas direcciones, reparando pronto en Pomander que, como ella presumió, estaba en acecho. Permaneció en la ventana, siempre cubierta con el velo de Matilde, hasta que aquél se fijó en ella; entonces, dejó caer á la calle el pedazo de papel, y abandonó la ventana precipitadamente.

Sir Carlos corrió á cogerlo, y sus ojos radia-

ron de alegría cuando leyó el contenido. Con una sonrisa de triunfo subió las escaleras. Al entrar en la habitación de Termópilas, vió a una señora sentada en una silla, vuelta de espaldas á la puerta, cubierta con un espeso velo, y dando muestras de la mayor agitación. Se adelantó hacia ella, seguro de su triunfo, y con ademán cómico, hincó una rodilla en tierra.

La supuesta señora de Wilson dió un pequeño grito.

—Mi querida señora—dijo él—no se alarme Vd.; la hermosura desairada, y la inocencia burlada inspiran respeto, á la par que admiración. ¡Ah! (suspirando).

—¡Oh!, ¡levántese Vd., por piedad! ¡Ah! (suspirando también).

—¡No suspire Vd., la más dulce de las criaturas! ¡Por qué no pertenecerá Vd. á otro hombre que sepa quererla como Vd. merece! Si fuera yo el dueño de esta mano . . .

—¡Oh! tenga Vd. compasión de mí, caballero—dijo ella retirándola.

—¿Cómo había yo de cambiar semejante tesoro por los halagos de una actriz sin corazón? . . .

—Por Dios, señor, no me comprometa Vd. . .

—Tranquilícese Vd.; yo juro amarla como nunca ha sido amada.

Volvió á intentar tomarle la mano y mirarla á los ojos, lo cual no convenía á los planes de Margarita, que empezaba á verse apurada, cuando oyeron que alguien subía las escaleras, hablando en voz alta.

—¡Mi marido!—exclamó la fingida Matilde, levantándose, y corriendo á la habitación donde aquella se hallaba.

Wilson y Termópilas subían, en efecto, la escalera, hablando con alguna vehemencia. Parece que este había preparado una pequeña escena dramática, en su obsequio, y para beneficio de todos. Había persuadido á Wilson á que lo acompañase, con misteriosas promesas de un feliz desenlace, y le decía al llegar á la puerta de la habitación:

—Ahora, señor, va Vd. á ver á quien le está esperando para arrojarse en sus brazos y olvidarlo todo.

Al decir esto, abrió la puerta.

—¿Vd. aquí?—dijo, sorprendido, al ver á Pomander.

Este había tenido tiempo para recobrar su aplomo, un tanto desnivelado al principio con la inesperada llegada de Wilson.

El lector recordará que este, algunas horas antes, había dejado á Matilde en la cama, inca-

paz de moverse. Desde entonces no la había vuelto á ver.

—No es Vd., en verdad, la persona á quien yo esperaba encontrar aquí—dijo Wilson.

—El hecho es . . .—empezó á decir Sir Carlos, sin tener idea de lo que allí iba á suceder.

—Que Sir Carlos Pomander . . .—interrumpió Termópilas.

—Sí; él explicará á Vd. . .—se apresuró á decir Sir Carlos.

—No; hágalo Vd.; pero ¿por qué no decir la verdad? La verdad, señor Wilson—agregó todo turbado—que puede Vd. creer bajo mi palabra de honor, es que ella ignora en absoluto que el señor Pomander se halla aquí.

—¿Quién?—gritó Wilson, fuera de sí.—¿De quién está Vd. hablando?

—De su esposa de Vd.

—¿Mi esposa?—preguntó aquél, temblando de ira y de celos. ¿Ella aquí, y con este hombre?

—No, conmigo solamente—se apresuró á contestar Termópilas.

—¡Rayos y truenos! Acabe Vd. de explicar lo que aquí está pasando!

Pomander sacó de su bolsillo el pedazo de papel que había caído á sus pies en la calle, y se

lo alargó á Wilson. Al reconocer éste la letra de Matilde, sintió que una nube oscurecía su vista . . . y empezó á comprender que la amaba.

Pomander creyó llegada la hora de su venganza, y procedió á explicar á Wilson cómo, habiendo sido este preferido á él por la señorita de la Ó., y habiendo el mismo Wilson abandonado á su esposa por aquella señorita, él y Matilde, las dos partes abandonadas, se habían puesto de acuerdo para consolarse mutuamente.

Este pequeño discurso de Pomander fué interrumpido por una súbita acometida de Wilson, cuyas consecuencias pudo evitar á tiempo Termópilas, interponiéndose entre ambos: pero no hubiera terminado así aquello, puesto que Pomander parecía dispuesto á defenderse con bríos, á no haberse abierto en aquel momento la puerta de comunicación con la habitación inmediata, apareciendo en ella una señora cubierta con un velo, que, imitando la voz de Matilde pronunció la palabra,—¡Falso!

Los combatientes moderaron su ardor bélico.

—¡Matilde! ¡Mi esposa!—gritó Wilson fuera de sí. ¡Pero esto no puede ser! ¡Esa carta es una impostura! ¡Dí que has sido traída engañada á este antro de iniquidades! ¡Habla! Tú sabes que nunca he dejado de amarte, aunque

no cuán sincero es mi arrepentimiento por mi pasada conducta.

La supuesta Matilde no contestó, pero se apartó un poco, y dejó ver detrás de sí á la verdadera señora de Wilson.

Margarita dejó caer el velo que la cubría, y mostró al consternado Pomander el rostro de aquella mujer que parecía destinada á ser su eterno tormento.

—¿Ha oído Vd. esa sincera declaración, señora?—dijo, dirigiéndose á Matilde. Tengo el gusto de presentar á Vd. este caballero, que siente amargamente el error que cometió al faltar al cumplimiento de sus deberes. Y á Vd.—continuó, dirigiéndose á Wilson, con dignidad—le presento la señora que nunca ha faltado á los suyos.

—¡Ernesto! ¡mi querido Ernesto!—gritó Matilde, ruborizándose, como si ella fuera la culpable.

—¿Cómo ha venido Vd. aquí?—interrogó aquel marido criminal, con tono severo.

—Esta señora—contestó Margarita—creyó que Vd. había perdido el juicio en *Covent Garden*, y vino á mí para que la informase de la verdad.

—¿Pero esta carta firmada por Vd. misma?

—continuó Wilson, dirigiéndose siempre á Matilde.

—Fué escrita por mí en un papel que accidentalmente contenía el nombre de esta señora. La verdad es, señor Wilson, y conste que me causa rubor el decirlo, que yo hice una apuesta con Sir Carlos Pomander, á que era capaz de trastornar la cabeza de un caballero campesino, haciéndole creer que yo era un ángel. Desgraciadamente, se presentó la dueña de aquel corazón, y como el pobre señor Wilson tomó por lo serio lo que solo había sido una broma, se hizo necesario desengañarlo, y hacerle abrir los ojos. ¿Lo he conseguido?

Y sin decir una palabra más, hizo una cortesía que abarcó á todos, y salió precipitadamente de la habitación.

Wilson se acercó á Matilde, la tomó la mano con cariño, y le dijo:

—Matilde: ¿no será esta humillación castigo bastante á mi locura, y garantía de mi arrepentimiento? ¿Me perdonas?

—Todo está perdonado, Ernesto.

Sir Carlos Pomander siguió á Margarita, cuando esta abandonó la habitación, pero no pudo alcanzarla. Ella tomó el primer coche que pasaba desocupado, para evitar que aquél le ha-

blase; y durante tres días, ni el público en el teatro, ni sus amigos, pudieron ver la cara de aquella pobre mujer.

Wilson y Matilde dieron las gracias á los esposos Termópilas por todas sus bondades, y se disponían á retirarse, cuando el buen Termópilas, entre confuso y placentero, dijo, haciendo una mueca.

—Señora; su marido de Vd. ha hecho uso de una expresión que ha causado en esta casa un momentáneo, pero agudo dolor. Ha llamado á esta habitación, que es mi estudio, un antro de iniquidades. Pero no importa.

Wilson se excusó por tan absurda equivocación, y el matrimonio se separó de Termópilas, dejándole gozar de la satisfacción que produce á todo hombre honrado la idea de haber contribuido á una buena obra.

Tomaron un coche, y se dirigieron á su casa de la plaza de los Algarves. Pocas palabras se dirigieron en el trayecto, pero el arrepentido esposo oprimía de cuando en cuando contra su corazón á aquel ángel, de cuyos hermosos ojos brotaban lágrimas de alegría.

Wilson hubiera deseado salir aquella misma noche para Villarreal, pero Matilde, que tenía mejor sentido, no lo permitió, porque no quería

que su marido apareciese como un muchacho castigado. Le pidió permanecer unos días más en Londres, con pretexto de hacer algunas compras, aunque ansiaba verse en su casa del pueblo.

Al cumplirse una semana de los últimos sucesos relatados, abandonaron á Londres.

Todos los días, durante aquella semana, Matilde hizo una visita á la señorita de la Ó., que no recibía á ningún otro de sus amigos, y la mañana en que fué á despedirse pasaron juntas más de dos horas. Matilde la encontró muy triste. La actriz mostró á su nueva hermana una parte de las heridas de su corazón, y aquélla, sorprendida y afligida, la compadeció profundamente, llorando ambas, una en brazos de la otra.

—Nunca más nos volveremos á ver—dijo por último Margarita;—pero pido á Vd. que no deje de escribirme, para que mi alma esté siempre en contacto con la de Vd.

Con mezcla de tristeza y de amargura le pidió que no la olvidara. Matilde, por toda respuesta, la llamó de nuevo su hermana, y la abrazó otra vez, llorando.

Se separaron al fin, no menos conmovida la una que la otra, y fué verdad que nunca más se volvieron á ver.

Matilde cumplió su promesa, y cada tres

meses escribía una larga carta á la señorita de la Ó.

Cuando á los siete años de estos sucesos, tres después de haber abandonado el teatro, Margarita murió, arrepentida y penitente, Matilde se puso luto por ella, y la lloró como á una verdadera hermana.

---

Nuestra historia ha terminado; pero tal vez haya entre sus lectores alguno que desee saber cuál fué el fin de los personajes que en ella han figurado, y vamos á satisfacer su curiosidad.

Sir Carlos Pomander vivió feliz hasta los sesenta años, gozando de lo que él llamaba, como otros, una vida de placer; pero desde esa edad, y durante ocho años más, fué una contínua víctima de padecimientos físicos.

El señor Ciber, no se puede decir que murió, sino que pasó dulcemente de esta vida á la otra, en un momento, después de haber vivido muy de prisa más de ochenta años. Una mañana le despertó su criado á las siete.

—Me afeitaré á las ocho—le dijo el señor Ciber.

Cuando el criado volvió á las ocho, con el agua caliente, se encontró con que su amo se

había aprovechado de aquel intervalo para morir, evitándose de este modo ser afeitado una vez más.

Esnarl y Soaper siguieron criticando hasta una edad avanzada, muriendo plácidamente, de muerte natural.

Los esposos Termópilas, mientras vivió su protectora lo pasaron bastante bien. Ella consiguió que en su teatro aceptasen una tragedia de don Trinidad. Le pidió primero una copia, y con unas tijeras cortó más de la mitad. La vanidad de Termópilas se defendió como un gato, y con humildad, pero con obstinación, luchó por la reposición de las cortadas bellezas. Por desgracia para él, lo hizo en ocasión en que su protectora estaba bajo la influencia de uno de sus ataques de melancolía, y le devolvió al momento el manuscrito, diciéndole, con una dulce sonrisa, que reconocía la inferioridad su talento, comparado con el de él, y que la tragedia sería representada sin recortes.

Termópilas respiró con libertad, como si le hubieran quitado un enorme peso de encima. "El salvaje acero," como él llamaba á las tijeras de la señorita de la Ó., había respetado su obra maestra.

Pero sucedió que el auditorio pareció ser de

la opinión de Margarita, y aunque fué paciente y sufrido durante el primero y segundo acto de la tragedia, á la mitad del tercero perdió los estribos, y no es para contada la silva que administró á "El español celoso," que era el título de la desventurada tragedia.

Margarita se esforzó en encaminar á Termópilas al cultivo de las otras artes, y además le hacía con frecuencia lo que ella llamaba préstamos voluntarios, de á cincuenta duros, pagaderos el día del juicio final, con interés compuesto.

Algunos años más tarde, la señora Termópilas enfermó hasta el extremo de verse próxima á la muerte; pero una mañana, cuando todas las esperanzas estaban perdidas, se levantó de la cama, y se vistió. Estaba completamente buena de cuerpo, pero loca.

Continuó en este estado por espacio de un mes, al cabo del cual, recobró la razón, pero entonces la enfermedad tomó otro aspecto, y fué que la buena señora echó un genio tan endiablado, que no había quien la pudiera sufrir. Ella había aburrido á Termópilas durante muchos años, con sus tristezas y con la mansedumbre de su carácter; pero cuando llegó el día de la compensación, las peleas eran contínuas.

Eran completamente desgraciados, pues más

pobres que nunca, porque su protectora había muerto, habían aprendido á pelear. Buscando suerte mejor, decidieron trasladarse á vivir á Bristol, y allá fueron á parar, alojándose en los suburbios.

Una mañana trajo el cartero una carta para don Trinidad, en ocasión en que éste se hallaba en el jardín enseñando á un muchacho, hijo de su casero, cómo se plantaban cebollas, cosa que Termópilas no había hecho en su vida. Alargó la mano para tomar la carta, pero el cartero alargó al mismo tiempo la suya en demanda de medio duro por el porte, pues parece que había corrido la voz de cuál era la profesión de Termópilas, y su traje además, no era para inspirar confianza.

Termópilas carecía del medio duro, y suplicó de diferentes modos al cartero, pero todo fué en vano. Intervino su señora para ver de ablandar con dulzura aquel corazón empedernido, pero, ni por esas. El cartero emprendió el camino sin entregar la carta.

Ante tan incivil comportamiento por parte de aquel inflexible empleado público, la señora Termópilas formó y llevó á cabo instantáneamente una resolución. Se arrojó sobre él por la espalda, y sugetándole los brazos, hacía señas

furiosas á su marido para que le arrebatara la carta. Termópilas, animado por el ejemplo de su esposa, no se hizo repetir la orden. La arrebató, en efecto, y la abrió delante de las narices del cartero, que gritaba como un energúmeno, mientras que la señora Termópilas continuó sin soltarle, hasta que su marido se hubo enterado de qué carta era aquella.

Este la leyó con calma, habiendo extraído de ella un pequeño papel que contenía.

Concluída la lectura, dijo, con cierto aire de protección y de dignidad, dirigiéndose al cartero:

—Parece que estaba Vd. asustado por un triste medio duro. ¿Tiene Vd. cambio para un billete de cien? Si no lo tiene Vd., como me figuro, véame después de comer, en "El gato verde y las ranas azules," donde recibirá Vd. el medio duro, y se beberá Vd. otro medio, para celebrar mi elevación al rango de los potentados.

El cartero, que había visto efectivamente el billete, saludó con la mayor cortesía, y se retiró, prometiendo no faltar á la cita.

Termópilas enseñó á su mujer el billete y la carta, que estaba concebida en los términos siguientes:

"Muy señor nuestro: respetuosamente participamos á Vd. que nuestro antiguo amigo y

cliente, don Jaime Termópilas, comerciante en Amsterdan, falleció en Agosto último, sin hacer testamento, y que Vd. es su heredero.

Sus propiedades ascienden á unos cien mil duros, además de varios créditos.

Habiéndonos honrado su señor tío con su confianza, tendremos sumo gusto en que Vd. nos dispense la suya en nuestra calidad de abogados.

Es adjunta una letra por cien duros, y puede Vd. girar á nuestro cargo hasta por veinticinco mil que tenemos á su disposición.

De Vd. atentos servidores,

JAIME Y JUAN PACHECO."

Pasó un buen rato antes de que aquellos, hasta entonces desventurados seres, pudieran hacerse cargo de la enormidad del golpe, pero al fin lo lograron, y lo primero que hicieron fué ponerse á cantar y á bailar como unos locos.

La señora Termópilas fué la primera en serenarse, y dijo á su marido:

—Trinidad, hemos sufrido mucho, hemos sido muy pobres, pero el cielo se ha acordado de nosotros al fin.

Se dirigieron á su habitación y se entregaron á la formación de los más halagüeños proyectos para el porvenir.

Termópilas vivió todavía muchos años, siendo el protector de todos los actores desgraciados, ninguno de los cuales se le acercó en demanda de auxilios, que no saliera ampliamente socorrido.

Hasta sus últimos días sostuvo que no había habido actriz alguna tan eminente como Margarita de la Ó.

Al morir, en el año de 1799, muchos ojos humedecidos por las lágrimas rodearon su lecho, y muchos lloraron también sobre su sepulcro.

---

Matilde y su marido vivieron felicísimos por muchos años, sin que él volviese á darle motivo alguno de desasosiego.

Cuando ella fué teniendo más edad, se convirtió en una verdadera mujer de gobierno, rigiendo su casa de Villarreal con suavidad, al mismo tiempo que con firmeza.

Seis meses después de su regreso de Londres, confesó á su marido toda la verdad acerca de Margarita de la Ó., y le refirió la escena en casa de Termópilas. Él la oyó enternecido, y si su corazón pertenecia todo á Matilde, la conducta de Margarita despertó su gratitud hacia ella.

—Si antes me mortificaba que la quisieses—

dijo á Matilde—hoy me causa placer. Quiérela, pues le debemos mucho.

Matilde era la alegría de aquella casa, y el consuelo de todos los pobres que acudían á ella.

Hizo feliz á su adorado marido, educó á sus hijos de una manera ejemplar, y empezaba á hacer lo mismo con sus nietos, cuando el ángel de la muerte la llamó á su seno.

Muchos la recuerdan todavía, pues alcanzó el presente siglo; pero hablan de ella como de "la vieja señora Wilson," . . . aquella á quien nosotros conocimos tan joven y tan fresca!

FIN.

# NOVELAS PUBLICADAS EN ESPAÑOL

POR

## D. APPLETON Y CÍA., NUEVA YORK.

### María Antonieta y su Hijo.

Traducción del alemán. Un tomo de 173 páginas, con varias láminas y un retrato de María Antonieta, en el frontispicio. 60 centavos.

### Misterio * * * *

Novela original, escrita en inglés bajo el nombre de CALLED BACK.

Por HUGH CONWAY.

*Obra dramatizada.* 800,000 ejemplares vendidos de las ediciones inglesas. Forma un bonito tomo en 12° de unas 230 páginas, tipo claro, buena impresión, cubierta de papel de color artisticamente decorada. 50 centavos.

### La Isla del Tesoro.

Una preciosa novela escrita en inglés

Por ROBERTO L. ESTEVENSON.

Con ilustraciones, y un mapa, uniforme con la novela Misterio * * * *. Un tomo de 342 páginas. 50 centavos.

### La Casa del Pantano.

Una de las novelas más populares en Inglaterra y en los Estados Unidos. 50 centavos.

## NOCIONES DE ASTRONOMÍA.

Por J. Norman Lockyer, Miembro de la Sociedad Real, Correspondiente del Instituto de Francia, autor de las "Lecciones Elementales sobre Astronomía," etc.

Es la obra más popular en las escuelas del Nuevo Continente, por su sencillez, claridad, exactitud y buen método. Contiene 141 láminas ilustrando el texto cumplidamente.

---

## ASTRONOMÍA ILUSTRADA DE SMITH.

Dispuesta para el uso de las Escuelas Públicas y Particulares de los Estados Unidos y adoptada como obra de texto en multitud de países del Nuevo Mundo, recomendada por muchos Ministros de Instrucción Pública y directores de Escuelas y Academias. Aprobada por todos los Principales de las Escuelas Públicas de la Ciudad de Nueva York. Incuestionablemente es el mejor libro de su clase que se ha publicado hasta hoy día y el más apropósito para iniciarse en el estudio de la Astronomía.

En la Librería de

GALLEGOS HERMANOS

se hallan de venta las obras anteriores y todas las demás publicadas por

**D. APPLETON Y CÍA.,**

de Nueva York.


734

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: April 2009

**Preservation**Technologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

LIBRARY OF CONGRESS
0 014 527 129 0